



Fabio Fusaro dice:

**Mi ex novia**

Cómo actuar luego  
de una ruptura

Cómo recuperarla

Cómo recuperarnos



Cuando a un hombre le duele una muela, va al dentista. Cuando se le rompe el auto, va al mecánico. Pero cuando lo deja una mujer no sabe a quien recurrir. ¿Estás o has estado en esta situación? Pues claro que sí. ¿Quién no?

Seguramente trataste de convencerla de que vuelva, le rogaste, le demostraste de mil formas tu amor. Pero eso no dio resultados. Entonces intentaste ser su amigo. Los esporádicos mensajes de texto, los mails y las llamadas telefónicas eran una clara

señal de que ella seguía interesada y sólo tenías que hacerla reaccionar. Pero eso tampoco funcionó.

¿No sentís que es hora de cambiar la estrategia? Pensarás que es una casualidad que lo que te sucedió se parezca tanto a lo que acabo de describir. También pensarás que es una casualidad tener ahora este libro en tus manos. ¿Crees en las casualidades? Porque yo no.



Fabio Fusaro

# **Mi ex novia**

**Cómo actuar luego de una  
ruptura. Cómo recuperarla. Cómo  
recuperarnos.**

**ePUB v1.1**

**Gonzakpo 22.09.12**

---

**más libros en [espaebok.com](http://espaebok.com)**

---

Título original: *Mi ex novia*

Fabio Fusaro, Junio 2007

Editor original: Gonzakpo (v1.0 a v1.1)

ePub base v2.0

# Prólogo

—Vos tenes que poner un aviso en el diario que diga: «Recupere a su ex novia» —me dijo un día mi hermano.

Hernán, cuatro años menor que yo, siempre me había visto como una especie de gurú en el tema «consejos sobre mujeres».

Para él era una gran ventaja tener un hermano mayor. Alguien que pudiera decirle, por ejemplo, que había sido un error arreglar con una chica para que fuera ella la que llamara, porque se quedaría tranquila sabiendo que cuando

ella quisiera levantaría el tubo y llamaría. En cambio, si era él quien había dicho que llamaría, la que iba a estar pendiente del teléfono iba a ser ella.

O, como en otra oportunidad, cuando la novia de turno de mi hermano estaba agrandada y le daba poca bola, mi consejo fue que directamente le dijera que quería cortar. Ante su mirada de sorpresa le expliqué que si ella realmente estaba en otra iba a aceptar sin más su decisión. En ese caso no tendría sentido seguir con una mina a la que ya no le interesaba estar con él. Y si sólo se estaba haciendo la estrella, con



su gesto ella iba a reaccionar, trataría de convencerlo de que no la dejara y asunto solucionado.

Esos consejos aparentemente elementales eran para Hernán como una especie de recetas mágicas que hacían que todo funcionara.

Es que cuando uno ve los problemas desde afuera, los ve con la cabeza fría.

Por otro lado, para mí era una satisfacción poder evitarle un dolor de cabeza, o más bien de corazón. Además, yo sabía perfectamente lo que se siente en esos casos: ese nudo en el pecho, esa falta de voluntad para hacer cualquier cosa, esa necesidad de que la mina te

abrace llorando y te diga cuánto te quiere.

Y lo que yo sentí en algunas oportunidades no se lo deseo ni a mi peor enemigo. Esos sentimientos de abandono, de engaño, de frustración, de angustia y de impotencia frente a determinadas situaciones amorosas eran sin duda la verdadera razón por la cual me nacía esa vocación de ayudar.

De ahí que no solamente fuera mi hermano quien venía en busca de orientación sobre el tema, sino también sus amigos y los míos. Y como consecuencia de los buenos resultados, también venía algún que otro amigo de

un amigo.

Las experiencias que me habían dejado algunas de mis relaciones, sumadas al éxito alcanzado por varios de los que habían venido a mí por consejos, hicieron que cada vez fueran más las personas que me elegían a la hora de buscar una orientación en temas amorosos. Para mí realmente era un placer ayudarlos a ver una realidad que ellos mismos esquivaban, a terminar con el juego perverso de una mujer o a redactar una carta de reconciliación tras alguna tonta metida de pata.

—Te digo en serio, ponemos una oficina y un aviso en el diario que diga:

«Recupere a su ex novia» —insistió Hernán.

—¡Vamos que ya están los chori! —gritó mi cuñado desde la parrilla y obviamente la conversación quedó trunca.

¿Qué tema no se corta a las dos de la tarde de un domingo ante ese grito de guerra?

Un año más tarde llego a casa y me encuentro con que mi hermano se ahogaba en sus propias lágrimas. La minita de turno lo había dejado. La situación era extraña porque no se trataba de un noviazgo largo, sino de una historia nueva de la cual nadie

sospechaba que tuviera tanta importancia para él.

—¡Pero déjate de hinchar las pelotas! ¿Quién es? ¿Pamela Anderson? —le dije indignado.

A Hernán no le importaba nada. Aparentemente se había enamorado. Por algo en algunas culturas antiguas, cuando te quieren maldecir, te dicen: «Que te enamores».

Un clásico: la nena nueva se había ido de viaje y regresó «confundida». «Que vos esto... que vos lo otro...»

Aparentemente mi hermano era el culpable de su confusión.

Del tipo que seguramente había

conocido en el viaje no dijo ni mu. Y bueno... así son. Expertas en echarnos la culpa. Y lo peor de todo es que les creemos y duplicamos nuestro dolor, porque no sólo nos angustiamos por perderlas sino que además supuestamente las perdemos por nuestra culpa. Y queremos cambiar lo que «ellas dicen» que les molesta cuando — aparentemente— ya es tarde.

La estrategia de recuperación de aquella chica a quien mi hermano y yo bautizamos «la pequeña alimaña» duró un año.

Un año de hacer las cosas bien. Como corresponde a un hombre con

dignidad y orgullo y que no depende de una mujer para vivir. Cosa difícil de lograr porque todo hombre en esas circunstancias pierde la dignidad, el orgullo y depende de esa mujer para vivir.

Claro que no todas las mujeres son recuperables, pero si se aplican los métodos correspondientes, las posibilidades aumentan un doscientos por ciento. Y en este caso le tiramos con toda la artillería.

Éste fue uno de los últimos grandes éxitos que logré aconsejando a mi hermano e incluso me atrevo a decir que se nos fue la mano, porque hoy la feliz

pareja son marido y mujer.

Unos meses después de su casamiento, seguramente reflexionando sobre las estrategias aplicadas en un pasado cercano, nuestras largas charlas, nuestras conjeturas y los posteriores buenos resultados, mi hermano reapareció con una nueva propuesta: «Tenes que escribir un libro para recuperar mujeres».

Su argumento fue convincente: «No podemos quedarnos de brazos cruzados viendo cómo los hombres se rebajan ante las mujeres, cómo equivocan el camino para recuperarlas y lo que les cuesta ver la realidad y sacarse de la



cabeza a una mujer que evidentemente no vale la pena, teniendo las herramientas para ayudarlos».

Ese día no sólo no aparecieron unos humeantes chori que desviarán el tema sino que el efecto de las caipirinhas que nos estábamos tomando lo potenció. Fue entonces cuando comenzamos a darle forma en nuestras mentes a «Mi novia. Manual de instrucciones», mi primer libro sobre el tema. El mismo salió a la venta en diciembre de 2001 y todo lo que sucedió a partir de su lanzamiento fue increíble. Inesperadamente comencé a recibir e-mails de lectores con felicitaciones, agradecimientos y

también «consultas».

Me llamo Carlos y soy un lector de tu libro... tal vez puedas ayudarme, estoy desesperado. Hace unos quince días me dejó mi novia, con la que teníamos una relación maravillosa desde...

Yo respondía a cada e-mail con el mayor de los esmeros. Al tiempo tuve que crear un sistema de archivos para poder seguir el hilo de los problemas de tantos lectores, dado que cada uno me escribía como si fuera el único.

Luego comenzaron las invitaciones a comer pizza o algún que otro asado con grupos de lectores, amigos entre sí, quienes disfrutaban contándome sus experiencias.

Las recomendaciones boca a boca sobre mi libro hacían que recibiera cada vez más consultas. Al ver que tantos hombres buscaban ayuda, me empezó a rondar en la cabeza la idea de crear una página web de asistencia a hombres que sufren por amor.

Si bien yo no tenía mucha idea sobre informática, estaba seguro de que, cuando tenes una idea clara y un proyecto al cual le pones entusiasmo, el

universo conspira a tu favor.

Y como si se tratara de una conspiración universal, un día vino mi amigo Claudio a contarme que se había organizado una reunión de egresados «de todas las épocas» de nuestro querido colegio secundario, el Instituto Sarmiento de Flores, en un bowling muy grande de Belgrano. Seguramente, al tratarse de un evento importante, alguien habría alquilado el lugar especialmente.

Esa noche, para estacionar, tuve que dar como doscientas vueltas. Llegué al local con una hora de atraso.

Éramos cinco.

Y bueno... ya estaba ahí.

A mi lado se sentó un tal Eduardo, que había egresado cuatro años antes que yo y se había dedicado a la computación. Mi idea de armar una página web de ayuda a hombres abandonados por mujeres le pareció estupenda e inmediatamente comenzamos a darle forma al proyecto. Al poco tiempo de ese encuentro ya estaba online.

El site, además de información sobre cómo actuar ante una ruptura amorosa, contaba con un sector de consultas que llegaban directamente a mi casilla de e-mail. Pocos meses más tarde, y debido a la cantidad de pedidos de asistencia

recibidos, se nos ocurrió cambiar el sistema por un foro de ayuda.

Hoy, el site [www.mi-novia.com.ar](http://www.mi-novia.com.ar) tiene cientos de visitas diarias y el foro cuenta con más de veinticinco mil mensajes.

Algunos usuarios de dicho foro fueron ganando experiencia y se convirtieron en ayudantes expertos para atender la demanda de consejos que llegan desde España, México, Guatemala, Venezuela, Colombia, Chile y Ecuador, entre otros países.

Si bien los hombres pueden tener características diferentes de acuerdo con su nacionalidad, es indudable que las

mujeres son iguales en todo el mundo. Parecen tener un código de comportamiento internacional que respetan a rajatabla.

Por supuesto, la experiencia fue creciendo con los casos. Las estrategias se fueron perfeccionando y surgieron una gran cantidad de temas a tener en cuenta en el proceso de recuperación tras una ruptura. Allí surgió la necesidad de reunir en un nuevo libro toda la experiencia acumulada en los últimos años.

La satisfacción que siento cada vez que doy una mano a alguien para aliviar el dolor por un abandono, para

recuperar a una novia o para ayudar a entender que lo mejor es que se haya ido... es muy difícil de explicar.

Cualquiera puede dar una clase de supervivencia, pero si la clase está a cargo del sobreviviente de una tragedia aérea que estuvo durante meses luchando por su vida, esa actividad tendrá seguramente un valor especial.

En el amor todo lo que sucede conviene.

Para los fines de mi ahora tarea profesional, sin duda fue muy conveniente que la novia que tuve durante tres años y medio me dejara para seguir adelante con su carrera de



modelo: un esquema de vida en el cual yo seguramente no encajaría. Un mes antes de su decisión, nada era más importante que estar juntos y hacer proyectos. Llegaron las vacaciones y mi dulce angelito se fue con sus papitos a Mar del Plata... ¡qué lindo! Al regresar tenía más humos que incendio de gomería. ¿Qué había sucedido en el medio? Resulta que se había anotado en un concurso de belleza organizado por no sé qué boliche y se ve que el breve estréllate se le subió a la cabeza, aunque no ganó nada. Imaginen: boliche, noche, música, luces de colores, tipos babeantes (muchos) y la señorita

caminando en tanguita por una pasarela que atravesaba el local de lado a lado. No sé si se entendió bien: «Mi novia caminando en tanguita por una pasarela en el medio de un boliche».

Como si esto fuera poco, me contaba chocha de contenta que algunos tipos luego la reconocían por la calle o en la playa y la saludaban.

Qué poco tenía que ver todo eso con el concepto que ambos creíamos tener del respeto mutuo.

Hasta ahí la situación no habría pasado de un momento molesto en la pareja, pero tuvo que aparecer «la tarjetita». ¿Qué tarjetita?

La que le había dado un atorrante al terminar un desfile. Lo único que quería, seguramente, era... en fin, ya saben.

La tarjetita decía: «Fernando Pirulo. Promotor de modelos», y un maldito teléfono.

Toda la planificación que habíamos hecho hasta ese momento fue a parar a la miercoles por un pedazo de cartulina de siete por cinco.

De la noche a la mañana, pasé a decimoquinto plano en su vida.

Las mujeres no te dejan en cualquier fecha. Suelen esperar al día anterior a tu cumpleaños, a un aniversario, la víspera de Nochebuena o Año Nuevo. Supongo

que la intención es que te duela, si es posible, un poco más de lo normal. Así fue como un 17 de mayo, día en el que cumplíamos tres años y seis meses de novios, «la modelito», sin derramar una lágrima y tras terminar el último café pagado por mí —como todo lo que consumió en los tres años y medio que estuvimos juntos—, me dejó.

También habrá sido conveniente el hecho de que escuchara accidentalmente una conversación en la que otra novia que tuve le decía a su hermana lo enamorada que estaba de uno de mis mejores amigos.

«Sí... sí... la verdad que el tipo está

increíble», contestaba la hermana mientras iban subiendo las escaleras hacia una habitación del primer piso de su casa de veraneo sin percatarse de mi presencia. La intriga que me provocaba saber el resto de la conversación me llevó a cometer el indebido acto de ocultarme detrás de la entrada y continuar escuchando.

La que continuó hablando fue la que era mi novia desde hacía dos años.

«Yo lo miro y me muero... y el tipo algo de onda me tira... te juro que si me da bola largo todo a la mierda y no me importa nada.»

Eso no fue un balde de agua fría. Eso

fueron veinte barras de hielo que cayeron de punta sobre mi cabeza.

Seguramente también fue conveniente que mi madre le hubiera dejado a una tía que vivía a la vuelta las llaves de nuestra casa mientras nos íbamos de vacaciones.

Mi novia de turno había decidido irse con las hermanas a no me acuerdo dónde y por lo tanto me prendí con mi familia unos días a San Bernardo.

Ella volvió unos cuatro días antes que yo y al regresar recordó que se había olvidado los lentes en mi mesa de luz.

A sabiendas de que mi tía tenía las

llaves, se las pidió y fue a recuperarlos.

Hasta ahí todo color de rosa si no fuera porque cuando regresé mi tía me cuenta que después de darle las llaves miró por la ventana y vio que un muchacho la esperaba enfrente y juntos se dirigieron a mi casa. Otra cosa que mi tía no entendió es cómo se puede tardar veinticinco minutos en subir una escalera, tomar un par de lentes de una mesa de luz y volver.

A mí sí me quedó claro. Fue suficiente con ver que mi cama no estaba tendida ni por casualidad de la misma forma en que yo la había dejado.

Sin duda, todos estos hechos fueron

muy convenientes, porque gracias a ellos me di cuenta de lo que eran esas mujeres que tenía al lado.

Fueron convenientes porque ayudaron en gran manera a mi aprendizaje para que hoy pueda dar una mano a otros que viven situaciones parecidas.

Y fundamentalmente fueron convenientes porque si esas cosas no hubieran sucedido, yo no tendría hoy la mujer que tengo.

Quien esté leyendo esto podrá pensar que fui un gran perdedor. Nada más lejos de la realidad. Nunca lo sentí de esa forma. Tuve algunas de cal y



otras de arena. Sólo que las de cal fueron bien pesadas y las de arena no vienen al caso en este relato.

Yo tampoco fui un santo. Pero los hombres traicionamos de otra forma. Al menos yo no tuve saña, no tuve maldad, no sentí placer por herir a la otra persona. Si fui infiel podríamos decir que fue «por deporte». Los sentimientos estaban en otro lado. Y si una mina no me iba más, la dejaba. Se quedaba llorando y lastimada, en eso estamos de acuerdo, pero no era mi culpa. ¿Qué le voy a hacer, chiquita, si vos te enamoraste y yo no?

Pero de ahí a burlarme de ellas, a

disfrutar con su dolor, a mantenerlas a mi lado aun sabiendo que no me interesaban, hay un abismo.

Haber vivido situaciones de ese tipo podrían dejarle a muchos hombres resentimiento, odio hacia el sexo opuesto o deseos de revancha.

Nada de esto me sucedió a mí. Posiblemente porque encontré en esta actividad de ayudar a otros una forma de canalizar esos malos recuerdos.

Porque hoy no son más que eso. Malos recuerdos. De vez en cuando, incluso, me causan mucha gracia.

Vale aclarar que mi ayuda dista de ir en contra de las mujeres.

Muy por el contrario, creo que va a favor de ellas, porque el objetivo es orientar a los hombres a ser como a ellas les gusta que sean.

La meta no es separar sino unir. De hecho, son muchísimas las parejas que se han reconciliado gracias a ciertas estrategias planeadas en conjunto, y en algunos casos hasta con casamiento incluido.

Las cosas que les sucedieron a otros pueden ser diferentes de las que me sucedieron a mí, pero no por eso menos dolorosas.

Entiendo la soledad que sienten quienes, al querer compartir con amigos

o familiares su problema, reciben como único apoyo frases como: «Ya se te va a pasar», «Es sólo una mina», «Ay, si yo tuviera tu edad...» o «Con la cantidad de mujeres que hay qué te vas a andar haciendo problema».

A mí también me las dijeron. Yo también pasé por lo que vos estás pasando. Yo también lloré. Yo también creí que nada volvería a tener sentido sin «ella».

La historia que te tocó vivir te parecerá única e irrepetible. La mujer que te dejó te parecerá tan única como la historia que te tocó vivir con ella. La frase «no puede ser, yo sé que ella me

quiere» seguramente no dejará de dar vueltas en tu cabeza.

La lógica te dice «no puede ser», pero la realidad te muestra que «sí puede».

*El enamoramiento es una enfermedad mental transitoria que nubla la razón e impide el buen funcionamiento del cerebro, pudiendo hacer ver en la otra persona cualidades que no existen y ocultando defectos evidentes.*

Y cuidado que estoy hablando de enamoramiento y no de amor. El amor es algo muy distinto. El amor es lo que le da sentido a la vida.

Este libro tiene como objetivo ayudar a encontrar el camino de vuelta.

De vuelta a ella... o de vuelta a la vida. Curiosamente, el camino a tomar es el mismo. Tener este libro en la mano es haber dado el primer paso. ¡Adelante!

# Capítulo 1: Carlitos

Carlitos estaba de novio con Magdalena. Pero no eran una pareja más. Eran «la» pareja.

Habían empezado siendo amigos.

Maggie estaba de novia con otro chico, pero la atracción mutua que comenzaron a sentir con Carlitos hizo que luego de engañar a su novio durante un tiempo lo dejara para dar paso a esta nueva e intensa relación.

Ella soltó el primer «te quiero» a lo que él, luego de dudar unos instantes, respondió «yo también».

Para Carlitos no era fácil decir «te quiero». No porque no lo sintiera sino porque sabía que decirlo significaba mostrar todas sus cartas, y no estaba seguro de si eso le convenía.

Vaya a saber entonces por qué cuestiones del cerebro masculino se dio que fue Carlitos el que tiró el primer «te amo».

Los «te amo» luego pasaron a ser moneda corriente.

A veces se daba como una especie de ping pong:

—Te amo.

—Te amo.

—Te amo.



—Yo te amo más.

—No... yo te amo más.

—No... yo.

—No... yo.

Visto desde afuera era patético, pero se ve que a ellos les encantaban esas pelotudeces.

Pasaban los meses y todo era perfecto. No tenían secretos.

Estar separados tal vez por unas cortas vacaciones era una tortura que decidieron evitar en las vacaciones siguientes.

Ambos eran celosos, pero intentaban por todos los medios (sobre todo Carlitos) que no hubiera ningún motivo

de dudas en su pareja.

La fecha de casamiento se fijó para un 30 de noviembre. No sabían aún de qué año, pero qué lindo era saber que un 30 de noviembre se iban a unir para siempre, legalmente y ante Dios.

Su primer hijo se llamaría Lucas o Valeria.

Nada superaba el placer de estar juntos. Video, helado y sexo era para ellos el plan perfecto.

Qué digo sexo, eso era amor. Verdadero amor.

Maggie un día cambió de carrera. La abogacía no era lo suyo y se pasó a diseño. (Sí... ya sé... pero bueno.) La

familia no estaba muy de acuerdo con la decisión, pero Maggie contaba como siempre con el apoyo incondicional de Carlitos.

Comenzó su nueva carrera con mucho entusiasmo. Carlitos la esperaba todas las noches a la salida, como cuando iba a la otra facultad.

—Charlie, no vengas mañana a buscarme. Me lleva Sonia, que vive cerca de casa —dijo Maggie un día.

Para Carlitos no era un sacrificio ir por ella, y se lo hizo saber.

—A mí no me molesta esperarte, al contrario. No veo la hora que llegue el momento de verte salir...

—Sabes qué pasa, amor... que a veces los chicos a la salida de la facu van a tomar algo... y yo siempre parezco una cortada, ¿no te enojas?

—No, mi amor... cómo me voy a enojar.

Todo empezó a cambiar.

Los «te quiero» de Maggie se espaciaron. Los «te amo» desaparecieron.

La película, el helado y el sexo quedaron resumidos a «la película y el helado».

Todo se fue dando lentamente, casi sin que Carlitos se diera cuenta.

Pero bueno... todas las parejas

tienen momentos mejores que otros. No había nada de qué preocuparse.

Maggie se puso algo más quejosa. Cosas que antes no le molestaban de su novio comenzaron a perturbar la armonía de la pareja.

—¿Otra vez con esa remera? ¿No te la pensás cambiar nunca?

—Pero está recién lavada...

—¿Sos sordo? Yo no digo que esté sucia... digo que es aburrido verte siempre con la misma.

—¿Querés que me la saque, bombón?

—No te hagas el tonto, te estoy hablando en serio.

—Maggie, ¿de qué querés el helado?

—¿Me estás cargando? ¿Después de dos años todavía no sabes de qué me gusta el helado? Así es como me tenes en cuenta...

—Bueno, mi amor, perdóname.

—Sí, claro... así arreglas todo vos.

Otra vez «película y helado»... nada más.

El que llamaba siempre ahora era Carlitos. La emoción que en otras épocas demostraba Magdalena al atender el teléfono había desaparecido. Carlitos no se preocupaba por eso. Ella lo amaba.

Se casarían un 30 de noviembre. Sus

hijos se llamarían Lucas o Valeria...

—Necesito un tiempo —dijo Maggie con cara de sota de basto.

Carlitos levantó la mirada sin sacar la boca de la pajita del trago sin alcohol que estaba tomando.

—No sé qué me pasa... estoy confundida... necesito tiempo para pensar.

A Carlitos se le vino el mundo abajo. Lo que estaba viviendo era... cómo decirlo... irreal.

Esas cosas les pasaban sólo a los demás. Maggie lo amaba.

Estaba seguro de eso. Debía tratarse de una confusión de parte de ella.

Y era entendible. Sus padres estaban separados, el cambio de carrera seguramente la habría afectado... y él había cometido algunos errores: no era muy detallista, había olvidado el cumpleaños de su suegra, no se cambiaba mucho la remera... lo de Maggie era lógico.

Luego de tratar de convencerla por todos los medios de que ese tiempo no era necesario, que él la apoyaría, la ayudaría y que juntos podían enfrentar mejor los problemas, decidió demostrarle su amor de una manera más directa: «Tomate el tiempo que quieras. Pero sabe que yo voy a estar aquí para



lo que necesites. Y no olvides que te amo y que sin vos me muero».

—No llores, Carlitos. Por favor te lo pido, no me hagas esto más difícil.

—Es que te amo tanto.

—Yo también te amo... sos el hombre de mi vida y sé que sos la persona con la que me quiero casar y tener hijos. Pero ahora necesito estar sola. Entendeme.

Esas palabras lo tranquilizaron. Se secó las lágrimas, pagó como siempre la cuenta y la acompañó a la entrada de la facultad. Ella lo despidió con un dulce beso compasivo en la mejilla y entró triste y lentamente a su clase.

Pasaron dos días. Dos largos por no decir eternos días, sin que Carlitos tuviera noticias de Maggie.

Cuarenta y ocho horas era tiempo suficiente. Él estaba respetando el tiempo que ella le había pedido, pero ya no aguantaba más. Esa noche la iría a buscar por sorpresa. Ella seguramente también la estaba pasando muy mal. Se encontrarían, hablarían y por supuesto se arreglarían. ¿Para qué extender este sufrimiento?

Si su novia estaba confundida, él la ayudaría a desconfundirse.

Al menos tenía el consuelo de saber que ella lo amaba. Que esta etapa era

algo transitorio. Y que por supuesto no había terceros en el medio. Eso ni pensarlo.

—¿Qué haces acá?

La frase lapidaria de Maggie aún le retumba en sus oídos.

—Hola... ¿podemos habl...?

—Perdóname... ahora no puedo. Tengo que reunirme por un trabajo práctico.

—¿Te llamo y arreglamos para vernos y hablar?

—Carlitos... te pedí tiempo. ¿Te das cuenta de que nunca respetas mis prioridades?

Carlitos se fue con las manos vacías.

Pero no se daría por vencido. Si él era el culpable de esta ruptura tenía que demostrarle que podía cambiar, que la quería, que la amaba y que ella podía confiar en él.

Un mensaje de texto en su celular que dijera «te amo más que a mi vida» sería el puntapié inicial. Esa frase era importante para ellos. Era una de las preferidas de ella en las épocas doradas.

«Send» y a esperar.

Al segundo día de suspenso ya era hora de intentar otra cosa.

Esperarla a la salida de su trabajo con el auto para ofrecerle llevarla a la

facultad era una idea brillante. En el camino podrían hablar.

Y así lo hizo. Ella habló todo el camino. Pero por su celular, vaya a saber con qué amiga.

El papel de chofer le sentó bastante bien. Al menos estuvo cerca de ella, que recién cortó la comunicación en la esquina de la facultad. Al detenerse el auto Carlitos sólo atinó a expresarle nuevamente su amor y a pedirle que volviera. Sólo que esta vez incluyó las palabras «te lo suplico».

—Por favor... no vuelvas a hacer esto. Ya te dije que necesito estar sola. No me presiones.

Todavía tenía muchas cartas por jugar. Flores, cartas, pasacalles...

Ella cumplía años al mes siguiente. Ese día tendría vía libre para llamarla, por supuesto.

Además, Maggie tenía cosas de él en su casa. Unas fotos, unos CDs... si no se las había devuelto era porque no pensaba que la ruptura fuera definitiva. Era arriesgado dar el golpe de efecto de pedirle las cosas. A ver si todavía ella le decía: «Cómo no, pasa a buscarlas». Eso sería la muerte.

—No puede ser. ¿Cómo va a estar saliendo con un compañero? Ella quería estar sola... estaba confundida. Además,

me ama. Si quisiera estar con alguien estaría conmigo —le dijo Carlitos al imbécil de un amigo que le vino con el chisme.

El teléfono de Maggie sonó en plena madrugada.

—Me dijo Matías que estás saliendo con un compañero... Eso no es cierto, ¿verdad?

—Carlitos... son las dos de la mañana...

—Contéstame, nada más... decime que no es cierto y me quedo tranquilo y no te molesto más.

—Carlitos... yo no tengo que darte explicaciones de nada. Y lo que yo haga

con Marcelo no son asuntos ni tuyos ni de tu amigo.

—¿Marcelo? ¿Se llama Marcelo? ¿Y desde cuándo...?

—Tuuu tuuu tuuu tuuu.

Tal vez esta historia te resulte familiar. Posiblemente no en su totalidad, pero es muy probable que te sientas identificado con buena parte de ella.

Y es lógico.

En muchos párrafos pareciera que estoy relatando tu caso, ¿o no? ¿Seré adivino? ¿Te habré estado espiando?

No. Nada de eso. Simplemente sucede que todas las mujeres son como



Maggie. Y que todos los hombres, aunque nos duela admitirlo, somos medio Carlitos.

# Capítulo 2: Entender a las mujeres

«El cerebro femenino funciona de manera diferente del nuestro. Por eso jamás lograremos entenderlas.»

Queremos entenderlas. Es más... muchas veces creemos entenderlas.

Pero, ¿qué herramienta usamos para lograrlo?

Sus propias palabras.

Las escuchamos y de sus oraciones sacamos información supuestamente útil para complacerlas:

«A mí me gustan los hombres románticos».

«Sólo necesito un tiempo para aclarar mis pensamientos».

«Sos el hombre de mi vida... pero ahora necesito estar sola».

Si la forma de conocer a las mujeres es aprender de las cosas que ellas creen que quieren, estamos en el horno. ¿Cómo piensan las mujeres? Las mujeres no piensan.

Perdón: mejor dicho, no piensan de la manera en que nosotros pensamos.

Nuestros cerebros funcionan de forma diferente.

Los hombres pensamos de manera lineal. Las cosas de a una.

Ejemplo: tengo ganas de comer pan con manteca.

Voy a la heladera.

Busco la manteca.

La manteca no está.

Entonces pego el grito: «¿Dónde está la manteca?».

Y la respuesta femenina es obvia: «En la heladera».

Por más que la busquemos no la vamos a encontrar. Entonces vendrá la mujer, correrá un pote grande de vaya a

saber qué cosa y allí estará la manteca. En lugar de estar en el compartimiento donde está siempre, está en otro estante detrás de un pote. Como para encontrarla.

Pero bueno, este ejemplo sirve para ver cómo los hombres pensamos las cosas de a una. Voy a la heladera, busco la manteca donde debería estar, no la encuentro, pido ayuda. Y en el medio, por supuesto, nada.

Si una mujer llega a la casa con ganas de comer pan con manteca, camino a la cocina escucha los mensajes del contestador, mientras pone la pava a calentar para acompañar las tostadas

con un café, mete el pan en la tostadora, abre la heladera y, esté donde esté, va directo a la manteca y mientras se bate el café habla por el inalámbrico con una amiga. Como vemos, varias cosas al mismo tiempo.

Si a nosotros nos hablan mientras leemos el diario nos matan.

Las mujeres pueden tener comida en el fuego, cambiar al bebé, hablar por teléfono y seguir un programa en la tele, todo a la vez. ¿Son más inteligentes entonces las mujeres? Me reservo el derecho de responderlo más adelante.

Por ahora quedémonos con que nuestros cerebros y los de ellas

funcionan de modo diferente. Pero... ¿por qué funcionan de modo diferente?

La respuesta es simple. Porque durante millones de años, en la prehistoria, los hombres fueron los encargados de salir a cazar para alimentar a sus familias, mientras las mujeres eran las encargadas de... pelotudeces varias.

El hombre debía ser muy cuidadoso, además de silencioso, porque en cada acto estaba arriesgando la vida. Si fallaba podía ser devorado por un bicho enorme, así que no podía estar pensando pavadas y tenía que concentrarse bien.

Las mujeres mientras tanto estaban

en la cueva limpiando, cuidando a los hijos, haciendo ropa con las pieles que los hombres traían y, por supuesto, hablando y hablando y hablando sin parar. ¿Y de qué hablaban?

Dado que en aquella época no había televisión, ni radio, ni revistas, ni nada, no había mucho para comentar. Por lo tanto las mujeres hablaban de trivialidades. Boludeces, que le dicen.

Costumbre que mantienen hasta nuestros días.

Pero volviendo al tema de la forma de pensamiento masculino y femenino podemos asegurar que mientras el hombre piensa en forma lineal, las cosas



de a una, la mujer piensa en forma contextual, muchas cosas a la vez. Y sus decisiones no son otra cosa que la resultante de varios pensamientos simultáneos que quizá ni ellas mismas saben que están teniendo.

Tal vez sea por eso que al momento de dejarnos digan que somos el mejor hombre que puedan tener. Probablemente lo digan en serio. Pero esa frase tan incoherente es la resultante de vaya a saber qué pensamientos.

---

Usando nuestro cerebro  
masculino, jamás

entenderemos a las  
mujeres.

---

La única solución para entenderlas sería trasplantarnos un cerebro femenino, pero eso por ahora es imposible. Y el día en que sea posible dudo de que la cola para entrar en el quirófano llegue a la esquina.

# Capítulo 3: La donna é Mobile

«La mujer es inconstante como una pluma en el viento.»

Muchas veces escuchamos que las mujeres son lo peor que hay... que son todas iguales, que son todas atorrantas, que son todas mentirosas. Pero un día, mágicamente, nos encontramos con una que es diferente del resto. Un ángel caído del cielo que da por tierra con

todas esas falsas habladurías machistas.

Esa mujer se convierte en el eje de nuestra vida. Y nos brinda la seguridad de un amor eterno e incondicional. Muchas veces durante la relación podremos pensar que si la dejáramos se moriría. Porque, por lo que dice y por lo que demuestra, somos lo más importante para ella.

Y lo creemos. Lo creemos fervientemente.

La ópera Rigoletto de Giuseppe Verdi fue estrenada en Venecia en el año 1851. Estamos hablando de más de un siglo y medio atrás.

Ya en esa época se podía escuchar

en Rigoletto la más tarde «popular» canción napolitana «La donna é mobile». La misma nos decía que las damas son impredecibles e inestables, «qual piuma al vento» (como pluma al viento), y que no es recomendable confiar en que sus afanes o entusiasmos sean de larga duración.

Por lo tanto, eso de que las mujeres han cambiado recién ahora, que la emancipación femenina, que Internet y que las pelotas, es falso.

---

Las mujeres fueron  
siempre iguales. Sólo que

los hombres no queremos  
terminar de darnos  
cuenta.

---

Siempre creemos haber encontrado  
la perlita diferente.

Diferente hasta que sople un viento.  
Y cuidado que con esto no quiero decir  
que sean malas. Simplemente son  
mujeres. Y las mujeres son así.

Cuando nos pica un tábano  
inmediatamente pegamos el grito, le  
aplicamos un golpe y seguidamente  
decimos: «Qué tábano hijo de puta». En  
realidad, el tábano no es un hijo de puta.

Es simplemente un tábano. Y los tábanos pican. Picar está en su esencia. Así de simple. ¿Siempre te va a hacer mal una mujer?

No. No siempre.

Un día vas a encontrar una que no te va a dejar, que te va a aceptar como sos, una con la que te vas a casar, tener hijos, etc., etc.

Pero... el hecho de que a vos no te haya dejado, que no te haya hecho sufrir, ¿la hace diferente del resto de las mujeres?

No.

En el mismo momento en que se está casando con vos por ahí hay un ex novio

borracho, llorando por ella en la barra de un bar.

«Se está casando... ahora mismo se está casando... pero me amaba... cómo puede ser...»

Y cuidado. Con libreta de matrimonio y todo seguirá siendo potencialmente «mobile, qual piuma al vento».

Te preguntarás de qué vale saber todo esto ahora, que la mujer que amas ya no está a tu lado.

La respuesta es simple: siempre es bueno conocer el origen de las cosas para poder manejar mejor el futuro. Ahora mismo hay científicos



investigando el origen del universo. Perfeccionando la teoría del «Big Bang», que dice que hace mucho tiempo algo que no existía explotó en la nada. En fin...

Alguno podrá decir que la traducción literal de «mobile» es «movible».

Sí... sí..., también.

# Capítulo 4: La mujer ideal

«Ninguna mujer puede ser diferente a las mujeres.»

«Mi novia es diferente.» Ese pensamiento suele ser el comienzo de muchos dolores de cabeza. Empezamos una relación haciéndonos a la idea de que la mujer que conocemos es un pan de Dios, diferente del resto e incapaz de hacer algo que no esté dentro del manual

de la novia fiel, sincera y enamorada.

Y por supuesto no sólo nos hacemos a esa idea al comienzo sino que con el correr del tiempo la vamos afirmando aún más. ¿De dónde sacamos esa certeza? Muchos hombres eligen creer eso simplemente porque les agrada, porque les hace bien.

Y porque pensar lo contrario representaría un miedo muy grande, imposible de soportar.

Buscamos tener la seguridad de que nuestra novia nos querrá por siempre y no sería capaz de engañarnos. Tener en mente la posibilidad de un abandono o un engaño nos pondría directamente

paranoicos.

De esa manera damos por sentada la veracidad de sus afirmaciones cuando nos habla de su amor eterno y de su innata incapacidad de ser infiel.

Ninguna mujer puede ser diferente a las mujeres.

Cuando un hombre idealiza a una mujer se mete en un callejón sin salida. En ocasiones, cuando quiere encontrar una explicación a una situación determinada, se comporta como una mosca rebotando contra un vidrio.

Vayamos a un ejemplo. Si te compras un reloj sumergible y la primera vez que te tiras a la pileta se te

llena de agua, no puedes quedarte sentado diciendo: «No puede ser, era sumergible». Si se te llenó de agua es porque el que te lo vendió te cagó, o vos no supiste comprar.

Es entendible que si durante un par de años estuviste convencido de que era sumergible y se lo mostraste a tus amigos diciendo con orgullo: «Miren mi reloj... es sumergible doscientos metros», ahora te sientas defraudado.

En ese caso tenes dos opciones: llevarlo a la relojería para que te lo arreglen y seguir usándolo para saber la hora fuera del agua o tirarlo a la mierda.

Seguir convencido de que era

sumergible no es una opción. O al menos es un pensamiento que te deja en el callejón sin salida que mencionaba antes. Sobre todo si revisando las inscripciones del reloj te das cuenta de que en ningún lado decía «sumergible».

Con las mujeres la cosa es aún más compleja, porque relojes sumergibles hay. Mujeres diferentes de las mujeres, no.

La idealización de una mujer puede llegar a extremos insospechados:

—Marcela estaba de novia desde hacía dos años cuando nos conocimos. Lo nuestro fue amor a primera vista y comenzamos una relación en esas

vacaciones. A los dos meses de regresar ella dejó a su novio y a partir de entonces vivimos un romance de película durante un año y medio. Ella es la mujer de mi vida. Hace un tiempo que la noto distante y la semana pasada me dijo que necesitaba un tiempo sola para ver qué sentía realmente por mí. Yo la conozco bien y sé que ella me quiere y que sería incapaz de engañarme... y bla, bla, bla —me dijo un día Eduardo.

¿Es posible que Eduardo tuviera en los ojos una venda tan grande que ni siquiera pudiera recordar que lo que Marcela le está haciendo ahora a él ya se lo había hecho a su ex novio? ¿De

dónde saca Eduardo la «incapacidad» de ella de mentir?

Ésa es la imagen que Eduardo eligió hacerse de ella y que ahora lo pone a las puertas de una situación inexplicable:

«¿Cómo puede ser que ella haga algo que es imposible que haga?».

La respuesta a esta paradoja está en la idealización que él hizo de su novia.

Hay hombres que luego de que su pareja los ha sometido a las infidelidades y humillaciones más inimaginables continúan diciendo: «Ella es la mujer ideal, sé que no voy a conocer a otra como ella, sólo quiero encontrar la forma de recuperarla».



---

Tu novia es como es. No  
como vos querés que sea.

---

Volvamos al caso del reloj.

¿En qué momento estuvo el error?  
¿En el momento de la compra? ¿En todo  
el tiempo en que sin ninguna garantía  
escrita viviste convencido de que era  
sumergible? ¿O en el momento de tirarse  
a la pileta?

El error estuvo sin dudas en toda la  
fase previa a la zambullida. En el  
convencimiento de que algo es lo que no  
es. De otra forma todo debería haberse  
resumido a un comentario del tipo: «Qué

reloj de mierda... se me llenó de agua».

Una novia puede ser muy linda, puede hacer el amor bárbaro, puede ser muy buena con vos, puede demostrarte muchísimas veces su cariño, puede asegurarte de palabra, como un vendedor de relojes, que nunca va a dejarte, que no existe la posibilidad de que se fije en otro y que juntos van a tener una vida de cuento de hadas. Pero, como consejo, no dejes de leer la garantía para asegurarte de que todo lo que ella te dice, y que al mismo tiempo vos querés creer, sea cierto.

¿Cómo? ¿No viene con garantía escrita?

Caramba... mira vos.

# Capítulo 5: El amor es ciego

«Estaba en la casa de mi novia y llamó por teléfono al novio», me escribió un día Pablo, un lector, vía e-mail. La mina lo había dejado por otro y él seguía en contacto. Tanto era así que la iba a visitar a la casa. Como todavía algunas veces tenían acercamientos sexuales en los que ella le daba esperanzas de que todo volvería a ser como antes, él no terminaba de asumir que ya no era la novia sino la ex novia. Y como ella ya estaba saliendo con otro, era lógico que

sonara el teléfono de la casa y que quien estaba del otro lado del cable fuera «el novio de su novia».

Patético.

Federico, de México, me escribió desesperado. Su novia le confesó que un mes atrás se había besado con un compañero de la universidad. O que al menos eso es lo que «se dice», porque ella no se acuerda. ¿Cómo es eso?

Bueno... resulta que esa noche ella había bebido mucho y estaba totalmente borracha. Por eso no tomó conciencia de lo que hacía y ese hombre se aprovechó de la situación. Y no sólo no se dio cuenta de lo que estaba sucediendo, sino

que además no se acuerda de absolutamente nada.

Esa historia ya la sabía de memoria porque era como el vigésimo lector que me venía con lo mismo. ¡Dejémonos de joder! ¿Alguna vez estuvimos tan borrachos como para no saber lo que hacíamos y al otro día padecer amnesia total? ¿Tendrías relaciones sexuales con otro hombre porque estás borracho? A menos que seas homosexual, seguramente no. Y si te interesa el contenido de este libro dudo de que tengas tendencia a comerte la galletita.

El alcohol a lo sumo te desinhibe y te da ánimos para hacer cosas que tal

vez estando sobrio no harías con facilidad, pero bajo ningún punto de vista te lleva a hacer cosas que no quieras.

Lo peor del caso es que Federico en el fondo lo sabía, pero no podía verlo.

—Y la semana pasada se han vuelto a besar —me dijo Federico.

—¿Otra vez estaba borracha? —pregunté.

—No... esta vez estaba sobria... pero me dijo que como sabía que antes se habían besado y ella no se acordaba, quería saber qué se sentía al hacerlo.

Para Federico la culpa de todo la tenía ese sucio aprovechador que la

besó cuando ella estaba indefensa por el efecto del alcohol. Y claro... era lógico que si todos decían que ella había hecho algo que no recordaba, quisiera experimentar qué se sentía al hacerlo.

Una boludez total. Pero no había vuelta que darle. Federico estaba empeinado en creerle. Necesitaba creerle.

La realidad indicaba que, si de verdad le creyera, no habría problema: ella hizo algo sin tener conciencia, luego al enterarse quiso saber qué fue lo que hizo y ahí terminó todo. Pero si Federico se hacía tanto problema era porque en el fondo de su autoengaño sabía



perfectamente que la novia era una yegua garca de quinta y no podía soportarlo.

Nos gusta pensar que nuestra novia es Blancanieves. Que es un personaje único y diferente salido de un cuento de hadas.

Pero hasta los mismos cuentos pueden enseñarnos muchas cosas sobre la forma de ser de los hombres y las mujeres. Sólo hay que verlos con un poco menos de superficialidad.

La madrastra de Blancanieves, al enterarse de que ella ya no era la más bella, directamente la manda a matar. ¡Yegua competitiva!

Hoy en día no vamos a negar que las mujeres son más competitivas entre ellas que los hombres, al menos en materia de belleza.

Así arranca el cuento... ¿Y cómo termina? Con un casamiento entre Blancanieves y un príncipe. Pero fíjense qué curioso: el príncipe no reparó en el oscuro pasado de Blancanieves. Al verla tan hermosa se boludizó tanto que ni siquiera se puso a pensar que la mina venía de convivir con siete enanos calentones y bien dotados en una cabañita con siete camitas en el medio del bosque. Con sólo contar las camas se tendría que haber dado cuenta de que

su mina no tenía cama propia, por lo que debían ser ciertos los rumores que se escuchaban en la comarca de que Blanqui dormía cada noche con un enano diferente.

Él vio a una mujer hermosa y le dio para adelante autoconvenciéndose de que era perfecta. Todo lo demás no lo veía o no lo quería ver. Y a Blancanieves le interesó bastante poco que el príncipe fuera un necrófilo hijo de puta que se mandó a comerle la boca mientras supuestamente la estaban velando.

Lo único que le importó fue que el tipo era príncipe vaya a saber de dónde

y que tendría un castillo y varios sirvientes a su disposición. Blancanieves no se fijó si compartían los mismos gustos, si tenían afinidad de caracteres, si tenían objetivos de vida comunes. Nada. Era príncipe y listo.

Ustedes dirán: ¿en qué difieren entonces las actitudes de ambos?

La diferencia está en que Blancanieves «se hacía» la boluda.

El príncipe «era» boludo.

# Capítulo 6: Mentime que me gusta

«No hay persona más fácil de engañar que aquella que desea ser engañada.»

La relación entre Andrea, de veinte años, y Alejandro, de veintidós, ya no era el idilio perfecto de un año atrás. Peleas tan estúpidas como reiteradas, celos infundados (o no) y una actitud bastante más fría con respecto al sexo de

parte de ella eran algunas de las causas visibles del deterioro. De todas formas, por ninguna de esas dos cabezas se cruzaba la idea de una ruptura. (Ojo que cuando digo «ninguna de esas dos cabezas» me refiero a las dos cabezas de Alejandro.)

—Este domingo me voy a San Pedro a visitar a mi tía —le dijo un día Andrea a Alejandro.

San Pedro es una ciudad que queda a unos ciento veinte kilómetros de donde ellos vivían.

A Ale no le divirtió mucho la idea y consideró que no hubiese estado mal que su novia le propusiera acompañarla,

pero teniendo en cuenta que ese domingo su equipo de fútbol jugaba de local y su platea lo esperaba como cada quince días, no armó quilombo.

—Bueno, que te diviertas —se limitó a responder.

En la semana posterior a la visita a su tía las peleas se tornaron más molestas que lo habitual. «Que siempre tenes que ir a la cancha, que vos a mí no me tenes en cuenta, que no te cortaste el pelo, que sos un antipático con mis amigas, que patatín, que patatán.» El viernes discutieron más fuerte por equis motivos y el sábado no se llamaron en todo el día.

El domingo por la tarde Alejandro decidió dar el primer paso al diálogo y llamó por teléfono a su novia. «No... Andreíta se fue a pasar el fin de semana a la casa de la tía en San Pedro... ¿no te dijo?» ¡La calentura que se agarró ese muchacho! ¿Cómo se le había ocurrido irse un fin de semana sin siquiera avisarle? ¿Estamos todos locos? Al día siguiente vuelve a ser él quien da el paso hacia el diálogo marcando su número telefónico.

Andrea lo atendió con el mismo entusiasmo con el que atendería a un encuestador.

—¿Te fuiste el fin de semana y ni



siquiera me lo comentaste? ¿Quién te crees que sos, nena? ¿Me tomaste por estúpido vos a mí?

—Mira, Alejandro... ahora estoy saliendo para hockey y no tengo tiempo para tus escenitas. Si querés vení a buscarme a la salida y hablamos.

Las explicaciones de Andrea en el viaje de regreso del club fueron bastante convincentes:

—Sabes que tengo muchos problemas con mi vieja, a veces se hace insoportable vivir con ella. Además, mi tía está remal porque se está separando... y vos sabes cómo la quiero yo a mi tía, que además es mi madrina...

ella necesitaba compañía... yo necesitaba alejarme un poco de casa...

—Sí, está bien... ¿pero no me podías avisar al menos?

—Mira, lo decidí de un momento a otro... y además, de la manera en que me trataste la semana pasada...

Ése fue el comienzo de otra pelea que no vale la pena detallar.

El asunto es que la relación continuó esa semana entre discusiones y calmas temporarias.

—Me voy a ver a mi tía el fin de semana —le dice Andrea el siguiente viernes.

—¿Otra vez? —pregunta Alejandro

molesto.

—Sí, otra vez. Ya te dije que mi tía está mal. Me llamó, me preguntó si quería ir porque le hizo muy bien estar acompañada y le dije que sí. ¿Vos acaso no vas a la cancha el domingo?

El lunes suena el teléfono de Alejandro. Era Andrea desde San Pedro.

—Me voy a quedar diez días con mi tía.

—Ah... qué bien... bueno, mira, hace lo que quieras. ¿Sabes qué? Quédate todo lo que se te ocurra. Eso sí, no esperes que te vaya a estar llamando a San Pedro como un idiota.

—No me grites, escúchame, después

de lo que vos me hiciste...

—No tengo ganas de discutir otra vez con vos, Andrea... me aburre discutir siempre, me tenes las pelotas por el suelo, quédate los diez días y llámame cuando vuelvas.

«Click.»

Alejandro cortó recaliente pero con la tranquilidad interna de saber que había actuado correctamente, como un hombre con orgullo, sin permitirle ver el dolor que le causaba su ausencia y negándose a volver a hablar con ella hasta su regreso. Sin duda eso haría que lo extrañara, que recapacitara, que tuviera miedo de perderlo y hasta que

decidiera regresar antes.

A medida que pasaban los días las ganas de Alejandro de saber algo de su novia iban en aumento, pero bajo ningún punto de vista iba a quebrar su promesa de no llamarla. Ella tampoco lo haría porque era muy orgullosa, pero seguramente estaba muy mal y muy necesitada de hablar con él.

«Y bueno... que se joda... ella se lo buscó.»

El día previo al regreso Alejandro ya no aguantaba no tener noticias de ella, por lo que decidió entrar a espiar la casilla de e-mails de su novia a ver si encontraba algo que le alivianara la

ansiedad.

El único e-mail que había en su bandeja de entrada era de un tal Sebastián y decía: «¿Por qué decís que no te quiero? ¿No sabes acaso que te quiero mucho?».

Eso era todo. ¡La reputa madre! ¿Quién era ese tipo? ¿Qué significaba eso de «te quiero mucho»? ¿Se enganchó un tipo en San Pedro?

No... ni en pedo... seguramente era un amigo.

O tal vez era un buitro que se la quería ganar... qué pelotudo...

«Hola, Claudia... soy Alejandro... ¿está Andrea?»

La promesa de no llamarla a San Pedro se había ido al carajo.

—Hola —dijo Andrea con voz de dormida.

—Hola... venís mañana, ¿no?

—Sí, ¿por qué? ¿Pasa algo?

—Porque quiero que me expliques quién es Sebastián y qué es esa boludez de «te quiero mucho».

El sueño en su voz desapareció instantáneamente.

—¿Me estás revisando la casilla de e-mails? ¿Cómo entras a la casilla?

—La casilla te la di de alta yo, estúpida. ¿Te olvidaste?

—No me insultes.

—Si no querés que te insulte decime qué carajo está pasando, qué me estás ocultando, quién es el tipo ese...

—Para, para... vos como siempre interpretando todo para la mierda... ya te voy a contar mañana.

—Mañana nada. Me decís ahora.

—Ale, no seas tonto. Sebastián es un amigo... es el hermano de la vecina de adelante de mi tía...

—Claro... ¿y «te quiere mucho» el hermano de la vecina de tu tía?

—Mira, Ale... ahora no puedo hablar... acá hay gente. Mañana llego y te cuento bien. No seas tonto.

—OK, pero llámame ni bien llegues.



«Bueno, al parecer todo está bien. Se trata de un amigo», se dijo Alejandro al cortar la comunicación.

Sí... todo estaba bien salvo la taquicardia y esa sensación de mierda de que nada estaba tan bien como él se esforzaba por creer para no desesperarse.

Había dos opciones: creerle y quedarse tranquilo o no creerle y volverse loco.

Eligió la primera, aunque no pudo llevar del todo a cabo la segunda parte, porque tranquilo lo que se dice tranquilo no se quedó. A la mañana siguiente, Andrea llegó a su casa. Llamó a

Alejandro y arreglaron para verse en la casa de él tipo seis de la tarde.

—¿No puede ser antes? —preguntó Ale.

—No, antes no puedo —respondió ella sin mayores explicaciones.

Andrea llegó a las 18:15 con cara de perro que volteó la olla.

Se saludaron fríamente y se encerraron en la habitación.

—Te escucho —dijo Ale.

—¿Que me escuchas qué...? —respondió Andrea en un estúpido e infructuoso intento de hacerse la boluda.

—Dale, Andrea: Sebastián, el e-mail, el «te quiero mucho»...

Andrea respiró hondo y comenzó a hablar en un tono sereno y de forma pausada. Algo no andaba bien.

—Sebastián es el hermano de la vecina de mi tía. Una noche mi tía amasó unas pizzas y los invitó a comer. Mi tía hace unas pizzas riquísimas. Tiene un horno de barro...

—Andrea...

—Bueno, resulta que salió el terna del problema que tengo con mamá... y a Sebi le pasaba algo similar pero con el padre... entonces nos quedamos hablando mucho esa noche...

—¿Eso cuándo fue? ¿Antes de venirte?

—No... esteeee... eso fue la vez pasada... cuando fui a pasar el primer fin de semana.

—Ah...

El rompecabezas se iba armando.

—Y bueno... esta vez que volví hablamos mucho... y nos hicimos bastante amigos. Es un pibe remacanudo.

—¿Y de qué hablaban tanto?

—Ya te dije, del problema que tiene él con el padre, de mi vieja... de su ex novia... de vos...

—¿De mí? ¿Y qué tenías que hablar de mí?

—Ay, Ale... nosotros hace rato que tenemos problemas y lo sabes. Y la

verdad es que me hacía muy bien tener una visión masculina de algunas cosas. Yo no tengo hermanos, con mi papá no se puede hablar mucho... entonces en un amigo encontré un apoyo.

La palabra «apoyo» le trajo imágenes feas a la cabeza, pero decidió bloquear esos pensamientos.

—¿Entonces es un amigo?

—Sí...

—¿Seguro?

—Ya te dije que sí.

—¿Me extrañaste?

—Sí, tonto...

—¿Y no me vas a dar un beso como la gente?

Andrea se acercó y sus bocas se juntaron en lo que podría tranquilamente enmarcarse dentro de la categoría «beso de mierda».

—¿Qué pasa, Andrea?

—Nada...

—¿Me aseguras que con este pibe no pasó nada y que sólo son amigos?

Silencio.

—Andrea...

—Bueno, sí... de parte mía al menos sí.

—¿Cómo de parte tuya?

—Es que él confundió un poco las cosas... y una noche estábamos tomando algo en un boliche...

—¿Qué boliche? ¿Fuiste a bailar?  
¿Fuiste a bailar con él?

—No... no fui con él, fuimos con todo un grupo de amigos.

La taquicardia había regresado. Y esta vez, al parecer, para quedarse.

—¿Y?

—Y nada... él me dijo que sentía algo más por mí... y me besó...

Alejandro quiso decir algo pero su cerebro no coordinó con sus cuerdas vocales y sólo atinó a emitir un sonido corto, ahogado e inentendible que Andrea pasó por alto.

—Pero te juro que fue sólo un beso... inmediatamente pensé en vos.

—¿O sea que fue solamente un beso?

—Sí, sí... yo le dije que tenía novio... que a él sólo lo veía como un amigo.

—¿Y eso cuándo fue?

—El primer sábado.

—¿El día que llegaste? ¿Y después seguiste con él todos estos días?

—Sí... pero ya te dije. No pasó nada más, sólo como amigos. Él me insistía pero yo le decía que tengo novio... y que mi novio me quiere. Él me decía que también me quería, pero yo le dije que eso no puede ser... que no puede quererme en tan poco tiempo... por eso lo del e-mail.



—No entiendo. ¿Qué importa si él te quiere, o si yo te quiero, o quién te quiere más? Acá lo importante es que querés vos.

Silencio.

—Andrea, ¿a vos te importa el tipo ese?

—Sólo como amigo.

—¿Seguro?

—Sí.

—¿Y lo del beso?

—Ya te dije... me tomó por sorpresa...

—¿Entonces fue sólo un beso y nada más?

—Sí.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro.

Bueno... todo había sido apenas un susto. Si bien lo del beso podría haberse evitado, no era tan grave. Cualquiera puede tomar algún trago de más y equivocarse. Ella había tenido su momento de confusión pero lo había superado rápidamente.

Beso, abrazo, reconciliación y a seguir adelante.

Dos meses más tarde Alejandro lloraba desconsoladamente en la casa de su mejor amigo.

Andrea lo había dejado y se había ido a vivir con su tía a San Pedro.

Analicemos un poco lo sucedido.

¿Andrea lo habría dejado por Sebastián de todas formas si Alejandro hubiera tomado el toro por las astas de entrada?

Probablemente sí. Probablemente no.

Pero sin duda la aceptación por parte de Alejandro de las inverosímiles justificaciones de Andrea le allanó a ella el camino hacia más infidelidades y el posterior alejamiento definitivo. Era obvio que el interés repentino de Andrea en visitar a su tía escondía algo más que un sentimiento familiar.

El e-mail encontrado por Alejandro

dejaba al descubierto un asunto turbio.

La confesión de que había existido algo entre ella y otro tipo no dejaba lugar a dudas. Así y todo Andrea logró engañarlo a su regreso. ¿Cómo lo logró? Porque no hay persona más fácil de engañar que aquella que «desea» ser engañada, y Alejandro deseaba que ella regresara de San Pedro con una excusa convincente.

Verdadera o no. Sólo convincente.

Quería creerle. Necesitaba creerle. Deseaba profundamente creerle.

Hoy Alejandro sigue intentando recuperar a Andrea, pero es muy difícil que lo logre. ¿Por qué? Porque quiere

seguir pensando que Andrea se equivocó, que en realidad lo quiere a él, que tal vez se haya ido por su tía y no por el otro, que ella está en un momento de confusión pasajero.

Alejandro sólo ve lo que quiere ver.

Intenta por todos los medios que jamás te suceda lo mismo.

Tal vez no puedas evitar que te mientan. Pero jamás seas cómplice de esa mentira.

# Capítulo 7: Ella dice

«Las palabras pueden mentir,  
las actitudes no.»

Manuel, de España, escribió a nuestro website pidiendo ayuda desesperadamente. Su reciente ex novia le estaba provocando un nudo mental imposible de desatar. Habían estado de novios durante dos años. Según él, dos maravillosos años en los que todo había sido perfecto.

Después de un corto período de IDQ

(Indicadores De Quilombos), ella le plantea una separación momentánea aduciendo confusión.

Luego de intentar convencerla por todos los medios de que se aman y que lo mejor es tratar de solucionar los problemas estando juntos, luego de ofrecerle su apoyo incondicional, de mandarle flores, cartas, y de parársele enfrente llorando como un pelotudo, decide entrar en un buscador de Internet y poner «recuperar a mi novia». Así es como conoce nuestro website, descubre mi libro y nos pide ayuda.

Dios... ¿por qué no empezarán por ahí?

Porque por lo general las personas que nos consultan en la Web ya hicieron tantas, pero tantas cagadas con la idea de recuperar a una mujer que lograrlo sería un milagro.

Y yo hice un pacto con Dios: Él no te ayuda con las mujeres y yo no hago milagros.

Manuel, como muchos otros, utiliza las palabras de ella como única herramienta para analizar lo que le está sucediendo.

En este caso las palabras son: «Yo te amo, pero ahora necesito estar sola» (¿les suena?). Imaginen la confusión que esto le puede crear a una persona que



intenta ordenar sus ideas a través de esa incoherencia.

Si se tratara simplemente de entender la situación y ordenar ideas de manera cerebral el asunto no sería tan grave, porque ante lo ridículo del planteo el hombre directamente pensaría: «Si me quiere no me deja» o «si me deja no me quiere», por lo tanto entendería que está frente a una mentira y allí se acabaría el problema. Pero como aquí juegan los sentimientos y la necesidad de creerle para darle un alivio inmediato a nuestro lastimado corazón, todo se complica.

Si estamos convencidos de que

nuestra ahora ex novia nos quiere, de que somos el hombre de su vida, de que no hay otro que nos haga sombra y de que ella solamente está pasando por un momento de confusión temporal vamos a sufrir menos. Pero vamos a sufrir menos en un principio. Porque después vendrá un sufrimiento del que no nos salva nadie.

Veamos un ejemplo que nos va a granear esta situación.

Imaginemos que vamos por una autopista a cien kilómetros por hora. Nuestro auto anda de manera espectacular. El motor es un relojito. Ni un ruidito extraño. Nada de nada.

De repente, pluf, pluf, pluf... y el motor se detiene.

Con el envión que traíamos nos tiramos al costado e intentamos darle nuevamente arranque.

No hay caso.

Probamos una, dos, diez veces, y nada.

Hay olor a quemado... las luces se apagan...

Seguimos intentando dar arranque pero ni siquiera amaga a responder.

Entonces miramos el velocímetro y vemos que marca ochenta kilómetros por hora y pensamos: «Ah... qué susto... estamos andando. Por un momento pensé

que se había roto».

---

¡Ojo! Las palabras que  
ella te dice en el  
momento en que te está  
dejando pueden no ser  
ciertas.

---

Por lo tanto usemos la cabeza y analicemos la situación en forma global por dura que ésta nos resulte.

Si estamos en el auto y vemos que los postes de luz al costado se detuvieron, significa que el auto no está andando. No importa lo que diga el

velocímetro.

Por otro lado es difícil que el auto se descomponga de un segundo para el otro. Evidentemente había algún desperfecto, algo venía jodiendo desde hace al menos unos kilómetros. El motor no era la máquina perfecta que vos creías.

---

A diferencia del auto, las mujeres buscan ocultar sus desperfectos, o los motivos verdaderos que provocaron el problema. Y como nos cuesta tanto

asumir la realidad, no  
tenemos la capacidad de  
ver los postes de luz  
detenidos a nuestro lado,  
no vemos el humo que  
sale del capot, no vemos  
la mancha de aceite que  
se pierde por el suelo  
hasta donde alcanza la  
vista. No vemos nada.

Sólo vemos el  
velocímetro que marca  
ochenta kilómetros por  
hora y queremos  
quedarnos en el auto  
pisando el acelerador.

---

¿Adonde vamos a llegar de esa forma? A ningún lado, por supuesto.

Olvidemos el «ella me dice» y abramos los ojos para ver lo que realmente nos está pasando. Miremos la realidad sin tergiversarla.

# Capítulo 8: Lista de excusas

«Nunca te dicen el verdadero  
motivo de su alejamiento.»

Después de meses o años de relación, después de miles de promesas, después de que nos dijeron y nos hicieron decir cosas de las que se avergonzaría hasta el más barato guionista de telenovelas, después de planificar un futuro juntos, de haber imaginado la cara de nuestros



hijos, etc., etc., un día pinta un «Matías» de la facultad o un «Sebastián» del trabajo y al diablo con todo.

Nosotros, ajenos a esta situación, seguimos como unos boludos en la «sintonía del amor» sin notar, o sin querer notar, los cambios que se van produciendo en ella. Un día la situación no da para más y vienen a plantearnos una separación.

Lágrimas, reproches, frases tan rebuscadas como inentendibles nos confunden a más no poder.

---

Toda la confusión

desaparecería si ellas  
simplemente nos dijeran:  
«Sí... sí... ya sé todo lo  
que te dije en este  
tiempo, pero la verdad es  
que apareció un tipo que  
me va más que vos.  
Decidí probar con él para  
ver qué pasa». Pero,  
atentos, nunca lo dicen.

---

Una confesión semejante tiene su  
lado malo y su lado bueno.

Su lado malo es el tiempo que  
perdemos tratando de entenderlas, de

convencerlas, de complacerlas, de solucionar ese problema que están inventando.

El lado bueno es que si lo dijeran nos caeríamos de cabeza hacia atrás como en las historietas y aparecería un cartel que diría ¡PLOP!

Por otra parte a ninguna le gusta decir algo equivalente a «soy una yegua». ¿Qué hacen entonces? Nos mienten. Nos ponen una excusa.

He aquí un listado de las más comunes:

### **Estoy confundida**

Ya lo dijimos: nadie está confundido con respecto al amor. Todos saben si

quieren o no a su pareja.

### **Necesito un tiempo**

Jamás una mujer luego de «pedir un tiempo» regresó por las suyas y le dijo a su ex novio: «Ya pasó el tiempo que necesitaba, volvamos».

### **No sos vos, soy yo**

Esa excusa está incompleta. Debería ser: «No sos vos, soy yo y el otro».

### **Necesito extrañarte**

Extrañar a alguien no es un sentimiento agradable. Nadie necesita un sentimiento desagradable. Sería como decir: «Necesito pasarla mal».

**No siento mariposas en el estómago**

Sí... sí... muchas han dicho eso. Habría que hacerles tragar algunas larvas a ver si las vuelven a sentir. Inanalizable.

**Tengo que dedicarle tiempo a mi estudio**

Si esto fuera cierto ninguna mujer que estudiara tendría pareja. Una estupidez total.

**Tengo que dedicarle más tiempo a mi desarrollo profesional**

Es un caso similar al anterior. Las profesionales también tienen pareja. Generalmente lo dicen cuando el novio no está a la altura de su desarrollo profesional.

**Necesito estar más tiempo con mis amigas**

Otra frase incompleta. Debería ser: «Necesito estar más tiempo con mis amigas para salir de joda y conocer otros tipos».

**Necesito mi espacio**

¿Te sentás con ella en la misma silla? ¿Comparten el inodoro? Seguramente no. Tal vez lo que deberías hacer para darle «su espacio» es ponerla en órbita.

**Necesito encontrarme conmigo misma**

Una buena respuesta sería: «Mira... yo te conozco bien y te aseguro que si no

te encierras no perdés nada».

## **Tengo muchos problemas**

Si lo que tiene son problemas, lo que está haciendo al dejar a un novio que quiere es sumar un problema más. No cierra, ¿verdad?

## **Te quiero pero no te amo**

¿Dónde está la línea que divide querer de amar? ¿Amar es querer mucho? En nuestro idioma existen las dos palabras, pero ¿en inglés cómo sería? ¿I love you but I don't love you? No jodamos.

**Sería bueno que estemos juntos cuando tengamos ganas, sin ataduras**

Eso es lo mismo que decir: «Te

estoy dejando pero te quiero tener a mano por si te extraño un poco».

### **Te quiero pero como amigo**

¿Se puede querer como amigo a alguien que nunca fue tu amigo?

### **No sé lo que quiero**

Caramba, antes lo sabía. Es un gran problema no saber lo que uno quiere porque no hay nadie a quien preguntárselo. El único que puede saberlo es uno mismo. Si ella realmente no supiera si te quiere o no, no te lo diría. Esperaría a saberlo como para no meter la pata. Si te dijo: «No sé lo que quiero» es porque lo sabe bien.

### **Me siento ahogada**



Puede que sea asmática. Hay tratamientos médicos. Si no lo es, prueba dejar de apretarle la garganta con tus manos. Si no estás haciendo eso, entonces te está sanateando.

### **Vos no cambias**

Si quiere que cambies está tratando de convertirte en otra persona. De lo que se desprende que no te quiere a vos sino a uno diferente. ¿Entonces qué hace con vos? ¿No se dio cuenta antes, cuando te decía esas cosas tan lindas, de que no eras lo que ella quería? Vos tenes que cambiar. Sin dudas. Pero de novia.

**Nunca superé la separación de mis padres**

Los padres se separaron tal vez hace quince años y cada uno es feliz con su nueva pareja. ¿Lo que está queriendo decir es que como sus padres se separaron es una descreída de la felicidad matrimonial y por eso va a renunciar a tener un novio que pueda convertirse en un marido con el que pueda tener hijos?

Bueno... puede ser... claro que, si dentro de unos años ves que se casó con otro y tiene hijos, te había mentado.

**No estoy preparada para una relación seria**

Otra frase incompleta: no está preparada para una relación seria «con

VOS».

También pueden aparecer excusas más rebuscadas y ridículas, con las cuales sólo buscan generarnos un cortocircuito mental tan grande que renunciemos a la búsqueda de cualquier explicación, tales como:

- «Necesito hallar mi ser» (sic).
- «Sos como un espejo donde reflejo mis problemas y no quiero que ese espejo se rompa» (sic).
- «Siento que no siento lo que siento» (sic).
- «Siento que somos el uno para el otro pero no el otro para el uno»

(sic).

Todas las excusas que vimos en este capítulo pueden ser el comienzo de largas charlas, horas de conjeturas e intentos de revertir la situación.

La mejor respuesta a cualquiera de estos planteos es sin duda la respuesta más corta de todas: «OK». Y sin duda debe ir acompañada de una digna e inmediata retirada.

---

Irse con la frente alta  
deja abiertas las puertas  
para un regreso.  
Enroscarse en debates y

súplicas inútiles las  
cierra.

---

# Capítulo 9: El objetivo claro

«Tener claro nuestro objetivo es fundamental a la hora de elaborar una estrategia.»

Cuando nuestra novia nos deja, lo primero que pensamos es en recuperarla. Ése es nuestro claro objetivo. No hay dudas.

Por lo general eso nos lleva, equivocados o no, a hacer determinadas

cosas. Pero pasado un tiempo, cuando empezamos a ver mejor la realidad de lo que sucedió, cuando nos damos cuenta de que el «tiempo» que necesitaba era mentira, cuando vemos que ella no está mal un poco, aparece la bronca y el objetivo ya no está tan claro como antes.

Cuando la posibilidad de recuperarla se va alejando, nuestro objetivo empieza a cambiar y, al menos de la boca para afuera, podemos decir algunas de las siguientes cosas:

- «Yo lo que quiero es olvidarla».
- «Yo quiero vengarme».
- «Yo quiero que sufra».

- «Yo la quiero para tener sexo de vez en cuando y nada más».

Vamos por partes:

### **Yo lo que quiero es olvidarla**

Sería maravilloso que pienses de esa forma. Siempre y cuando lo pienses y lo sientas de verdad. Pero en el noventa por ciento de los casos no es cierto. Es un autoengaño.

Si realmente querés olvidarla, hay una cantidad de cosas que tenes que hacer para lograrlo. En principio esas cosas son las mismas que tenes que hacer para recuperarla, pero llega un momento en que las estrategias se



bifurcan porque a partir de cierto punto, de ciertas señales que ella puede dar, una cosa es lo que debemos hacer para «recuperarla» y otra diferente lo que tenemos que hacer para «olvidarla».

Por lo cual, si decimos que queremos «olvidarla» cuando lo que en realidad queremos es «recuperarla», nos vamos a equivocar a la hora de actuar en consecuencia.

Por ejemplo: si pasado un mes de la ruptura ella nos manda un e-mail diciendo: «Hace mucho que no sé nada de vos, ¿cómo estás?», y lo que queremos es olvidarla, podemos responderle: «Estoy fenómeno... salvo

por unos hongos que me salieron en las bolas que pican como la puta madre, pero me estoy poniendo una cremita y ya se me está pasando. Escúchame... si te interesa mucho cómo me va puedo mandarte un reporte semanal... o mensual, pero no me estés escribiendo a cada rato porque no es agradable que encima que me pican las bolas vos me las estés rompiendo».

De esa manera lo más probable es que ella no te joda más y por otro lado te das el gusto de humillarla un poco.

Ahora imaginate que si lo que querés es recuperarla y le decís eso, vas como el Titanic hacia el iceberg.

## **Yo quiero vengarme**

Ya lo dijo Vito Corleone en El padrino: «La venganza es un plato que sabe mejor cuando está frío».

Supongamos que así muerto como estás con ella quisieras hacerla sufrir mostrándote con otra y lo logras. Ella te ve con la otra y se va llorando.

OK. Venganza cumplida. ¿Y después?

Y después seguramente querrás verla, hablar con ella, que te suplique, que te diga que todavía te quiere y que le hace mal verte con la otra para así abrazarla, besarla y arreglarse. ¿Y la sed de venganza? ¿Dónde quedó?

Entonces vos no querías vengarte.  
Vos querías recuperarla.

---

Cuando todavía hay  
sentimientos, la venganza  
siempre queda a mitad de  
camino. Y la venganza  
cuando ella ya no nos  
importa no tiene sentido.  
¿Para qué vas a querer  
vengarte de alguien que  
no te importa?

---

**Yo quiero que sufra**

Otro autoengaño. Vos no querés que

«sufra». Vos querés que «sienta».

Lo que no te bancas es la indiferencia y entonces pensás que si ella «sufre» es porque está sintiendo algo por vos.

Por eso querés que sufra. Porque sufrir es sentir, y que ella no sienta «algo» hacia vos te mata.

Pero en ese caso otra vez estaremos apuntando mal los cañones.

**Yo la quiero para tener sexo de vez en cuando y nada más**

Ése es el peor de todos los autoengaños. Ésa es una forma de justificar que corremos hacia ella como unos salames ilusionados con una

reconciliación cada vez que se le ocurre pasarla bien un rato con nosotros, o «testearnos» para ver si a pesar de habernos dejado nos sigue queriendo.

No jodamos. Tener sexo sale cincuenta mangos (y menos también).

Eso es menos de lo que gastas en llevarla a comer y al «telo».

Si lo que querés es tener sexo puedes hacerlo sin tener que estar acariciando y besando a una mina que te dejó por otro, que probablemente siga con ese otro y que al tenerte de vez en cuando no puede ni extrañarte ni desearte un poco más.

Por lo tanto la idea no cierra.

---

Nadie quiere «solamente  
para tener sexo» a una  
novia que lo dejó.

---

Si no nos sinceramos con nosotros mismos y no ponemos en claro nuestro objetivo, vamos a estar en el medio del mar sin brújula. O peor aún, colocando las velas y girando el timón de manera equivocada, navegando hacia un puerto errado.

¡Pónete las pilas, Popeye!

# Capítulo 10: El punto clave

«Ninguna mujer puede querer recuperar lo que no siente que ha perdido.»

Tu novia te dejó y sentís la necesidad de recuperarla, sí o sí.

Sentís que ésa es la única manera de seguir adelante con tu vida.

Sentís que si ella estuviera con otro... no, eso ni pensarlo. Eso no puede



ser.

Sentís que nunca vas a encontrar otra como ella.

Sentís... sentís... sentís...

Pero si en lugar de «sentir» tanto «pensaras» un poco más, te darías cuenta de que:

- Estar con ella no es la única manera de seguir adelante con tu vida, porque quieras o no el aire te va a seguir entrando y saliendo de los pulmones, el corazón —aunque de una manera tal vez un poco menos rítmica— te va a seguir latiendo, tu sangre —que a veces

más que sangre parece mate cocido — va a seguir corriendo por tus venas y la vida va a seguir.

- Que ella esté con otro, puede ser. De hecho, en el corto, mediano o largo plazo va a estar con otro. Generalmente es en el corto o como mucho en el mediano. ¿O crees que te dejó para dedicarse al reposo y la meditación?
- Que nunca vas a encontrar otra como ella. Bueno, eso es cierto. La pregunta del millón es para qué querés encontrar otra como ella, que de un momento a otro se cagó en todo y te dejó por el primer

imbécil que se le cruzó. Para qué querés encontrar otra como ella que desperdició tanta saliva en miles de «te amo», «te quiero», «sin vos me muero» y frases más largas del estilo «¿otra vez vas a jugar al fútbol con tus amigos?, ¿no fuiste la semana pasada? Lo que pasa es que vos no querés estar conmigo, vos no me querés como yo te quiero a vos... no sé qué soy yo para vos al final... bla, bla, bla».

---

Como podemos ver,  
vamos a estar en el

camino correcto en la medida en que sintamos menos y pensemos más. Nuestro cerebro puede ser nuestro mejor aliado y nuestro corazón no es otra cosa que el enemigo interior. Enemigo que nos puede empujar a hacer mil macanas con tal de recuperarla.

---

Como ya dijimos en *Mi novia. Manual de instrucciones*, cuando estamos en esa situación lo fundamental

es «desaparecer».

No está de más refrescar algunos de esos conceptos: Cuando tu novia te deja sabe que quedas destrozado. Al insistirle, rogarle, perseguirla se lo estás reafirmando. Por lo tanto le estás haciendo sentir que todavía estás a su disposición a pesar de haberte dejado, y por ese motivo no se hace ningún problema por nada y el único destruido, dolido, lastimado, sos vos.

---

Mientras sepa que seguís  
estando a sus pies y  
llorando tirado en tu

cama, no va a sentir la  
necesidad de volver.

---

La única manera de que se deje de estupideces y que siga con vos como siempre es, por un lado, que de verdad te quiera como dice (o como decía) y, por otro lado, que tenga miedo de que te alejes de su radio de dominio, que tenga miedo de que te fijas en otra, que tenga miedo de que cuando quiera volver no pueda hacerlo, que tenga miedo de que aproveches en tu beneficio la posibilidad que ella misma te dio de estar solo.

Por lo tanto a partir de ese momento no la llames, no la busques, no le preguntes a nadie por ella, preocúpate de que nadie pueda llevarle información sobre vos.

No te muestres mal delante de amigos en común, no le mandes a decir nada, si te envía un e-mail con alguna pavada no se lo respondas, si te deja algún mensaje en el contestador tampoco.

Si te llama por teléfono, «atendela».

Esto quiero remarcarlo: si tu teléfono suena, atendolo. Como lo harías con cualquier otra persona. Si es ella tenes que transformarte en un actor.

Atendela tranquilo, frío, distante y desinteresado. Como si te hubiera tocado una varita mágica que hizo que ya no sientas nada por ella. Que crea que su llamado no es nada especial para vos. Si cuando estás hablando con ella empezás a manducarte un alfajor, una galletita o un sandwich de salame y queso, mejor. Le hablas con la boca llena como si para vos en ese momento fuera más importante comer que hablar con ella.

Claro, no lo hagas todas las veces que te llama porque vas a quedar más salame que el relleno del sandwich. Éste es un golpe de efecto para hacer una



sola vez.

Ejemplo de conversación:

Ella: Hola, soy María.

Vos: Sí, decime.

Ella: Nada, quería decirte que bla bla bla...

Vos: Mira, no puedo hablar ahora, justo estoy haciendo flexiones de brazos, te llamo mañana... o la semana que viene. Chau.

La conversación tiene que ser breve, jamás tiene que salir de tu boca la frase «¿cómo estás?», sólo tenes que atenderla, ver qué quiere y cortar vos primero el llamado diciendo que en ese momento no podes hablar y que en otro

momento la llamarás. Y por supuesto que en otro momento no la llamarás nada.

---

Punto básico:  
desaparecer es  
fundamental.

---

Muchos lectores me han consultado sobre este punto, ya que tenían la imposibilidad de «desaparecer» porque trabajaban en la misma empresa o concurrían a la misma escuela o a la misma universidad.

La respuesta es la siguiente: cuando

no se puede desaparecer «físicamente», hay que desaparecer «afectivamente».

El hecho de compartir un espacio físico con ella hasta puede ser una ventaja si sabemos manejarla con inteligencia.

Imaginemos que ella es compañera de curso. Obviamente no puedes desaparecer físicamente a menos que te tomes unas pastillas para hacerte invisible. Vendrían bárbaras para tantas cosas... pero bueno... no existen. ¿Qué hacer entonces? Trátala como si fuera la gordita fea y simpática del curso a la cual no le tenes bronca pero por la que tampoco tenes ni el más mínimo interés.

Esa que si faltó nadie se acuerda.

Mostrate de buen humor, nunca dolido ni enojado. Si la tratas mal le estarás demostrando que todavía te afecta. Y eso es lo que hay que evitar.

No le hables a menos que sea estrictamente necesario. Si te pregunta algo se lo contestas como se lo contestarías a la gordita. No te quedes hablando con un grupo sólo porque está ella. Nada de andar esperando a la salida para ver si «de casualidad» se pueden ir juntos. Vos te vas por tu lado, tranquilo.

---

Si las mujeres fueran  
mosquitos, la indiferencia  
sería el Raid.

---

Vas a ver que si ella realmente te quiere y vos desapareces física y afectivamente (al menos afectivamente si lo otro es imposible) va a hacer algo para acercarse.

Cometer errores en este punto siempre te aleja de tu objetivo.

Si ella te dejó es ella la que tiene que volver.

---

La que se va sin que la  
echen vuelve sin que la  
llamen. Y la que se va sin  
que la echen y no vuelve  
sin que la llamen, es  
mejor que se haya ido.

---

Tal vez ya te hayas mandado unas  
cuantas macanas en este aspecto.

OK, ahora borrón y cuenta nueva.  
No te tortures pensando en las cosas que  
hiciste mal hasta hoy. Empezá a hacerlas  
bien a partir de ahora. Hasta es probable  
que un cambio de actitud en este  
momento pueda crear un efecto de

«contraste» con respecto a tu actitud anterior que te favorezca.

Siempre tene en cuenta que si bien ésta es una técnica para recuperarla, es la misma técnica que se debe utilizar para «recuperarte». Para seguir adelante sin ella con el orgullo intacto.

Para con el tiempo olvidarla y volver a sentirte bien.

Una misma táctica para dos objetivos diferentes.

No puede fallar.

# Capítulo 11: Testeos

«Que te contacte después de un tiempo no significa que quiera volver.»

Federico había hecho todo bien. O casi bien, porque al principio de la ruptura había cometido algunos errores con su ex novia, como tratar de convencerla, ir a buscarla a la salida del laburo para «hablar», etc. Pero a partir de cierto punto se puso las pilas y «desapareció» como corresponde.



No había pasado un mes cuando un día suena el teléfono y es ella.

Que hola... que no volví a saber nada de vos... que cómo estás... que patatín que patatán.

Conclusión: Vanesa le tira onda para encontrarse, tomar un café y charlar.

Qué momento. ¡Había picado!

Seguramente lo había extrañado y se venía la tan esperada reconciliación.

El encuentro sería al otro día a las 19 en el café al que solían ir cuando estaban juntos.

Qué romántico.

El tipo se produjo a full. Se pegó un baño tipo los de club. Se lavó el pelo

utilizando más cantidad de shampoo de la habitual.

Nunca usaba crema de enjuague pero esta vez agarró el acondicionador desenredante que compra su madre y comenzó a leer el dorso.

El nuevo y revolucionario Amino pro V suaviza cada hebra de tu cabello ayudando a controlar el frizz para darte un liso sedoso.

Venía bien.

...desenreda tus cabellos

dándoles libertad y  
movimiento...

Mmm...

Advertencia: suspenda su  
uso si encuentra alguna reacción  
desfavorable.

No, no... no era momento de  
innovar.

Dejó el envase donde estaba y  
continuó con una buena jabonada de  
patas.

Esa remera nueva que compró  
pensando «qué lástima que ella no me la

ve puesta» ya estaba preparada sobre la cama al lado del único slip como la gente que le quedaba. Nunca se sabe...

Diez minutos antes de la hora fijada ya estaba haciéndose el boludo caminando por la esquina del punto de encuentro para poder hacer contacto visual antes que ella.

Y se encontraron nomás.

Ella lo saludó con cara de feliz cumpleaños y luego de los «¿cómo estás?» de rigor, empezó a contarle pelotudeces varias de su trabajo, de sus amigas, de su familia...

Pero Federico no era tonto. Sabía que si ella lo había llamado no era para

contarle lo bien que le iba en el trabajo, por lo que decidió dar el puntapié inicial.

Se inclinó hacia adelante y le corrió el cabello de la cara como solía hacerlo tiempo atrás.

Ella sonrió tímidamente y bajó la mirada.

—¿Me extrañas? —tiró con carita de ganador pensando que le estaba haciendo un favor al entrar en tema.

Silencio.

Federico agarró un sobrecito de azúcar como para romper la tensión, lo sacudió y lo abrió.

—Mira, Fede... yo no quiero que te

confundas —respondió por fin Vanesa.

—Yo no me confundo... la confundida eras vos...

—Sí... sí... ya sé. Y eso no cambió. Yo sólo quería saber cómo estabas... qué era de tu vida... me gustaría que podamos ser... amigos.

¡Ay, lo que puteó ese muchacho en el camino de vuelta a su casa!

No entendía nada. ¿Para qué lo había llamado? ¿Qué sentido tenía haberle propuesto encontrarse si nada había cambiado? ¿Estaba jugando con él? ¿Se había vuelto loca?

La cabeza de Federico era una especie de El libro de los porqué.

La respuesta es simple.

Vanesa quiso «testearlo».

Ella siempre supo que Federico estaba enamorado. Incluso luego de dejarlo tenía la tranquilidad de que él seguía enganchado.

Pero de repente dejó de tener noticias y entonces ya no estaba tan tranquila.

«¿Estará con otra? ¿Se estará olvidando de mí? ¿Ya no le importaré?» Esas y otras preguntas típicas en una conchuda de primer nivel la tenían inquieta.

Qué mejor solución que indagar por sus propios medios y de la manera más

directa.

Lo llamó y le propuso verse y charlar.

Él aceptó de una.

En el encuentro ella manejó la conversación, los gestos y las emociones hasta que él demostró algo.

Cuando él lo hizo se quedó nuevamente tranquila.

Lo ideal hubiera sido:

- que telefónicamente él la atendiera algo frío, distante y desinteresado como explicamos anteriormente.
- que ante la propuesta de encontrarse Federico respondiera:



«Mira... esta semana estoy medio complicado, te llamo la semana que viene... o la otra, y vemos». Y por supuesto ni la semana que viene ni la otra debía llamarla. Si ella realmente tenía interés lo volvería a llamar. Y a partir de ahí su posición estaría fortalecida.

Durante esa breve conversación telefónica ella confirmaría sus sospechas de que él está bien, que no está llorando tirado en la cama. Hasta es probable que esté con otra. ¡Dios! ¡Qué pensamiento tan insoportable para cualquier mina! Su ex la habría puesto

en la categoría de «reemplazable».

En el caso de que ella volviera a comunicarse con él insistiendo en encontrarse, podría arreglar una cita.

Pero en esa cita él debería mostrarse de buen humor, tranquilo, superado y bajo ningún, pero ningún punto de vista debería sacar el tema de una posible reconciliación.

La que saque ese tema debe ser ella.

Las mujeres suelen emplear varias técnicas para «testear» lo que está sucediendo con un ex novio. El e-mail en blanco es un clásico. Muchos caen en esa trampa: reciben un e-mail en blanco de su ex y se vuelven locos.

Inmediatamente se lo responden diciéndoles que recibieron su e-mail en blanco, que seguramente hubo un error, que se lo envíe de vuelta, etc. Ahí la mina se queda tranquila sabiendo que el tipo sigue muerto. La respuesta de ella suele ser: «Debe haber sido un error, yo no te envié nada».

También podemos caer en la equivocación de responderle uno de esos tontos e-mails en cadena que envía a toda su lista de amigos. No es casual que nos mande un e-mail de ese tipo. Si hace dos meses que no nos envía nada y de repente nos llega un correo de éstos desde su dirección, es porque lo hizo

intencionalmente para ver cuál es nuestra reacción. ¿O de verdad podemos pensar que lo hizo sin darse cuenta?

Otro «clásico» es la llamada perdida.

La pantalla de nuestro celular indica «1 llamada perdida» y al chequear el número vemos que es el de ella. ¿Cuál es la típica reacción? Llamarla o enviarle un mensaje de texto para saber qué nos quería decir. Otra vez el mismo error de los casos anteriores.

Sus e-mails en blanco o en cadena no se responden. Es como si nada hubiera llegado.

Sus llamadas perdidas se ignoran.

Vamos a ver si le gusta sentir que no estás pendiente de ella.

# Capítulo 12: Regreso sin gloria

«Jamás le hagas fácil el regreso.»

Luciana había decidido distanciarse de Lucas hacía una semana. ¿Los motivos? Los clásicos.

Lucas era el monumento a la depresión. Y supuestamente Luciana también.

Andrea, una amiga en común, iba y

venía con datos. Parecía un cd regrabable.

—Estuve con Luciana... está hecha mierda... dice que vos no la entendés —le decía a Lucas.

—Lucy... yo te digo que él te ama... que está remal —le decía a su amiga.

Luciana esperaba el llamado de Lucas. Él siempre había aflojado cuando tenían alguna discusión, pero esta vez la cosa se estaba pasando de castaño oscuro. Una semana era mucho tiempo.

Lucas tampoco aguantaba más, pero sabía que si ella había decidido terminar, tenía que ser ella la que marcara su número.

Viernes, 19 horas.

Casa de Lucas.

Ring... ring...

Y era Luciana nomás.

Por fin se terminaba la pesadilla.

Una Luciana mansita y llorosa del otro lado del auricular le decía que quería verlo, que quería hablar con él, que lo extrañaba, etc., etc.

Lucas no había terminado de cortar que ya estaba en la parada del 172.

—¡Qué le pasa a este bondi de mierda que no viene nunca! —se preguntaba Lucas desesperado a los treinta segundos de estar esperando.

Los catorce pisos en ascensor hasta



el departamento de su novia le parecieron los ciento y pico del Empire State.

Ella abrió la puerta. Se miraron, se abrazaron, se besaron y se dijeron un par de boludeces melosas que me da vergüenza reproducir en estas páginas.

Todo estaba arreglado. Todo había vuelto a la normalidad.

Al día siguiente la vida era sinónimo de felicidad para Lucas.

La pesadilla de siete días sin poder ver y sobre todo sin tocar a Luciana era historia antigua.

Ese sábado a la noche los padres de Lucas se habían ido al campo y todo

estaba preparado para una velada espectacular.

Pero aquél no era un sábado cualquiera. Había que celebrar el reencuentro y fue por eso que Lucas la llevó a cenar a un lindo restaurante antes de introducirse en una noche apasionante de amor y sexo.

—¿Tienen decidido el menú? — preguntó el mozo.

Lucas miraba la carta con una sonrisa que combinaba su placer por la comida y su alegría por la reconciliación.

—Sí —dijo Luciana—, lomo al champignon con papas a la crema.

La sonrisa de Lucas desapareció.

«¿Esta hija de puta miró la lista del lado derecho y eligió el número más alto?», habría pensado alguien un tanto menos cegado por el amor que Lucas.

«Y bueno... es una noche especial y hay que celebrar», pensó él.

Claro... en cenas anteriores ella no había pasado como mucho de alguna suprema Maryland. En fin...

Luego de abonar la abultada cuenta con tarjeta de crédito se dirigieron a la casa de Lucas. El cd de música romántica ya estaba preparado en el equipo.

Hicieron el amor como nunca.

Bah... en realidad lo hicieron como siempre.

Luego de un primer round Luciana se levantó de la cama y se sentó en un sillón que estaba a unos metros.

Lucas la miraba como si fuera el cofre de la felicidad.

—Viene bien esto de separarse y reconciliarse —dijo Lucas intentando poner carita de ganador.

Lucas esperaba un «sí, mi amor» que nunca llegó, con lo cual decidió volver al ataque con un chiste como para romper el hielo.

—¿Qué te parece si nos volvemos a separar y...? —empezaba a decir en

tono de chiste cuando Luciana lo interrumpió.

—¿Sabes que sí, Lucas? —respondió con tono serio.

—¿Que sí qué? —preguntó Lucas aún sonriendo.

—Que sí, que tenes razón... que creo que estábamos mejor separados.

—Pero... —alcanzó a balbucear Lucas mientras Luciana comenzaba a decir una sarta de incoherencias que pretendían ser profundas.

Al principio Lucas creyó que se trataba de una broma, pero con el correr de las idioteces que ella decía con tanta seriedad se dio cuenta de que la mano

venía en serio.

Cuando regresaba a su casa, solo y confundido después de despedir a Luciana con un choto beso en la mejilla, una frase retumbó en su mente: «Lomo al champignon con papas a la crema». ¡Qué hija de una gran puta!

Desde que se encontraron aquella noche ella sabía que lo iba a cortar de nuevo.

Se hizo de una cena que ningún otro boludo le iba a pagar por un buen tiempo, garchó un rato como para despuntar el vicio y le volvió a pegar a Lucas una patada, en el orto.

Pero... ¿ella no moría por volver

con él? ¿No lo extrañaba acaso? ¿No estaba sufriendo también por estar separados? ¿Cuál fue el error de Lucas?

El error de Lucas fue volver tan rápidamente.

Sí, ella se moría por volver con él, lo extrañaba y estaba sufriendo. Pero al comprobar que al primer intento de reconciliación de su parte él agarró viaje, ya no se murió más, no lo extrañó más y no sufrió más. Por lo tanto empezó a replantearse nuevamente todas las pavadas que la llevaron a cortarlo antes, con el agravante de que ahora sabía que con un simple llamado lo tenía muerto a sus pies.

---

Cuando nos dejan, el  
regreso les tiene que  
costar. Ésa es la única  
manera de que nos  
valoren.

---

Todo habría sido muy distinto si la  
respuesta de Lucas hubiera sido:  
«Mira... ahora soy yo el que no tiene  
claras las cosas... a mí en este tiempo  
también me pasaron cosas y no estoy  
seguro de volver a lo de antes... estoy  
confundido... necesito un tiempo».

Pero no.

Lucas salió corriendo a la parada



del 172 y a los veinte minutos la estaba abrazando.

Lucas fue la figurita fácil.

Lucas fue el novio que se puede dejar y recuperar al toque.

Lucas fue.

# Capítulo 13: Luchar por ella

«Mostrarse débil, entregado, suplicante y dependiente es la forma más errada de luchar por ella.»

«Si tu novia te dejó y vos la amas, tenes que luchar por ella».

En la prehistoria esta frase sería muy válida. Si tu mina se va con otro cavernícola buscas un palo, se lo partís

al otro en la cabeza, cazas a tu hembra de los pelos, te la llevas de vuelta para tu cueva y asunto terminado.

Hoy por hoy las cosas no funcionan de esa manera.

Hoy no nos interesa simplemente tenerla. Hoy nos interesa que ella «nos quiera».

Hace tiempo se contactó conmigo un psicólogo español. El hombre estaba bastante enojado por los consejos que doy en mi primer libro y también por algunas cosas que había leído en la página web. Él consideraba que bajo ningún punto de vista uno debía dejar de dar muestras de amor a una mujer que

nos abandonó si queremos recuperarla. Que no era correcto dejar de insistir, que uno no debe abandonar «la lucha».

Para demostrarme que su forma de pensar era la correcta me relató la experiencia vivida por su paciente «Manuel».

Manuel había estado de novio durante cinco años con Carla.

La vida le sonreía hasta que un día Carla lo dejó aduciendo, como en la mayoría de los casos, cosas incomprensibles.

Manuel intentó por todos los medios convencerla de que regresara. Cansado de llorar y atormentado por una

depresión fulminante, acudió a pedir ayuda al mencionado psicólogo, quien le aconsejó «retroceder nunca, rendirse jamás».

Juntos elaboraron varias estrategias para hacerla reaccionar.

Estas estrategias iban desde cartas hasta costosos regalos.

Desde flores hasta canciones compuestas y cantadas por él.

Los resultados al menos eran siempre parejos: nada.

Había transcurrido más de un año de su separación y Manuel seguía tan desesperado como el primer día. Mientras tanto Carla tomaba los embates

de Manuel como un ingrediente más de su vida cotidiana.

Era parte de su rutina diaria borrar sin leer el e-mail de Manuel, poner en agua las flores que enviaba Manuel (si tenía ganas; si no, las arrojaba directamente a la basura), tirar sin abrir las cartas que Manuel le mandaba, borrar de su celular los mensajes de texto de Manuel, etc.

Después de unos meses de no obtener resultados, su psicólogo —luego de hacer una interconsulta sobre el caso con otro colega—, le aconsejó a Manuel suspender las flores, las cartas y los regalos (lo cual además era un

presupuesto insostenible) y centrarse en una estrategia mecánica que consistía en llamarla todas las noches a las diez para que ella le enviara «el beso de las buenas noches».

Carla accedía sin problemas a este ritual porque para ella era más cómodo dedicarle esos quince segundos diarios antes que soportar todos los intentos anteriores.

Habían transcurrido como cuatro meses de «besos de las buenas noches» sin que se produjera ningún resultado favorable.

Fue entonces cuando el psicólogo decidió decirle que como evidentemente

no era posible «recuperarla» la única manera de poder «recuperarse» era intentar olvidarla. Por supuesto que sería una tarea difícil pero había que empezar de inmediato.

Entonces Manuel dejó de hacer el llamado de las diez en punto y se resignó como quien pierde la última ficha en el casino.

Pasaron dos meses desde que Manuel «abandonara la lucha» y comenzara a tratar de ocuparse de sí mismo cuando una noche a las diez sonó su teléfono.

—¿No querés un beso de las buenas noches? —dijo Carla del otro lado.



Hoy están casados, tienen dos hijos y son muy felices.

Cada año para las Fiestas el psicólogo recibe una tarjeta de felicidades en agradecimiento por haberlo ayudado a recuperar a su amada Carla.

—¿Te das cuenta de cómo hay que luchar por lo que uno quiere sin bajar los brazos? —me dijo un día el psicólogo de Manuel en una conversación por MSN.

—¿Te das cuenta de que ella recién reaccionó cuando él dejó de insistirle y entonces por primera vez sintió que de verdad podía perderlo, y no cuando él

«luchaba» por su amor? —le respondí.

Silencio.

Quedé mirando el monitor esperando una respuesta que no llegaba. El estado de mi interlocutor seguía siendo online.

—¿Estás ahí? —pregunté.

—Sí... aquí estoy... es que no lo puedo creer... cómo no lo vi antes —escribió.

Sin duda hay que luchar por lo que uno quiere, pero hay varias maneras de luchar.

La manera que Manuel eligió al comienzo es la más burda, la más inútil. Es la forma de lucha en la que nuestros sentimientos nos dominan y nuestro

cerebro se bloquea.

La verdadera lucha comenzó cuando decidió ocuparse de sí mismo y dejar de tener contacto con quien aparentemente no quería saber nada de él. Eso sí que era difícil. Eso sí que era luchar.

---

Quien piense que dejar  
de dar señales de vida,  
dejar de perseguirla, de  
insistirle, de llamarla, de  
preguntar por ella a sus  
amigas, de enviarle  
mensajes es dejar de  
luchar, está en un error.

---

Quien piense que desaparecer no es luchar está equivocado.

Luchar no es mostrarse débil y entregado.

Para ganar la lucha hay que estar fuerte y recuperado.

O al menos eso es lo que debe creer el adversario.

Muchos se preguntan: «Pero si yo no insisto... ¿no va a pensar que ya no me importa y la voy a perder para siempre?». «¿Y si se olvida de mí?»

Si el hecho de demostrarle a una mujer que ella nos importa solucionara el problema haciendo que regrese, ningún hombre sufriría un abandono.

Es básico entender que el origen del conflicto no está en que «ella no te importa». Ella ya sabe que te importa.

---

Si te dejó no es porque «ella no te importa», sino porque «vos no le importabas a ella». O al menos no le importabas lo suficiente en comparación con esa otra cosa nueva que apareció en su vida.

---

¿Y si se olvida de vos? Mira... a

vos en realidad no te interesa que ella te recuerde. Lo que te interesa es que ella te quiera, te necesite. Y eso, con una mujer que te dejó, no se logra por medio de la insistencia. Si lo que querés es que «no se olvide» de vos, enviale una vez por año una postal y listo.

Otra pregunta recurrente: «Pero si yo desaparezco ¿no le estoy dejando el camino libre para que se enamore de otro?».

Si ella fue la que te dejó no le estás dejando el camino libre a nadie. Fue ella la que te corrió del medio para tener vía libre. Por otro lado, al demostrarle que a pesar de que te dejó

seguís estando disponible, le estás facilitando todo para que comience tranquila esa nueva relación sabiendo que te tiene en el banco de suplentes. Y de esa manera estarás haciendo lo que tanto temes: «Ayudar a que se enamore de otro». ¿Existen los casos en los que insistiendo, rogando y rebajándose algunos hombres recuperaron a sus ex novias?

Sí, claro que existen.

Para explicar este caso viene bien el siguiente relato.

Un tipo va un día al médico con su flamante mujer porque tiene problemas de erección. Dicho de una manera más

vulgar, al tipo no se le paraba ni a ganchos a pesar de que la mujer era una diosa infernal que calentaba hasta a las propias minas cuando caminaba por la calle.

—No sé qué me pasa, doctor. Ella no quería tener sexo hasta que nos casáramos y yo estaba desesperado, pero ahora que nos casamos no se me para. Por favor, ayúdeme —dice el pobre hombre.

—Yo le voy a dar la solución —responde el médico—, lo que usted tiene que hacer es ir con su mujer a una solitaria isla caribeña, tender una lona en la arena y conseguir un negro en



taparrabos que los apantalle con una hoja de palmera. Va a ver cómo de esa forma recupera la erección y tiene el mejor sexo de su vida.

—¿Le parece, doctor?

—No tenga dudas, mi amigo.

Al otro día parten en un avión hacia el Caribe.

Al llegar contratan a un negro que además de tener un lomo infernal usa un taparrabos que le llega hasta la rodilla para que los apantalle mientras tienen sexo como dijo el médico.

Llegan los tres a una playa desierta, tiran la lona en la arena, el negro comienza a apantallar... pero nada.

Prueban en diversas posiciones y nada. Al tipo seguía sin parársele igual que en la casa.

Cansado de intentar infructuosamente durante un par de horas, el marido lo mira al negro y le dice:

—A ver, dame a mí la hoja de palmera y proba vos.

El negro se sube arriba de la mina, saca de abajo del taparrabo algo así como la octava maravilla del mundo y le entra a dar de manera impresionante. La mina empieza a los gritos:

«¡Sí... así... así!».

El marido lo mira sobrador y con

una sonrisita de costado le dice: «¿Viste, negro boludo, que no sabes apantallar?».

Algunas cosas no suceden por lo que nosotros creemos que suceden. Suceden simplemente por otros motivos.

Así como a ningún tipo se le para porque lo apantallen, ninguna novia regresa porque le insistas. Tal vez se le frustró el plan «A» y no se quiso quedar sola... vaya uno a saber. Lo que te aseguro es que si hubieras tenido una actitud más digna habría regresado igual o más rápido. Y como si esto fuera poco, ella no tendría la seguridad que tiene ahora de que te puede dejar de nuevo, total sabe que vas a ser vos quien

haga el trabajo para regresar.

Los indios creían que la danza de la lluvia funcionaba porque no dejaban de bailar hasta que llovía. Por ahí se pasaban ocho meses bailando y cuando finalmente llovía estaban convencidos de que lo habían logrado con la danza.

---

Si tu ex novia va a  
regresar, jamás será por  
tu demostración de  
interés, tu presencia o tu  
insistencia. Si regresa  
será por otra cosa.

---

# Capítulo 14: Terceras personas

«Ninguna mujer deja a su novio para quedarse sola. En el 99,9 por ciento de los casos es por otro hombre.»

«Sé que no hay terceras personas.»

Esa frase es prácticamente una constante en los e-mails que recibo de lectores o visitantes de la página web. La novia los dejó por motivos tales como «necesito encontrar mi propia imagen en el espejo de la vida», y lo

primero que me dicen es «sé que no hay otro».

«¿Y cómo sabes que en realidad no te está dejando por otro hombre?», suele ser mi pregunta obvia.

«Porque se lo pregunté y me dijo que no», suele ser la respuesta.

En la mayoría de esos casos, quince días más tarde resulta que el tan confiado muchacho se entera de que la ex novia está empezando un romance con un compañero de la facultad o del trabajo.

Claro... seguramente le empezó a gustar después de cortar con su novio. ¡Qué casualidad!

Siempre hay otro.

Detrás de una novia que te deja siempre hay un tipo que te está soplando la dama.

En algunos casos ya están con otro antes de terminar la relación anterior. En otros todavía no, pero sin duda lo que la mujer está haciendo al cortar con su novio, al menos, es dar paso a la posibilidad de empezar una nueva relación. Y al nuevo candidato ya lo tiene bien asegurado.

---

Las mujeres son como  
Tarzán: no se sueltan de

una liana hasta que no  
están bien agarradas de  
otra.

---

Como ya dijimos, por más que la mujer la vaya de moderna, su objetivo principal en la vida es casarse y tener hijos. Y estar de novia es el paso previo necesario. Tal vez a ese novio que tiene no lo ve como su futuro marido, pero a los ojos de la gente al menos esa mujer estará en el camino correcto. Está de novia.

Está en el paso previo.

«¿Y Julietita? ¿Está de novia?», le



pregunta una prima lejana a Marta, la mamá de Julieta, en el velatorio de un tío abuelo.

No le pregunta cómo anda Julietita de salud, si está trabajando, si se recibió. Le pregunta si está de novia.

«Sí... sí... Juli está de novia», responde Marta sonriendo estúpidamente a metros del finado.

Sería un garrón para Marta decir que no. Que su hija de veintitrés años no tiene novio.

Tampoco le pregunta quién es el novio, qué edad tiene, a qué se dedica, si es bueno o malo. Lo importante es que tiene novio.

Lo importante es que está en el camino hacia el objetivo de todas ellas.

Por eso es que toda mujer «necesita» tener un novio.

---

Ninguna mujer deja a un novio para quedarse sola.

Eso sería como retroceder en la vida.

Para que una novia te deje y se quede sola tenes que ser como mínimo un asesino serial.

---

Las frases «más vale pájaro en mano

que cien volando» o «más vale malo conocido que bueno por conocer» fueron sin duda creadas por mujeres.

Eso hasta que aparezca un pájaro con mejor plumaje y se les pose en la otra mano. O hasta que tengan a disposición uno más bueno para reemplazar al malo.

Y cuando te esté dejando, pidiendo un tiempo o lo que sea, y vos le preguntes si hay otro te lo va a negar siempre.

Admitirlo sería lo mismo que decir: «¿Viste todo lo que te prometí, todas las cosas que te dije, todos los planes que hicimos juntos, todos los sueños que

compartimos? Bueno... me cagué en todo».

---

Para ellas es mucho más sencillo sacarnos de encima con cualquier excusa estúpida o frase incomprensible que las exima de ser acusadas de falsas, mentirosas, infieles y malas personas.

---

Y lo que sucede en esos casos es que preferimos creer lo que esgrime como argumento antes que pensar que hay otro.

Pensar que hay otra persona duele mucho.

Para qué tener que soportar ese dolor si podemos pensar que ella, como bien dice, «está pasando por un momento difícil de su vida donde al no estar bien con ella misma no puede estar bien con nosotros, entonces por el bien de la relación y dado que nos quiere tanto es mejor que bla, bla, bla, bla...».

El problema viene cuando tratamos de buscar soluciones a esos falsos argumentos para destrabar el conflicto y seguir adelante con la relación.

Supongamos que aduce que se siente «agobiada» por la relación (típico).

Antes le encantaba verte todos los días y llamarte por teléfono veinte veces. Le gustaba que almorzaran juntos y que la fueras a buscar a la salida del trabajo.

Ahora de repente se siente «agobiada».

La solución es sencilla: pueden verse día por medio, hablar menos por teléfono y no tener la rutina del almuerzo y la pasada a buscar a la salida, y asunto solucionado.

Pero no.

Con eso no solucionamos nada. ¿Y por qué no?

Porque ése no es el verdadero motivo que está generando su

alejamiento.

El verdadero motivo es esa tercera persona que vos preferís pensar que no existe. ¿Duele?

Sí, duele. Pero si elegimos ver una situación irreal no vamos a poder tomar las decisiones acertadas para intentar recuperarla.

# Capítulo 15: Yo le di todo

«Amar es dar con el corazón», decía en el dorso de un sobre de azúcar.

Mira vos... qué loco. ¿Será un mensaje que me llega del más allá a través de este dulce medio?

Las boludeces que uno piensa cuando está al pedo son notables.

Tomé otro sobrecito y lo di vuelta.

«La amistad es como un barco que navega en el océano de la vida.»

Y luego otro: «Una palabra amorosa vale más que mil perdones».



Sí, evidentemente hay gente que tiene la habilidad de escribir estupideces incoherentes y lograr que algunos gansos digan «qué profundo».

Pero tanta pavada hay dando vueltas que a veces nos terminamos confundiendo y creemos en dichos populares tales como «al que madruga Dios lo ayuda» sin tener en cuenta que hay otro que dice «no por mucho madrugar amanece más temprano».

De la misma manera estamos convencidos de que «todo vuelve».

Marcelo vivía por y para su novia. Hoy ex novia.

Manejaba su agenda en función de

ella.

—¿Vamos a jugar al paddle mañana?

—le preguntaba un amigo.

—A la tarde te contesto —respondía

Marcelo.

Claro... tenía que hablar con Silvia, su novia, y consultarle. Si ella tenía otro plan para la pareja, ningún paddle.

Marcelo la llenaba de regalos, de promesas y de planes. Él ponía su vida a disposición de ella. Él daba todo.

Un día Silvia dijo hasta acá llegamos, suerte en la próxima, seguí participando y se tomó el olivo.

Pero no podía ser. Ella no podía dejarlo así después de todo lo que él le

había dado. Al menos ése era el pensamiento de Marcelo. Pensamiento directamente opuesto a la realidad dado que Silvia se había tomado el piojo y no había vuelta que darle.

«Ella no me puede hacer esto después de todo lo que yo le di, ella está en deuda conmigo», repetía Marcelo como un loro.

Obviamente la deuda se la iba a pagar Magoya.

Viendo las cosas objetivamente, ¿ella realmente le debía algo?

La respuesta es no. Ella no le debía nada.

Sin duda cuando amamos, damos.

Decimos cosas lindas, nos preocupamos por dar sorpresas, gastamos plata en cenas, regalos, cines y boludeces varias, resignamos salidas con amigos, hasta podemos cambiar nuestro corte de pelo y nuestra vestimenta habitual, podemos subir o bajar de peso según prefiera ella, podemos modificar nuestros horarios y costumbres para adaptarnos a su comodidad, entre otros miles de cosas.

Todas en pos de mejorar la relación, de hacerla feliz, de lograr que se sienta a gusto con nosotros y, por qué no, con la vida.

Pero en realidad todo lo que damos

no lo estamos dando por ella. Lo que buscamos al «dar» es que ella se sienta bien «con nosotros». Lo único que queremos es que ella se sienta atornillada a nuestro lado. Que piense que no podrá encontrar otro mejor.

Todo lo que hacemos no lo hacemos por su bien. Lo hacemos por el bien nuestro. Para no perderla.

Y nos sentimos bien haciéndolo. Nos gusta que nos agradezca, que nos quiera más por ser buenos con ella. Nos da placer darle todo eso.. ¿Qué nos debe entonces?

Nada.

Si tanto la queremos y tan

desinteresados fuéramos al dar, posiblemente un día podríamos haberle presentado otro hombre, muy bueno y lleno de plata, que la hiciera más feliz que nosotros. ¿Lo habiéramos hecho?

Ni mamados.

Olvídense de que ninguna mujer les retribuya nada.

Vos dabas para que ella estuviera a tu lado. Y lo lograbas.

Ahora que ella ya no está a tu lado lo único que corresponde es que dejes de dar.

Muchos dicen «yo daba todo y ella no daba nada».

Sí daba: se quedaba al lado tuyo

como vos querías.

Durante el tiempo que duró esa especie de contrato tácito que decía «yo doy, vos te quedas conmigo», ella lo respetó.

Claro que ese contrato no tenía fecha de duración específica.

Cuando ella decide terminarlo, lo termina y punto. Y nadie le debe nada a nadie.

Quedarse lamentando lo dado, o peor aún, quedarse reclamando lo que supuestamente «nos deben» sólo nos aleja de nuestros dos posibles objetivos: recuperarla o recuperarnos.

Nadie nos va a pagar lo que no nos

debe.

Nadie nos va a devolver un amor que no siente.

Nadie va a hacer por nosotros cosas para retenernos a su lado, como hacíamos nosotros, si ése no es su objetivo.

---

No pretendamos que nos  
quieran por lo que dimos.

Sólo pueden querernos  
por lo que somos.

---

Y ni hablar de «devolución». ¿Qué van a devolvernos? ¿Regalos? ¿Salidas



canceladas con amigos? ¿El hobby que dejamos? ¿El partido de fútbol que no vimos? ¿Aquella minita que estaba regalada y dejamos pasar? Claro que ella nos dejó algo a cambio. Nos dejó experiencia.

Está en nosotros saber capitalizarla.

—¿Vamos a jugar al paddle mañana?

—Dale, vamos.

# **Capítulo 16:**

## **¿Recuerdos maravillosos?**

Pancho escribía desde México.

Su estado anímico era calamitoso. Había llegado a un punto de humillación extremo por no poder asumir el final de su relación.

Era de esos que después de tanto intentar ayudarlos vía email, charlas en MSN y hasta llamados telefónicos en los que se gastan una fortuna, termino poniendo en la categoría de

«inayudables».

No son muchos casos, pero los hay.

---

Las cosas que puede  
llegar a hacer un hombre  
enamorado que además  
no tiene ni un gramo de  
orgullo son  
inimaginables.

---

Lucía lo había dejado. Para convencerla de volver Pancho fue desde la serenata hasta el simulacro de suicidio, pasando por las súplicas, las lágrimas y la más decadente falta de

respeto por él mismo.

Pancho dice:

Estoy destrozado... hoy Lucía cumple tres meses con su nuevo novio y van a ir a celebrar a un restaurante muy bonito... y ni quiero pensar en lo que van a hacer después.

Fabio dice:

Pero... ¿y vos cómo sabes eso?

Pancho dice:

Es que ella me lo contó.

Fabio dice:

No entiendo.

Pancho dice:

Bueno... la llamé como todos los días para ver cómo estaba, para ver si

recapacitaba, para tratar de convencerla, y me dijo eso.

Fabio dice:

Pancho, ¿cómo puedo hacer para que entiendas que estás equivocando el camino? Estás haciendo todo al revés y así no vas a recuperarla ni a recuperarte nunca.

Pancho dice:

Es que no puedo entender cómo, si hace dos meses éramos la pareja más feliz del mundo, hoy me hace esto.

Fabio dice:

¿Pero no me decís que con el nuevo novio está desde hace tres meses?

Pancho dice:

Tal vez mi niña se confundió. Nunca fue memoriosa para las fechas...

Fabio dice:

¡Pancho! ¿Podes dejar al menos de llamarla «mi niña»?

Pancho dice:

Además, ese hombre no es bueno para ella. Y he hablado con él y me ha dado mala impresión.

Fabio dice:

¿Cómo que hablaste con él?

Pancho dice:

La llamé la semana pasada como a las tres de la mañana. No podía dormir. Necesitaba escuchar su voz. Ella me atendió molesta y me dijo que no podía

hablar en ese momento. Yo le insistí diciéndole lo mal que estaba, y me ha pasado con él.

Fabio dice:

¿Te pasó con el otro tipo? ¿¿Estaba con el otro y te pasó con él??

Pancho dice:

Sí... y él me ha dicho que no los moleste más, que yo ya no era nadie para ella y que estaban pasándosela muy bien juntos. Y que si quería ir sólo a mirar me lo permitiría.

Fabio dice:

¿Te das cuenta de hasta qué punto te estás humillando?

Pancho dice:

De lo que me doy cuenta es de que ese hombre no la respeta. ¿Cómo me va a decir delante de ella si quiero ir a mirar?

Fabio dice:

Pancho... si no te ayudas vos mismo a salir de esta situación, nadie va a poder hacerlo.

Pancho dice:

Es que no puedo evitar los recuerdos maravillosos que vienen a mi mente. No puedo olvidar su carita angelical ni su dulce voz.

Ustedes pensarán que esto es ciencia ficción. Pero no.

Esta charla existió verdaderamente.



Y tal vez en menor grado (o tal vez no) a ustedes les pase algo similar.

Los recuerdos de los lindos momentos suelen ser los que vienen a la mente más frecuentemente y nos hacen más difícil asumir que ella ya no está con nosotros.

Para este caso voy a darte otro ejemplo que te va a ayudar a ver las cosas de manera más clara.

Imaginemos que vas a la cancha a ver a tu equipo favorito.

Juega una final de campeonato contra su eterno y más odiado rival.

Tu equipo jugó maravillosamente todo el partido. Puso garra, corazón y

buena técnica.

A los treinta y nueve minutos del segundo tiempo tu equipo gana tres tantos contra cero y las tribunas son una fiesta. La hinchada del equipo contrario parece una postal. ¡Qué placer!

Faltando cinco minutos se ponen tres a uno.

A los cuarenta y tres minutos tres a dos, y a los cuarenta y cinco, tres a tres.

Te querés matar y el contrario festeja de manera enloquecida.

Minuto cuarenta y ocho. Último del descuento. Penal para el contrario.

El arbitro indica que no habrá rebote.

La estrella del otro equipo está frente al balón en el punto del penal.

Tu arquero extiende los brazos.

Corta carrera.

El referí da la orden y el jugador avanza hacia la pelota casi caminando y la pica lentamente por sobre el cuerpo del arquero, quien arrojado hacia un costado alcanza a tocar el balón que se mete lentamente en el arco de manera casi burlona.

Las tribunas deliran. Las banderas rivales se agitan y los jugadores del otro equipo se abrazan preparándose para dar una vuelta olímpica en tu propio estadio. ¿Qué recuerdo vas a tener de

ese partido? ¿Te vas a acordar del hermoso gol de tu equipo en el primer tiempo en aquella impecable jugada colectiva? ¿Vas a recordar el otro gol de tu equipo en un tiro libre fantástico de treinta metros? ¿Vas a tener en tu mente lo bien que la pasaste hasta los treinta y nueve minutos del segundo tiempo?

Seguramente no.

# Capítulo 17: Memoria siempre encendida

«La belleza, el buen sexo y el amor suelen hacernos perder la memoria y la cabeza.»

—Pero es tan buena... —me dijo un día mi abuela, que trataba de engancharme con la vecina.

La vecina era una mezcla de orangután y araña pollito. Más fea que torturar a la madre. Además tenía aliento

a morgue calefaccionada.

—Abuela... si encima fuera mala habría que sacrificarla —le respondí.

Sucede que los hombres somos muy básicos a la hora de elegir una mujer. A nosotros nos tiene que gustar y punto. Si es buena, inteligente, etc., no importa.

Si un amigo te dice «tengo una minita para presentarte», la pregunta obvia es «¿está buena?». Y digo la pregunta obvia porque un verdadero amigo jamás te diría que tiene una mina para presentarte si es un bagarto.

El problema viene cuando la belleza exterior nos impide ver la fealdad interior.

Si la mina es linda, nos metemos de cabeza obviando algunos puntos importantes a tener en cuenta para que nos vaya bien en una relación que pretende ser duradera, como por ejemplo el prontuario sexual de la chica en cuestión o los antecedentes de infidelidad.

—Che, mira que yo la conozco a esa mina y al novio anterior una vez lo cagó.

—Bueno... que en tres años que estuvo con el tipo lo haya cagado una sola vez no quiere decir que sea una atorranta.

—Sí, pero lo cagó con la hinchada de Chacarita...

«No importa, seguramente son mentiras, ella no haría una cosa así. Y si la hizo quedó en el pasado y ahora que está conmigo todo va a ser diferente porque a mí me quiere», pensamos con rapidez en un clarísimo acto de defensa.

Pareciera que si una mina es linda se transforma en irreemplazable y cualquier cosa que haga es perdonable o, peor aún, «olvidable», con tal de salvar la relación.

Durante todos los miles de años que duró la prehistoria los hombres eligieron mujeres por su juventud, porque las jóvenes eran las más fértiles para tener descendencia. Y la juventud



en la prehistoria iba de la mano de la belleza. No es como ahora, que cualquier vieja de mierda va al gimnasio, se opera las tetas y le das. Antes las veteranas eran inclavables. El cerebro del hombre no ha cambiado y seguimos eligiendo a las mujeres por su aspecto exterior.

No importa si en la práctica la vida nos lleva por caminos inesperados en los que tenemos la experiencia de clavarnos un bagre de aquéllos y resulta que tuvimos mejor sexo que Calígula.

Siempre, vaya a saber por qué, vamos a preferir una diosa frígida que una fulera sexopata.

Mi amigo Gustavo estaba desesperado. Hacía dos años que estaba de novio con Lourdes y había comenzado una historieta con Mercedes, una compañera del laburo. La mina estaba divina.

Pero divina en serio por donde la miraras.

Una cara... unos ojos... un culo... unas tetas recién hechas que le habían quedado fenómeno. En fin, sin palabras.

El problema fue que Mercedes empezó a presionarlo para que dejara a su novia, y él no tenía intenciones de hacerlo, al menos en el corto plazo. La mina se puso algo pesada con el tema y

Gustavo entonces prefirió cortar la relación.

La yegua empezó a volverlo loco. Lo denunció por acoso sexual en la oficina de Recursos Humanos, comenzó a llamarlo y a enviarle mensajes al celular a toda hora para intentar traerle problemas con la novia, llamaba a su casa a las cuatro de la mañana (él vivía con sus padres) simplemente para joder, hablaba con la madre y le decía: «Señora... su hijo se droga». En resumen: una loca peligrosa.

Al tiempo milagrosamente dejó de molestarlo. Se habría cansado o estaría ocupada con otro, quién sabe.

El caso es que Gustavo a los seis meses cortó con Lourdes y andaba bastante bajoneado.

Un día lo llamé y era una castañuela.

—¿Qué pasó, boludo? Yo creía que estabas hecho mierda...

—Sí... estaba, pero vos sabes cómo son estas cosas... un clavo saca otro clavo...

—¡¡Vamooo, neneeeeeee ¿Te enganchaste otra minita?

—Sí, bolooo... estoy recontento, estamos rebien...

—Che... ¿y de dónde es la mina? ¿Ta linda? ¿Qué edad tiene?

—Esteee... ¿te acordás de

Mercedes, la mina de mi laburo?

—Sí, nabo... cómo no me voy a acordar... pero... ¿no era una loca de mierda que...?

—Nooo... nada que ver... estamos rebien... está redulce conmigo...

---

Una mina que está  
realmente buena, que de  
verdad nos gusta y  
mucho, puede llegar a  
convencernos de  
cualquier cosa. Las  
lindas tienen la facultad  
de hacernos perder la

## memoria.

---

Pobre Gustavo, los quilombos que va a tener con esa loca de mierda que hace un tiempo ya mostró la hilacha aunque él no quiera o no le convenga acordarse.

Estimado lector, no pierdas la memoria. No quieras autoconvencerte de que la mina que tenes al lado es como vos querés que sea y no como los que la conocen bien te contaron que es, o como vos con tus propios ojos viste que era. Porque si haces eso vas a tener problemas seguro.

---

Si te pones de novio con  
una avispa, tarde o  
temprano te va a picar.

---

—Hay que salir con minas feas —  
decía mi amigo el gordo.

—¿Porque no te cagan? —  
preguntaba otro.

—No, cagarte te cagan igual, pero  
qué te importa... si son feas.

Es obvio que el gordo lo decía en  
joda, ya sabemos que no vamos a dejar  
de lado la belleza a la hora de elegir,  
pero lo importante es que esta belleza  
que nos llena los ojos no nos bloquee el

cerebro.

Tene en cuenta que vos podes tener muchas novias a lo largo de tu vida, pero que de todas ellas la mina con la que vas a terminar casándote puede que no sea ni la más linda, ni la más inteligente, ni con la que tuviste mejor sexo.

Lo más probable es que sea un buen promedio de todas esas cualidades. ¿Por qué?

Porque la belleza en una mujer es inversamente proporcional a su inteligencia, dado que los órganos que no se usan se atrofian y el cerebro es un órgano que las muy lindas no necesitan



usar demasiado.

Por lo tanto, la mujer a la que vas a terminar eligiendo para compartir tu vida no debería ser ni una estúpida ni un bagarto.

Tampoco es bueno que sea la misma que te decía asquerosidades en la cama y le gustaba que le pegaras y la putearas mientras le dabas por atrás con una calabaza y a la que si le metías un paraguas te gritaba «¡abrilo!, ¡abrilo!», porque si bien la pasabas bomba, tener algo serio y duradero con ella sería como participar de la rifa de unos cuernos gigantes habiendo comprado todo el talonario.

Conclusión: si te enganchas una mina que está recontrabuena pero sabes bien que es una yegua, disfrútala hasta donde se pueda, pero con los ojos bien abiertos, la memoria encendida y sabiendo que es pan para hoy, hambre para mañana.

# Capítulo 18:

## Preparados para todo

Las catástrofes suceden. Hay terremotos, maremotos, tsunamis, tifones, huracanes y erupciones volcánicas.

Hay zonas del planeta que son más propensas a determinadas catástrofes. En la República Argentina los terremotos no son habituales y por lo tanto, a diferencia de otras regiones de la Tierra, las construcciones no disponen de los recaudos necesarios para resistir un sismo.

En Miami, por ejemplo, tienen

planes de evacuación muy bien desarrollados para evitar que los desastres provocados por los huracanes sean mayores.

Todos los edificios cuentan con extinguidores para combatir un eventual incendio.

Es raro que un edificio se incendie, pero puede pasar. Y hay que estar preparado.

Esto no significa que haya que volverse paranoico con la idea, pero sí saber que la posibilidad existe, y tener un extinguidor por piso nunca está de más.

Franco había regresado hacía una

semana de su luna de miel.

Tras varios años de noviazgo por fin era «su marido».

Seis meses atrás, Marcela había comenzado a trabajar en la empresa de Carlos, el mejor amigo de Franco. Más que su mejor amigo podríamos decir que era como su hermano.

«Debo estar volviéndome loco», pensó Franco cuando una noche, durante una cena de amigos, vio entre su mujer y Carlos una actitud que mucho que digamos no le gustó. Ciertas miradas... cierto, cómo decirlo... «chichoneo».

Franco trabajaba de noche como sereno en una tienda de

electrodomésticos. Se iba de la casa a las 22 y regresaba a las siete de la mañana.

Un día se le ocurrió quitarse de la cabeza esas estúpidas dudas que se le presentaban con respecto a su mujer y su mejor amigo e instaló una pequeña cámara en su habitación conectada a la video, a la cual le colocó un falso frente para que no se viera el display encendido.

Hoy tiene un video de dos horas de duración con su mujer y su amigo como protagonistas de la película porno más espectacular que se haya visto.

Lo hacían en las poses más

inimaginables, se decían cosas más  
inimaginables que las poses, se reían,  
gritaban, ella le permitía todo y él le  
hacía cosas que Franco ni soñó con  
hacerle nunca. Para cualquiera, una  
excelente película condicionada.

Para Franco, una obra maestra del  
terror.

Patricio se reencontró con su ex  
novia. Carolina, impresionante belleza  
de lomo descomunal, que era además  
una chica sencilla, dulce y simpática, de  
familia humilde.

Hacía un par de semanas que ella le  
había pedido un tiempo alegando la  
clásica confusión. Patricio hizo las

cosas bien. No le rogó, no le insistió. Simplemente se alejó de su vida. La estrategia dio resultado porque Carolina lo llamó por teléfono, le propuso verse para hablar y en ese encuentro le pidió volver mostrándose muy arrepentida por haber estado «confundida».

Y Patricio volvió. Salieron un par de veces pero él se mostraba algo frío. Bien, el pibe. No era cuestión de darle las cosas tan servidas.

Tampoco la llamaba mucho por teléfono. Intentaba esperar a que llamara ella.

Era viernes. La última vez que hablaron había sido el martes.



Esa espera ya se estaba pasando de castaño oscuro, por lo que Patricio decidió llamarla.

—Hola, Marta, habla Patricio, ¿cómo le va?

—Hola, querido... ¿cómo andas, tanto tiempo? —respondió la mamá de Carolina.

—Bien... muy bien... ¿Carolina está?

—Esteeee... no, querido... mira, Carolina está en Europa.

Al comienzo Patricio creyó que se trataba de una broma, pero el correr de los días le demostró lo contrario.

Su novia regresó quince días más

tarde y lo llamó por teléfono.

—¿Te fuiste de viaje sin avisarme?  
—fue obviamente lo primero que le preguntó al encontrarla.

—Bueno... es que este viaje lo había programado con una amiga cuando no estábamos juntos... y sabía que si te decía me ibas a hacer una historia... sé que estuve mal, perdóname...

—¿Y con qué guita pagaste ese viaje?

—Este... no... yo algo tenía guardado, y mi amiga me pagó casi todo, porque quería que la acompañara...

La cuestión fue que Carolina le prometió no volver a hacer una

estupidez semejante y todo volvió a la normalidad.

—Hola, Marta, soy Patricio.

—Hola, Patricio... ¿cómo te va?

—Bien, bien... ¿Carolina?

—Eh... no... Carolina se fue anoche a España.

—Marta, ¿qué me está diciendo? Yo estuve con Carolina ayer a la tarde.

—Claro, claro, porque ayer a la tarde estaba acá... pero ahora está en España.

Lo que sucedía era muy sencillo: Carolina se había hecho «gato» de un viejo multimillonario que le había comprado un departamento, un auto y le

pagaba una buena guita por mes. A cambio de eso Carolina debía estar a su disposición determinados días a la semana y acompañarlo cuando se le cantara llevarla de viaje. El tipo tenía unas cinco o seis minas en las mismas condiciones.

Sergio estaba con Fabiana, su flamante esposa, de luna de miel en un lujoso hotel de Cancún. Habían llegado hacía dos días y les parecía estar viviendo un sueño.

Claro, estaba haciendo la clásica boludez de pasarse quince días como un jeque árabe, gastando lo que ganaba en un año entero sólo porque había firmado

un acta de matrimonio.

Qué fulero iba a ser cuando, después de haber estado un domingo en alguna playa de Cancún tomándose un daiquiri, al otro día tuviera que hacer su ingreso en la empresa donde era empleado administrativo por un sueldo que tenía poca relación con las horas trabajadas. Pero bueno. Costumbres son costumbres, y la estaba pasando bomba.

O al menos la estaba pasando bomba hasta que una tarde no lograba encontrar a Fabiana por ningún lado.

Y bueno... ese lugar estaba tan lleno de cosas interesantes que seguramente se había entretenido con algo por ahí.

Tan desacertado no estaba.

Se hizo de noche y Fabiana seguía sin aparecer.

Sergio caminaba por la habitación como un león enjaulado.

Finalmente ella hizo su entrada a las siete de la mañana siguiente y lo único que dijo fue: «Sergio... lo siento... conocí a otro tipo y me voy a la mierda».

Posiblemente no fueron exactamente ésas las palabras de Fabiana, pero el contenido es el mismo. Y se fue nomás.

Si en zonas propensas a terremotos las viviendas se construyen con sistemas antisísmicos, si en zonas de huracanes

hay planes de evacuación, si los edificios tienen extinguidores contra incendios, los que nos enamoramos de una mujer también tenemos que estar prevenidos para una catástrofe. ¿Es difícil que algo así nos suceda?

Sí, es difícil. Pero no es imposible. ¿Se puede prevenir?

No. No se puede. Pero sí podemos tener en mente que estas cosas pasan. Y pueden pasarnos a nosotros. De esa forma vamos a estar al menos algo preparados para afrontar la situación y seguir adelante con nuestra vida de la mejor manera.

Franco, Patricio y Sergio no eran

ningunos idiotas.

Eran tipos piolas, inteligentes, macanudos.

Y sus mujeres eran en apariencia... cómo decirlo... «divinas».

Como la tuya.



# Capítulo 19:

## Mordiéndolo el anzuelo

«El mejor amigo del hombre es el preservativo.»

—No, loco, me presionaba para casarme y a mí no me va. Si me quiere que acepte eso y si no, su ruta —dijo mi primo Esteban una noche durante una cena de amigos. Fernanda le había dado el ultimátum y el tipo le sacó la roja.

A él la vida de casado no le iba.

Nada de compromisos, obligaciones, horarios, hijos, etc.

Esteban tenía apenas veintiocho años. Un nene.

Fernanda se acercaba peligrosamente a los treinta y comenzaba a pesarle el DNI.

Nos dio pena dejar de ver a Fer. Era una mina macanuda, y los familiares y amigos de Esteban habíamos llegado a apreciarla mucho. Pero su rompebolismo con respecto al casamiento la alejó de mi primo y de todos sus allegados.

Al tiempo Esteban comenzó una tranquila relación con Claudia, una

psicóloga de veintisiete años que vivía sola a pocas cuadras de su casa.

Claudia era otra cosa. Nada que ver con Fernanda.

Era una mina independiente, moderna, nada rompebolas.

Sexualmente era algo así como el sueño de su adolescencia.

Si habían tenido una noche muy agitada, lo que casi siempre sucedía en la casa de él, no tenía problemas en quedarse a dormir e irse a trabajar desde ahí al otro día.

Una mañana de éstas, luego de que Claudia había partido a trabajar, Esteban entró al baño y vio que, en lugar

de un cepillo de dientes, había dos.

Claro... buena idea comprarse un cepillo de dientes y dejarlo ahí. Como también era buena idea haber dejado en la cocina una de sus tazas favoritas para desayunar cuando se quedara a dormir con él.

La ropa para el día siguiente a veces también solía ser un problema, por lo que Claudia dejó alguna muda en el departamento de mi primo.

«¡Milagro!», debió haber exclamado él al ver que un día la muda se había multiplicado por obra y gracia del Señor y ya estaba ocupando más de medio placard.

Hoy Esteban y Claudia están buscando un nuevo departamento. Ése les va a quedar chico a los tres.

Casarse, además de ser un compromiso al cual los hombres le escapamos, es caro. Vestido, flores, fotos, video, fiesta, auto alquilado, luna de miel, etc., etc., alcanzan una suma final escalofriante.

Las pocas ganas de los hombres de dejar la soltería, sumadas al gasto que no queremos o no podemos realizar, hacen ver a las mujeres que su objetivo de formar con nosotros una familia se aleja.

Pero como las mujeres, a pesar de

que intencionalmente se maten por ocultarlo, son extremadamente inteligentes, tienen sus estrategias para que terminemos atrajeados y bañados en arroz.

En algunos casos emiten o nos hacen emitir la frase «nos vamos a vivir juntos». En otros empiezan a avanzar de a poquito: un día se quedan a pasar la noche, otro día dejan en tu baño su cepillo de dientes, comienzan a dejar algo de ropa en tu casa por un tema de comodidad y cuando te querés dar cuenta la tenes instalada y presentándose a todo el mundo como «tu mujer».

De todas maneras vos simplemente

sentís que «estás viviendo con tu novia», situación que hasta podes llegar a calificar como «temporal», pero no tuviste en cuenta el pequeño detalle que mencionamos líneas atrás: son extremadamente inteligentes. ¿Qué hace una mujer con la que convivimos cuando ve que no hay miras de matrimonio legal y por lo tanto sabe que existe la posibilidad de que en cualquier momento nos tomemos el piojo sin tener que rendirle cuentas a nadie?

Queda embarazada.

Fuiste.

Sí... sí... ya sé que vos te vas a poner contento porque vas a ser padre.

Festejo, emoción, alegría  
incommensurable, pero... ¿te lo había  
consultado y estuviste de acuerdo?

Probablemente sí.

Sin embargo, en la gran mayoría de  
esos casos las mujeres no hacen  
partícipe al hombre de su decisión de  
ser madres y por ende de haberlos  
enganchado como a un pejerrey.  
Aparecen un día con que mágicamente y  
por un descuido mutuo están  
embarazadas.

No dudes de que el descuido existió,  
pero de ahí a que haya sido mutuo hay un  
abismo.

---



Las mujeres saben que  
cuando los hombres  
usamos la cabeza de  
abajo no podemos usar la  
de arriba.

---

Si nosotros por un descuido  
pudiéramos quedar embarazados y  
tuviéramos que llevar un hijo adentro  
durante nueve meses con el cambio de  
vida que eso conlleva, ¿nos  
descuidaríamos? ¡Ni locos!

Las mujeres no se descuidan. En casi  
todos los casos las mujeres saben  
perfectamente lo que hacen, cómo lo

hacen y cuándo lo hacen, y no debe sorprendernos descubrir que quien quedó embarazada «por casualidad y en un descuido» venía tomando «ácido fólico» desde hacía algunos meses.

Existe un rango de edad en las mujeres que va desde aproximadamente los veintiocho hasta los treinta y dos años durante el cual si no engancharon a la pareja adecuada y por ende no tienen la posibilidad en el corto plazo de ser madres, se vuelven locas.

---

Son muchas las mujeres  
que quedan embarazadas

para enganchar a un tipo,  
pero hoy en día son más  
las mujeres que  
enganchan un tipo para  
quedar embarazadas.

---

Ninguna de las dos situaciones es  
conveniente para el hombre.

Ambas incluyen un engaño, una  
estafa, un fraude.

Por lo tanto, queridos amigos, tengan  
los ojos bien abiertos y no olviden que  
el mejor amigo del hombre ya no es más  
el perro.

Es el preservativo.

# **Capítulo 20:**

## **¿Desafortunados en el amor?**

«Ninguna relación termina bien, porque en ese caso no terminaría.»

Javier se quería morir. Silvina lo había dejado y él no tenía consuelo. Se engañaba a sí mismo diciendo que lo único que quería era hablar con ella para que le diera una explicación de

«por qué» lo había dejado.

Él había sido el novio perfecto y quería saber en qué había fallado.

Me costó mucho convencerlo de que él no quería una explicación de los motivos que la llevaron a tomar esa decisión, sino estar cerca, no perder contacto, tratar de convencerla y finalmente volver con ella.

La mina no lo quería ver ni dibujado. Era de esas que se ponen de novias con otro y al ex novio le agarran fobia.

Javier se sentía un loser total. No creía en la posibilidad de olvidarla. Estaba convencido de que su sufrimiento

sería eterno si no lograba su objetivo.

En el ínterin salió con dos o tres minitas que no le interesaron mucho que digamos. Una ida al cine, alguna cena, un par de besos y les daba salida. Estas experiencias parecían empeorar las cosas porque reafirmaban su creencia de que Silvina era única e irreemplazable y que jamás podría superar su alejamiento.

Al tiempo Andrea llegó a su vida. Con ella empezó una relación tranquila, sin mucho entusiasmo, pero con el correr de los meses y sin darse cuenta, dejó de sufrir por Silvina.

Había encontrado por fin la solución

a su problema.

Aproximadamente al año y dos meses de noviazgo, la dulce Andrea se vuelve medio arisca, medio peleadora, ya no lo llama con la frecuencia con la que lo hacía antes y no arrojaba un «te quiero» ni a palos.

Como respuesta a la presión de Javier para revertir esa situación, Andrea decide terminar.

Otra vez el mundo se derrumbaba.

Pero esta vez era peor, porque al dolor por no tener a su novia al lado se le sumaba otro pensamiento: «Soy un hombre desafortunado. Todas las que de verdad me importan me dejan, por lo

que estoy condenado al fracaso».

El noviazgo es una empresa con muy pocas probabilidades de éxito.

Las opciones de finalización de una relación de novios son tres: las dejamos, nos dejan o nos casamos.

Algunas veces escucharemos que luego de cortar un noviazgo una de las partes dice «fue mutuo».

Nunca es mutuo.

Jamás una pareja dice al unísono un, dos, tres... ¡cortamos!

Siempre hay uno que toma la decisión y otro que acata porque no le queda otra.

Y para engañarse más



profundamente encima dicen  
«terminamos bien».

Ninguna pareja «termina bien»  
porque en ese caso no terminaría.

Puede suceder que nos pongamos de  
novios con una chica que después de un  
tiempo no nos convence del todo, de la  
cual no estamos enamorados y a la que  
por ende terminamos abandonando. OK,  
no vamos a detenernos en este caso  
porque la verdad es que mucho no nos  
interesa.

El problema viene cuando nos  
enganchamos con una mina de la cual  
nos enamoramos como locos y a la que  
consideramos una joya irremplazable e

indispensable para la vida.

Luego de un tiempo de noviazgo con la señorita en cuestión sólo puede suceder alguna de estas dos cosas: que nos deje o que nos casemos, dado que por motivos obvios la opción de dejarla queda anulada.

Podemos decir entonces que ese noviazgo será exitoso sólo cuando desemboque en un matrimonio. Algunos más modernos podrán decir que también puede terminar en una convivencia, pero en este último caso, por más que a las mujeres les guste que las llamemos «mi mujer», siguen siendo nuestras «novias».

Novias con las cuales convivimos,

pero novias al fin. Y ese noviazgo con convivencia también suele terminar en una ruptura.

Los hombres cometemos el error de pensar que tenemos mala suerte, que somos unos desdichados, que cada vez que nos enamoramos nos terminan dejando, que estamos destinados a sufrir por amor. Sucede que cuando nos enamoramos de verdad las probabilidades de que eso ocurra son grandes.

Todos los hombres tenemos «muchas» novias para llegar a «un» matrimonio, por lo que las posibilidades de que terminemos sufriendo por esa

chica porque nos dejó son realmente altas.

---

La primera vez que  
sufrimos un fuerte  
desengaño amoroso  
tenemos que saber tres  
cosas: que lo vamos a  
superar, que nos puede  
volver a pasar y que  
vamos a volver a  
superarlo.

---

# Capítulo 21: Su clave

«Revisar el correo de una ex es  
sinónimo de sufrimiento  
innecesario.»

—Amor, ¿podes revisar mi casilla de e-mails que no sé qué problema tengo en mi compu que no puedo entrar? La clave es «pichucho» —le dijo una tarde Claudia a su novio Víctor. ¡Qué novia espectacular! ¡Qué tesoro incalculable!

Víctor le tenía una confianza casi ciega a su novia, pero que ella le diera

la clave de su casilla de e-mail era como si le hubiera firmado un certificado de fidelidad eterna.

De todas maneras Víctor, como hombre de honor, al tiempo le sugirió a Claudia que cambiara su clave.

—¿Para qué la voy a cambiar, amor? Si entre nosotros no hay secretos —le respondió ella.

Seis meses más tarde Claudia empezó a estar rarita.

Siete meses más tarde ya no estaba. Al menos al lado de Víctor.

Un ataque de confusión galopante provocado básicamente por el estrés que le causaba su exceso de tiempo libre,

sumado a un efecto de angustia retrasada por la separación de sus padres diez años atrás, más el desorden mental que le trajo su reciente cambio de carrera fueron los motivos por los cuales Claudia le pidió a Víctor un tiempo para estar sola.

O al menos eso fue lo que le dijo a él.

Víctor sentía que le habían tirado un balde de agua helada en pleno invierno, pero tenía la convicción de que, pasado ese tiempo en el que Claudia aclararía su mente, todo volvería a ser como antes.

Ella lo amaba, de eso él no tenía

dudas.

Transcurrieron siete días sin novedades. Ella le había pedido un tiempo... y siete días era un tiempo. Tomó el teléfono y marcó su número. La voz de Claudia sonó más fría de lo que él esperaba. «Por favor, no me presiones», fue la frase que volvió a golpear sus esperanzas de acelerar la reconciliación.

Quince días más tarde Víctor era un trapo de piso. No quería repetir la experiencia del llamado, y de Claudia ni noticias.

Seguramente ella estaría tan mal como él, pero no querría llamarlo hasta



que estuviera totalmente segura de haber superado sus problemas. Claudia no iba a estar jugando con el hombre que tanto amaba. Cuando volviera iba a ser para siempre. Y lo más probable es que no faltara mucho para ese momento.

Víctor necesitaba algo de alivio. Quería saber de ella. Su ansiedad por confirmar cuánto lo estaba extrañando lo llevó a sentarse frente a su computadora y escribir la dirección de e-mail de su ex.

Antes de escribir la clave sintió una leve taquicardia. ¿Cómo no lo había hecho antes?

Qué feliz iba a estar al leer algún e-

mail enviado por ella a una amiga donde dijera: «Víctor no merecía que yo lo atormentara con mis problemas, por eso le pedí un tiempo. Pero ya no soporto más estar sin él. Me paso el día llorando y mirando sus fotos. Recuerdo sus caricias y sus besos todo el tiempo. Voy a llamarlo, lo amo tanto...».

Ese pensamiento le dibujó una sonrisa nerviosa en la cara mientras tecleaba la clave «pichucho».

La sonrisa se transformó en una mueca congelada al ver varios e-mails de un tal Marcelo en su bandeja de correo entrante.

«Tranquilo, Víctor... no hay de qué

preocuparse... será un compañero de facultad, algo sin importancia...»

Doble click.

¡¡¡Hola, bombón!!! ¿Cómo amaneciste? No te quise despeinar cuando me fui, pero me quedé mirándote un ratito. Dormías como un bebé. No te das una idea lo que me costó salir de la cama y meterme en la ducha. Anoche me dejaste destrozado. Si esto va a ser siempre así estamos en problemas, jajá... Sobre todo porque me cuesta concentrarme en el trabajo recordando el juego del «perrito»... mmmm... ¡¡cómo gemía ese perrito!!... ja ja. Y

vos que decías que no... que te iba a doler. Bueno... un poco te duele, pero cómo te gusta, guacha, ¿eh? Jajá...

Bueno, linda, más vale que deje de pensar en esa colita y labure un poco o me van a echar.

Después hablamos. Un besito.

Te quiero mucho.

Marce

Víctor, sin dejar de mirar el monitor y con el corazón casi paralizado, levantó el teléfono.

Seguidamente volvió a colgarlo.

De todas maneras no sabía a quién llamar ni para qué.

«Calma, Víctor, calma... acá hay un error.»

Fue a «correo enviado», donde seguramente encontraría una respuesta de Claudia a la broma de mal gusto de ese pelotudo.

No había error.

Luego de un rato de llorar despacio, casi para adentro, tirado en su cama, comenzó a llorar a los gritos.

Se pellizcaba pero no despertaba. La pesadilla parecía que iba a ser eterna.

Claudia, «su» Claudia, no estaba mal, no estaba llorando, no lo estaba extrañando, la estaba pasando bomba.

Y otro la estaba tocando, la estaba...

la estaba...

El llanto ahora iba acompañado de convulsiones.

Recién al otro día pudo pensar con un gramo más de claridad.

Las opciones eran las siguientes:

- Llamar a Claudia llorando y suplicarle que terminara con ese Marcelo y volviera con él o se moriría.
- Llamar a Claudia y recontra reputarla de arriba abajo por ser tan pero tan yegua, tan puta, tan perra.
- Matar a ese Marcelo.

- Hacer como que no pasó nada y esperar a que ella se diera cuenta de que él era su verdadero amor y regresara.

Algo le decía que la primera opción no iba a funcionar.

La segunda lo alejaría de una futura y todavía probable reconciliación.

La tercera era la que más le gustaba pero lo pondría entre rejas por un largo tiempo.

Por lo tanto optó por la cuarta.

Esa relación no podía durar. Ella no podía haberse olvidado de él en tan poco tiempo. Era muy fuerte lo que

sentía por él, ¿o no?

Estaba decidido. Iba a esperarla. Después de todo, si no hubiera entrado en su casilla estaría esperándola como antes y sin sufrir tanto.

Pero ahora tenía una ventaja: podía entrar en la casilla de email de Claudia. De esa manera podía tener noticias de ella, podía ir viendo cómo se terminaba la relación con ese idiota.

Podía ver cómo alguna amiga le aconsejaba que si tanto lo extrañaba a él, que dejara a Marcelo y regresara.

Y día a día, antes de ver su propio correo, entraba a la casilla de Claudia.

Cada vez lo hacía con más



frecuencia. Varias veces por día.

Pasaban los meses y revisar el correo de su ex se había convertido en una adicción. Jamás encontraba allí nada que lo alegrara. Muy por el contrario. Parecía que ella y su nueva pareja disfrutaban de comentar por e-mail sus acrobacias sexuales.

Entrar en esa casilla era como una droga que le estaba anulando la posibilidad de seguir adelante con su vida.

Debía olvidarse de la clave.

Imposible.

Podía llamarla y pedirle que la cambiara, pero eso significaba

reconocer que había estado mirando su correo.

Tampoco iba.

La solución era sencilla. Podía cambiarle la clave para que ella no pudiera entrar y se viera obligada a abrir una nueva casilla desconocida para él, y asunto terminado.

Pero... ¿iba a ser capaz de dar ese paso? ¿Iba a tener la fuerza de voluntad para dejar esa adicción?

La respuesta fue «no».

Además tenía una excusa para no hacerlo: «Ella sabe que yo tengo su clave, por lo tanto si alguien se la cambia es evidente que fui yo».

En ese momento un frío le corrió por la espalda.

Ella sabía que él tenía su clave. Ella misma se la había dado.

En una gran cantidad de casos las mismas mujeres saben perfectamente que sus ex novios están revisando sus casillas.

Ellas mismas les abrieron la puerta al confiarles sus claves tiempo atrás. ¿Por qué no la cambian?, se preguntarán ustedes.

Porque son conchudas, es la única respuesta coherente que me viene a la mente.

Y si la vamos de hackers, los únicos

que nos jodemos somos nosotros.

Moraleja:

Nunca entres en la casilla de correo de tu ex.

Nunca, pero nunca aceptes conocer su clave.

Jamás la averigües por tus propios medios.

Nunca vas a encontrar en la casilla de correo de una ex algo que te agrade.

---

Revisar su correo se  
convertirá en un  
comportamiento tan  
adictivo como

destrutivo del cual, al  
igual que de cualquier  
otra adicción, es muy  
difícil salir.

---

Y si alguna vez tu novia, cuando  
están pasando por el mejor momento en  
su relación, quiere darte la clave de su  
correo, enójate.

Enójate mucho.

# Capítulo 22: El MSN

«Mostrarnos online en el MSN de una ex novia es lo mismo que pararnos en la puerta de su casa.»

Hoy es el MSN.

Mañana puede ser otra cosa similar pero más moderna. Y dentro de un poco más de tiempo puede ser un chip que se implante en el cerebro de las personas por medio del cual podamos conocer los pensamientos de aquellos con quienes

estamos conectados.

Afortunadamente por ahora esto se limita a un programa de computadora donde nosotros elegimos cuándo y a quién mostrarnos. Programa muy útil, práctico y fácil de usar, pero que puede convertirse en un elemento nefasto a la hora de intentar recuperar u olvidar a una mujer.

Todos sabemos que el MSN es un programa que nos permite tener una lista de contactos y dialogar con ellos y hasta vernos las caras en el caso de que contemos con el equipo adecuado, aunque el uso más frecuente es el del chat.

Este simpático programita nos muestra quiénes son las personas de nuestra lista que están conectadas en ese preciso momento y con las cuales tenemos la posibilidad de contactarnos al instante.

Nos permite también identificarnos con nuestro verdadero nombre, con un nick o con una frase.

Seguramente lo habremos usado muchas veces con nuestra novia para largas charlas románticas.

Qué lindo... cuántos recuerdos.

Vamos a suponer que esa novia, hoy por equis motivos ajenos a nuestra voluntad, se ha convertido en ex novia.



Lo lógico es que si ella decidió dejarnos, tomarse un tiempo o como quiera llamarlo, nos elimine de su lista de contactos.

Claro que eso no lo van a hacer jamás. ¿Por qué?

Porque son conchudas.

Memoricen esa respuesta porque será la clave para evacuar muchas otras preguntas que se irán formulando a lo largo de su vida con respecto a las mujeres.

Ellas no quieren borrarlos. Ellas quieren seguir rompiéndonos las pelotas. Quieren tenernos a mano. Quieren tenernos vigilados.

Mostrarse online en el Messenger de una ex novia es lo mismo que pararnos en la puerta de la casa. Y que además esa casa tenga una ventana desde donde nuestra ex pueda ver perfectamente que estamos ahí apostados.

Ella sabe muy bien que tenes la posibilidad de ponerla en «no admitir». Por lo tanto si te está viendo online es porque vos «querés» que ella te vea.

Y si querés que ella te vea significa que seguís pendiente, que seguís interesado, que seguís muerto.

Si ella te ve online y no le hablas es simplemente porque querés que ella te hable primero.

Las mujeres decodifican esas cosas en fracciones de segundo, de manera inconsciente.

El agrande y la tranquilidad que eso les provoca son instantáneos. Y cuanto más agrandada y tranquila esté con respecto a vos, menos posibilidades tenes de revertir la situación negativa que estás viviendo.

---

Cuando una novia te deja,  
lo primero que hay que  
hacer es ir al MSN y  
«borrarla» de la lista de  
contactos, aceptando la

opción de «no admitirla»  
cuando el sistema te lo  
pregunte.

---

Muchos dirán: ¿pero para qué la voy a borrar si la puedo poner en «no admitida» y listo?

Porque si la tienes en «no admitida» la vas a ver cada vez que ella se conecte. Y en algún momento vas a querer mostrarte online a ver si te habla. Eso tarde o temprano te va a pasar, porque de lo contrario no tendría sentido que ella siga en tu lista.

No te engañes. Si la ves online, en

algún momento de debilidad te vas a dejar ver. Y ahí sonaste de nuevo.

Además vas a tener que soportar sus raros nicks que pueden ir desde cosas inentendibles tipo «la verdad está en el corazón aunque no tengamos ni corazón ni verdad» (esas pelotudeces les encantan) hasta un «sos mi amor».

En el primer caso nos vamos a devanar los sesos para comprender qué dijo, por qué lo dijo y por quién lo dijo.

En el segundo caso directamente nos vamos a quedar mirando el monitor como esos pescados de ojos saltones cuando los ves de frente. ¿Lo puso por mí? ¿Tendrá otro? ¿Se arrepintió y

quiere que le hable?

Si se arrepintió y quiere que le hables que te mande un e-mail, que te llame por teléfono o que te vaya a buscar. ¿No tiene acaso tu e-mail, tu teléfono y tu dirección?

Si cuando te dejó no tuvo problemas en decírtelo claramente, que ahora te diga que quiere volver. O que al menos dé un paso importante hacia el acercamiento.

No olvidemos que el MSN le resulta a ella una herramienta ideal para poder testearse (como vimos en el capítulo «Testeos») y por medio de la cual, además, le estás simplificando el control

sobre tus actos. Porque si estás en tu casa conectado al MSN no estás de joda, no estás con amigos pasándola bomba, no estás con otra mina.

Estás del otro lado del cable a su entera disposición. Estás paradito en la puerta de la casa.

Ni hablar de esos muchachos que se colocan nicks del estilo «mis lágrimas por ti no cesan de brotar» intentando, por medio de vaya a saber qué cosa, impactar en los sentimientos de la mina en cuestión.

Ésos no están en el horno. Ésos están al spiedo. ¿Cuál es la diferencia?

Al spiedo es igual que en el horno

pero con un fierro que te entra por el culo, te sale por la cabeza y te hace dar vueltas en una vidriera.

Algún caído del catre puede preguntar: «Pero... ¿y si me pregunta por qué la borré? ¿Y si piensa que ya no me interesa? ¿Y si se molesta?».

Si te pregunta por qué la borraste la respuesta es sencilla:

«Porque en el MSN sólo tengo a mis amigos».

Con respecto a la segunda pregunta tenes que pensar que sabiendo perfectamente que estabas interesadísimo en ella, te dejó. Por lo cual tu interés o desinterés no es el



motivo del alejamiento.

Y si se molesta es porque le importas. Y si no se daba cuenta de que le importabas ahora lo está haciendo.

Bien. Un paso adelante.

# Capítulo 23: Yo fui el primero

Un silogismo es un argumento que consta de tres proposiciones, donde la última de ellas se deduce necesariamente de las otras dos.

Según Aristóteles, «silogismo» es la expresión verbal del razonamiento deductivo en el que, luego de ciertas proposiciones denominadas premisas, se sigue necesariamente una distinta llamada conclusión.

Ejemplo:

Todas las rubias son tontas.

Marta es rubia.

Marta es tonta.

Para que una conclusión sea válida hay que partir necesariamente de premisas válidas.

En el ejemplo, si la primera premisa no fuera cierta, es probable que Marta fuera inteligentísima.

De premisas falsas no puede obtenerse una conclusión verdadera.

¿Adonde voy con todo esto?

A tratar de echar un poco de luz sobre el oscuro panorama que tienen todos aquellos que le dan una gran importancia al hecho de que su ahora ex novia ha tenido con ellos su primera

experiencia sexual.

---

Existe una creencia que dice que una mujer no deja de querer nunca, y por ende no va a dejar, al hombre con quien ha tenido sexo por primera vez. Seguramente la habrá lanzado a rodar por el mundo el mismo que dijo que si comes sandía con vino te morís.

---

El silogismo que hacen esos pobres

mal informados es el siguiente:

Ninguna mujer puede dejar al hombre con el que ha tenido sexo por primera vez.

Vanesa tuvo sexo por primera vez con Juan.

Vanesa no puede dejar a Juan.

Ellos dan por sentada la validez de la primera premisa.

Por lo cual, una vez que esa mujer los abandona, se les crea un nudo mental imposible de desatar.

«Yo fui el primero en todo», repiten una y mil veces.

«No puede ser... yo fui el primero.»

Lo más probable es que para cuando

ese muchacho haya comenzado a entender que esa primera premisa no era válida, su ex novia seguramente ya va por el tercero o el cuarto.

El primero no es otra cosa que el que estuvo antes que el segundo.

---

Siempre tiene que haber un primero, pero eso no significa que de ahí en más la vayas a tener atada ni mucho menos.

---

Es más, cuando fuiste el primero tenes muchas más posibilidades de que

esa chica te deje que si fueras el vigésimo.

Porque hoy en día las cosas no son como en los años treinta, cuando una mujer se ponía de novia con el consentimiento de la familia y a los quince años por ahí se casaba. Hoy es muy difícil que una mina vaya a tener sexo con un solo hombre durante toda su vida. ¿Muy difícil, dije? Qué benévolo estuve.

Esa chica va a jurarle y perjurarle al novio que es el amor de su vida, que jamás sentirá por otro lo que siente por él, le rogará que nunca la deje, que sin él moriría, etc. Y el novio le creerá

todas y cada una de esas desmedidas expresiones de amor al tiempo que pensará: «Y claro... yo fui el primero...».

Eso, por supuesto, hasta la llegada del segundo.

Es entonces cuando repasan el silogismo una y mil veces:

Si yo fui el primero y las minas nunca dejan al primero, ella no puede haberme dejado.

Pero la realidad es que lo dejó, por lo que algo en ese razonamiento debe estar fallando.

En una segunda etapa, cuando asumen que los dejaron, piensan: OK,



me dejó, pero seguramente me debe seguir queriendo. Porque fui el primero.

Es muy probable que el mismo que dijo lo de la sandía con vino, lo de los martes no te cases ni te embarques, que las mujeres que tienen sexo por primera vez con vos nunca te dejan, también haya dicho que la mina que debutó con vos te va a seguir queriendo para siempre, que nunca va a olvidarte.

Bueno, ahí estuvo acertado. Olvidarte no te va a olvidar.

Cuando dentro de treinta años alguien le pregunte con quién tuvo su primera experiencia sexual, va a mirar para arriba poniendo gesto de hacer

memoria (gesto que no va a ser fingido... va a estar haciendo memoria realmente) y va a decir tu nombre. Lo que prueba que olvidarse no se olvidó. Pero de ahí a seguir queriéndote hay una enorme distancia.

Ser el primero no es importante. Alguien podría decir que lo importante es ser «el último», pero, ¿quién te da el certificado de «último»?

Si te quedas pensando que tiene que volver porque fuiste el primero, te vas a quedar, como suele decirse, «llorando sobre la leche derramada» (frase nunca tan bien aplicada como en este caso) y no vas a poder enfocarte en los motivos

de la ruptura ni podrás actuar de la manera más conveniente para recuperarla o recuperarte.

# Capítulo 24: Quiero que ella cambie

Andrea, la novia de Pablo, era un sorete de esos que cuando lo pisas tenes que tirar el zapato.

Más mala que la madre de Carrie. A los dieciséis años ya tenía más polvos que las zapatillas de Martina Navratilova. Infiel, borracha, falopera, mentirosa, egoísta...

Claro que todo lo que tenía de mala mina lo tenía también de linda. Una carita angelical y un físico casi perfecto la hacían deseable para cualquier

hombre. Especialmente para Pablo, quien estaba convencido de haber dado con un tesoro tan invaluable como irremplazable e imposible de perder.

Fue a los dieciséis casualmente cuando se puso de novia con Pablo, un pibe más bueno que Lassie atado, que entró como un caballo comprando la imagen que le vendió Andrea de novia buena, enamorada, fiel hasta la muerte e incapaz siquiera de fijarse en otro hombre.

«Sos el hombre de mi vida... vamos a casarnos y a tener hijos...» eran algunas de las frases que Pablo fue dando por verdaderas al tiempo que iba

creciendo su relación.

La primera señal de alarma apareció al año de estar juntos cuando un amigo le contó que la había visto en un boliche a los besos con otro tipo.

Andrea no dudó en reconocer la veracidad del chimento.

«Bueno... sí... es verdad... pero estaba un poco borracha... etc., etc.»

A partir de entonces la relación fue un infierno. La mina se iba de joda con las amigas y cada dos por tres se atracaba a otro.

Las veces que Pablo se enteraba ella se encargaba de, con lágrimas en los ojos, darle las explicaciones

correspondientes del caso, convenciéndolo de que en realidad ella lo amaba a él y que patatín que patatán.

Pablo no podía asumir que su angelito fiel, la que lo iba a amar por siempre, la futura madre de sus hijos, la mujer de su vida, era en realidad otra cosa muy diferente.

Reconocer la verdadera forma de ser de su novia lo habría llevado en ese momento a un desencanto y a un dolor tan grande que no hubiese podido soportarlo.

Aproximadamente a los tres años de relación, cuando él ya era un monumento a la baja autoestima, su querida novia le

confesó que había tenido relaciones sexuales con un amigo. Y no una vez sola, sino varias.

—No puede ser... no puede ser... ella me decía que me amaba y que jamás podría mirar a otro. ¿Es posible que una mina haga esto? —me preguntaba con la mirada perdida desde el otro lado de la mesa de café.

—Pablo, imagínate que me estás esperando acá sentado, al lado de la ventana, y miras para afuera y hay un diluvio torrencial. La calle está inundada de bote a bote y yo llego empapado y te pregunto: «Pablo... ¿puede ser que esté lloviendo? No



puede ser... el servicio meteorológico anunciaba un día soleado» —le respondí—. Macho... llueve, no hay vuelta que darle. No importa lo que dijo el pronóstico, tampoco importa el partido de tenis que habías programado en una cancha descubierta —agregué.

Pablo buscaba que ella se diera cuenta de lo que estaba haciendo. Y buscaba lograr que ella cambiara.

Tal vez muchos de ustedes hayan pasado por una situación similar. Me refiero a querer que la otra persona «cambie» para que sea como ustedes necesitan que sea.

A todos los que estén atravesando

ese momento voy a darles una mala noticia: nadie cambia.

Vamos a ponerlo en un ejemplo para que se entienda mejor.

Imaginemos que conocemos a una chica, digamos la hermana de un amigo, más fea que un orangután, bizca, narigona, con bigotes, sin dientes, con un peso estimado de ciento cincuenta kilos, un metro y medio de estatura, un aliento de dragón recién levantado, en fin, un horror.

Imaginemos también que por la relación de hermana de un amigo empezamos a conocerla y descubrimos que es la chica más buena del mundo,

amable, cariñosa, sensible, divertida, sincera, compañera.

Todas esas cualidades la convertirían en la mujer ideal si no fuera por el aspecto físico. ¿Se nos ocurriría pensar que ella podría cambiar su aspecto exterior para pasar a ser una belleza y así ponernos de novios con ella?

No. ¿Por qué no?

Porque una mina tan fea jamás podría convertirse en una mina linda.

Con el interior de una persona sucede lo mismo.

---

Una mina de mierda  
jamás podrá convertirse  
en una buena chica.

---

Deberías descartar a esa hermosa chica mala de la misma manera en que descartas a la chica buena que ves horrible.

Por lo tanto no tomes la posibilidad de que «ella cambie» como una opción válida.

Por supuesto que es muy probable que ella lllore y nos dé claros signos de arrepentimiento. Y que nosotros, en la necesidad de creerle, terminemos a los

besos, acariciándoles la cabeza y diciendo: «Bueno... ya pasó, mi amor... yo te perdono... no llores más».

---

Ninguna mujer se  
arrepiente de haber  
cometido reiteradas  
infidelidades. Lo que  
hizo, lo hizo sabiendo  
perfectamente lo que  
hacía y habiendo  
evaluado los riesgos.

---

Por otro lado, hay que tener en cuenta que ese tipo de mujeres no va a

tener por mucho tiempo un novio que deje pasar sus frecuentes aventuras de forma tan humillante. Cuando vea que tiene al lado un tipo con tan poco orgullo, ella lo va a dejar a él.

---

Las mujeres detestan a  
los débiles, entregados,  
arrastrados y  
dependientes.

---

Cuando descubrimos en nuestra pareja ese tipo de actitudes y de forma de ser estamos en un callejón sin salida, y la única opción es volver sobre

nuestros pasos y tomar por otra calle.

Quedarnos mirando el muro, repitiéndonos que el mapa no mostraba el callejón, o esperar a que pase una grúa y lo derribe para abrir la calle sería una pérdida de tiempo.

# Capítulo 25: La devolución de las cosas

Después de meses o años de relación siempre quedan «cosas» nuestras en su poder. Los cd que jamás escuchamos, fotos que nos recuerdan momentos que convendría olvidar, ropa que seguramente hace meses que no usamos y algún muñequito pedorro suelen formar parte de ese cofre del tesoro sin el cual pareciera que no podemos vivir luego de que nuestra novia nos pegó un voleo en el orto.

Los primeros días después de la



ruptura ni siquiera pensamos en recuperar esas cosas. Sólo deseábamos que todo volviera a ser como antes.

Pasado un tiempo y al ver que la mina no da señales de vida, esas «cosas» que estaban en su poder se transforman en nuestras aliadas para provocar algún tipo de contacto o reacción por parte de ella ante nuestro pedido de devolución.

El problema es que, en la mayoría de los casos, estos actos se llevan adelante de manera impulsiva. Actuamos solamente movidos por la ansiedad y la desesperación y sin una estrategia pensada de manera fría e inteligente.

En primera instancia sentimos que esa llamada para pedir de vuelta lo que nos pertenece podría llegar a transformarse en una conversación de reconciliación.

—Hola... soy yo... quiero que me devuelvas mis cosas.

—Bueno... encontrémonos y te las doy... y de paso charlamos un poco porque la verdad es que te extraño y quisiera que volvamos a ser novios como antes.

Eso nunca pasa, pero inconscientemente lo tenemos en nuestra mente como una posibilidad.

Otra cosa que podemos sentir (y ojo

que siempre hablo de sentir y no de pensar) es que tal vez al pedirle esas cosas ella caiga en la cuenta de que nos está perdiendo de verdad y por fin dé el brazo a torcer.

—Hola... soy yo... quiero que me devuelvas mis cosas.

—¡Nooo! Por favor... no me hagas esto... no quiero perderte... ¡buaaaaaa!

Esto tampoco sucede, pero el deseo de que suceda es tan fuerte que nuestro impulso a pedirle lo nuestro es imparable.

En muchos casos ella no había cortado sino que había «pedido un tiempo», y por lo tanto el hecho de

reclamar nuestras cosas supone dejar de tomar ese «tiempo» como algo temporal para alejarnos de manera definitiva, lo que le causaría un dolor muy grande y le provocaría la necesidad de terminar con ese «tiempo» para volver con nosotros y así no perdernos.

Esto sería buenísimo si no fuera porque siempre que piden un tiempo están mintiendo. Como ya vimos, el pedido de tiempo es siempre una excusa, por lo tanto esta estrategia inconsciente tampoco va a dar resultado.

---

Ella sabe perfectamente

que esos cd que no  
escuchaste en tanto  
tiempo, esa ropa que  
jamás usabas y ese  
muñequito de  
morondanga no son  
importantes para vos.

---

Con lo cual, si estás llamando para recuperarlos, es para tener un contacto. Eso la deja tranquila sabiendo que seguís pensando en ella, que te sigue importando y que podría volver si quisiera.

Si todavía le importaras, lo que

realmente le preocuparía no es que la llames para recuperar tus cosas sino que no lo hagas.

Que no utilices la opción de llamarla para pedírselas. Que vea que te olvidaste de esas cosas.

Tenerlas en su poder le va a venir bien por un tiempo para albegar la esperanza de que la llames y así comprobar que te sigue teniendo al pie, pero pasado un tiempo sin que eso suceda se le van a bajar los humos.

Tene en cuenta que esas «cosas» tuyas pueden pasar a ser una excusa «de ella» para contactarte.

El día que suene tu teléfono y sea

ella para devolverte las cosas es muy probable que estemos ante un intento de chequear qué es lo que pasa con tus sentimientos. Es un intento de ver si ante una provocación de su parte vos volvés a la carga con tus ruegos.

Al igual que como vimos en el capítulo «Testeos», es importante que no se quede tranquila comprobando enseguida que seguís loco por ella.

—Hola, soy Claudia. Mira... tengo unas cosas tuyas en casa...

Opción 1:

—Mira, no te preocupes, no las necesito, te las regalo.

Opción 2:

—Ah... sí... haceme un favor, ponémelas en un remise y mándamelas a casa.

Ahí van a morir sus esperanzas de que vos seas el idiota que ante su provocación vuelva a la carga con ruegos y súplicas. Ahí se va a dar cuenta de que te perdió. Ahí es cuando descubre que si quiere algo lo va a tener que demostrar de manera más directa.

Ahí es cuando verá que se cortó el hilo del yo-yo y que ya no te tiene atado al dedo.

Nunca le pidas que te devuelva tus cosas.

A menos que hayas dejado en su



casa tu Gibson Les Paul o la camiseta que tenía puesta el Diego cuando le hizo el gol a los ingleses, claro.

---

Sé sincero con vos  
mismo y evalúa  
objetivamente la  
importancia que tienen  
esos objetos inanimados  
que ya no usas desde  
hace tiempo.

---

Y ni hablar de las cosas de ella que quedaron en tu poder.

A menos que te haya dejado un

Rottweiler rabioso no tenes que llamarla para devolvérselas.

Hacerlo significaría un intento más que evidente de provocar alguna reacción en ella y quedarías como un estúpido.

Por las cosas de ella que se preocupe ella.

Si no te llama para pedírtelas las metes en una bolsa y las archivas en el fondo de un placard o baúl y listo. Y el día que te las pida se las darás.

Llamarla para que se las lleve no sólo es una demostración de interés en ella sino que es quemar la posibilidad de que el día de mañana ella use esas

cosas como una excusa para contactarte.

Y si te las pide, cuidado con llevárselas a algún lado. Nada de eso. Que las vaya a buscar o que las mande a buscar por alguien. Vos no tenes por qué mover un pelo para hacerle el delivery.

# Capítulo 26: Seamos amigos

«Una novia se tiene o no se tiene.»

«No quiero perderte como amigo.»

La frase de Carolina llegó a los oídos de Manuel como un puñetazo en la boca del estómago.

Hacía tres años que estaban de novios, tenían unos hermosos planes de irse a vivir juntos, pero algo no estaba

saliendo de acuerdo con el libreto que unos meses antes habían comenzado a escribir.

Hacía algunas semanas que Carolina no estaba tan cariñosa como antes, y ni corta ni perezosa le dijo a Manuel que no quería seguir adelante con la relación.

«Yo te quiero, pero siento que no estoy enamorada. Creo que necesito un tiempo. Sos el hombre con el que me quiero casar, pero no siento esas cosquillas... no sos vos, soy yo... entendeme. No quiero perderte como amigo.»

En esa última frase él vio una luz al

final del camino.

«Sí, claro... yo tampoco quiero perderte como amiga.»

Tras decir esto sintió que no todo estaba terminado. Estando con ella «como amigo» podría volver a enamorarla, estarían cerca y no la perdería por completo.

Desde entonces comenzaron a tener esa «cuasi amistad» en la que más o menos dos veces por semana hablaban por teléfono, y una vez por semana se veían por algún motivo.

«Se me rompió la compu, ¿me das una mano?»

«¿Me acompañas a ver unas telas?»

«¿Tomamos un café?»

Manuel salía cual jet ante cada oportunidad de ver a Carolina.

En más de una de esas ocasiones terminaban a los besos, pero ella se encargaba de poner las cosas en su lugar antes de despedirse.

«Manu, yo no sé si esto nos hace bien... yo no tengo las cosas claras... vos ya lo sabes.»

En cada uno de esos encuentros que terminaban en arrumacos él sentía que la tenía más cerca.

Ella sin duda lo quería y volverían a estar tan bien como antes, porque de lo contrario no lo llamaría a cada rato con

alguna excusa y mucho menos lo besaría, pensaba Manuel.

Algo era seguro para él: «No la había perdido del todo».

Ahora yo pregunto: ¿se puede perder a una novia en parte?

La respuesta es NO.

Una novia se tiene o no se tiene. ¿Y él la tenía?

La respuesta otra vez es NO.

¿Él sentía «amistad» por ella?

Respuesta obvia: NO.

¿Ella sentía amistad por él?

Sin duda que NO.

Si ella sintiera verdaderamente amistad no terminarían de vez en cuando



enrollados por ahí. Ni lo provocaría de vez en cuando dándole ilusiones y haciéndolo sufrir.

Algunas mujeres hasta se ponen algo exigentes con el tema de la amistad. Insisten demasiado en eso de «ser amigos».

Razonemos un poco: ¿vos alguna vez estuviste desesperado por conseguir la amistad de alguien?

Seguramente no.

Es que la amistad no surge como un deseo de una de las partes. La amistad se da naturalmente o no se da.

Por eso no tengas dudas de que te está mintiendo cuando dice que quiere

ser tu amiga. ¿Entonces qué es lo que quiere?

Sencillo: lo que quiere es tenerte ahí a mano. Lo que quiere es sentir que te sigue teniendo a pesar de haberte dejado.

Tal vez ella hasta quiere empezar una nueva relación con otra persona pero no quiere soltar esa liana hasta no tener la otra bien asegurada.

Y lo que Manu le está diciendo al aceptar su amistad es «tranquila, Tarzán... agárrate fuerte del otro que a mí me seguís teniendo».

---

Ninguna mujer quiere ser  
«amiga» de un ex novio.  
Ningún hombre quiere ser  
«amigo» de su ex.

---

La amistad no es un sentimiento que  
se elija.

Surge o no surge.

Aceptar esa «amistad» es facilitarle  
a ella el alejamiento.

De esa forma nos van dejando de a  
poco sin sufrir ni extrañarnos. Cuando  
quieren nos llaman y nos tienen. Si  
temen que estemos dejando de pensar en  
ellas, con vernos y hacerse un poco las

gatitas confundidas y dolidas ya nos tienen abrazándolas e intentando una reconciliación.

Y con sólo decir las palabras mágicas «no tengo las cosas claras, estoy confundida» vuelven a ponernos en nuestro lugar.

El lugar del pelotudo enamorado que finge ser el amigo para no perderla.

---

Si ella decidió dejarte,  
que sienta que no te tiene.  
Ésa es la única forma de  
que te valore y quiera  
volver.

---

Olvídate de eso de «no quiero perderla del todo».

¿Qué tenes ahora que, según vos, no la perdiste del todo? ¿Las gambas y un brazo?

Ojo: tampoco le digas «¡No! ¡Yo jamás podría ser tu amigo porque te quiero!» con cara de dolor o enojado.

Aunque eso es preferible antes que aceptar el macabro jueguito de la amistad, hay que tener en cuenta que ellas saben leer muy bien entre líneas y lo que les va a quedar grabado es «estoy muerto con vos, por lo que seguís teniéndome disponible».

¿Por qué digo «macabro jueguito»?

Porque ese juego lo van a jugar mientras tengan ganas. Cuando ya no lo necesiten no van a darte más pelota. O lo que es peor aún, vas a tener que soportar «como amigo» frases como «tengo onda con un compañero de la facu... se llama Andrés... todavía no pasó nada, pero...». Y las tripas se te van a hacer un nudo. Y no vas a tener derecho a decirle nada porque aceptaste ser «el amigo». Y ésa puede ser la primera frase de otras bastante más complicadas.

La mejor respuesta a la propuesta de amistad es decirle tranquilamente «Bueno, OK», pero jamás comportarte como un amigo. Desapareces. No la

llamas nunca. Si te llama ella le respondes tranquilo, frío y breve, despachándola rápidamente con una respuesta pelotuda del estilo «te llamo después porque estoy viendo el final de El rey león, chau».

Y si se pone exigente con el tema de la amistad le decís: «Mira, la verdad es que yo ya tengo mis propios amigos y no estoy buscando amigos nuevos». Siempre con una actitud distendida y tranquila.

De esa forma, cuando vea que te está alejando sentirá que te está perdiendo. Sentirá que si se suelta de la liana se va a caer desde una buena altura y va a

entrar en pánico. No le des tiempo a agarrarse de la otra. Hace que se suelte y que sufra las consecuencias.

Si a partir de entonces no la ves más, eso no significa que te equivocaste al no aceptar su amistad y por eso la perdiste. Lo que significa es que te habrás ahorrado mucho tiempo de ilusiones inútiles y no te habrás prestado al desvalorizante juego que ella propuso.

No se la hagas fácil. No seas su aliado en esto.



# Capítulo 27: Aikido

El aikido es un arte marcial cuya principal característica es utilizar la fuerza con la que ataca el adversario para, con un mínimo esfuerzo, crearle un daño mayor.

Si el oponente viene corriendo y tira un fuerte golpe con el puño, quien practica aikido puede moverse a un costado, tomarle el brazo y, haciendo presión en el punto justo, quebrárselo con un leve giro.

Las ex atacan. Nos abandonan, pero igual atacan.

Al tiempo de no saber de nosotros, siempre nos tiene que llegar de parte de ella algún pelotudo e-mail en cadena para salvar a alguna jirafa enferma del África, o una poesía que habla de disfrutar los pequeños momentos o un aviso de que si no reenviamos ese e-mail a todos nuestros contactos, Microsoft comenzará a cobrarnos el aire que respiramos.

Todo para que las tengamos presentes cuando veamos su nombre en nuestra bandeja de entrada.

Algunas se animan y van más lejos y lo hacen personal, pero transmitiendo una estupidez evitable, cuando no una

agresión.

Las siguientes son algunas respuestas interesantes que han dado algunos buenos «practicantes de aikido» a los embates de sus ex.

### **E-mail de Natalia**

Hola... no sé si hago mal en escribirte, pero quería contarte que me dijeron que están auditando actores para Aladín. Tal vez sea una buena oportunidad. ¿Vos todo bien? Te mando un beso. Nati.

### **Respuesta de su ex, Marcelo**

Aladín... qué bueno... voy a ir a hacer la audición para el papel de genio. ¿Por qué no venís vos también y me

frotas un poco la lámpara? Te mando un beso.

Esta respuesta descolocó a Natalia. Él jamás le habría dicho eso un mes atrás. ¿Qué pasó que había cambiado? ¿Ya no estaba interesado en ella? ¿Estaría con otra? ¿Es que no iba a agradecerle la información y de paso invitarla a tomar un café para «hablar»? Caramba... ¿y ahora?

**E-mail de Verónica** (después de haberlo encontrado con amigos en un boliche):

Se te ve bien... parece que estás muy recuperado. Aunque bastante agrandado y tóxico, qué patético. Si

estás con alguien, dímelo. Igual yo ya estoy en otra.

### **Respuesta de su ex, Marcos:**

Con quién estoy no es tu asunto, y en qué estés tú tampoco es el mío. Otra cosa... agrandado y tóxico tienes tú el culo. PD: ¡Gracias por darme la oportunidad de enviarte esta respuesta! ¡No veo la hora de mostrársela a mis amigos!

Esta respuesta de Marcos dejó echando humo de la bronca a Verónica. Bien merecido lo tiene por yegua. Él no le había hecho nada. Simplemente estaba en un boliche divirtiéndose con amigos y la trató con amabilidad pero con

indiferencia y la despachó a los pocos minutos. Claro, ella esperaba que él se pusiera nervioso y hasta que intentara seguir convenciéndola de regresar a su lado. Muchas veces, ver que el novio que abandonaron anda por ahí muerto de risa y prescindiendo de ellas es algo que no pueden soportar. Tampoco tenía que estar Verónica feliz en su casa sintiendo el placer de haberlo humillado cobardemente por e-mail de esa forma, ¿verdad?

### **E-mail de Marcela**

Gracias por acordarte de saludarme para mi cumpleaños.

### **Respuesta de su ex, Lucas**

Caramba... es que me olvidé la agenda con los cumpleaños de ex novias en un taxi. Aquí lo soluciono por los próximos diez años. Después vemos.

Junto con este e-mail le envió diez e-mails más. En el asunto el primero decía: «Abrir el 24/5/06»; en el siguiente decía: «Abrir el 24/5/07», y así sucesivamente hasta el año 2015. En cada uno de los e-mails podía leerse solamente «Feliz cumpleaños».

### **E-mail de Silvina**

No entiendo por qué no podemos ser amigos. En estos años que pasé a tu lado aprendí a quererte... esto que sucedió no lo planeé. Simplemente se dio así,

pero te quiero mucho y no quiero perderte como amigo...

### **Respuesta de su ex, Andrés**

Si realmente querés ser mi «amiga», demostrámelo: vení a casa, preparame una picada y tírame la goma mientras miro «Fútbol de primera».

Ellas empezaron. Ellas atacaron. Y ellas fueron las que resultaron quebradas en el piso mientras esos ex novios permanecían sonriendo de pie sin haberse siquiera despeinado.

Muchos de ustedes pensarán al leer estas respuestas que ninguno de estos tipos tuvo a partir de allí chance alguna de regresar con sus ex. Eso no tiene por



qué ser necesariamente así.

Sucede que, como dije, las mujeres saben leer muy bien entre líneas. ¿Y qué ven entre líneas en estas respuestas?

Ven humor, desinterés, tranquilidad, superación y creatividad, cuando ellas esperaban todo lo contrario.

Por lo tanto estas respuestas las descolocan totalmente y les hacen ver que ya no tienen en su poder a la persona que abandonaron.

Y como ya vimos en otros capítulos, eso es algo muy positivo.

Por supuesto que se debe contar con la capacidad de dar este tipo de contestaciones bien elaboradas y que

denoten humor, superación y desinterés. De lo contrario es mejor abstenerse de responder, lo cual no deja de ser también otra muestra de superación.

# Capítulo 28: Regalos prohibidos

Nos gusta regalarles cosas. Qué lindo es cuando nos abrazan y nos dicen: «¡Gracias... cómo te quiero!».

Hoy en día está muy de moda regalarle un teléfono celular. No sólo es un lindo regalo sino que además nos permite estar en contacto con ella, enviarle mensajitos, recibir mensajitos, dar rienda suelta a nuestras expresiones de amor y hacerle saber de nuestra actividad y ubicación cuando no la tenemos al lado.

De esta manera el celular no es otra cosa que «el enemigo colgando del cinturón», pero bueno... la tecnología avanza y hay que estar actualizado.

Claro que hacerle un regalo que a ella le ocasione un gasto no es algo que tenga mucho sentido, por lo tanto muchos hombres le regalan el celular y la línea telefónica recibiendo mensualmente la factura y haciéndose cargo de los gastos correspondientes.

Hasta ahí todo bien. O digamos «relativamente bien».

El problema viene cuando la novia los deja pero se queda con el celular.

Sí... sí... leyeron bien.

Fueron muchos los casos de hombres que me consultaron por medio del foro de mi página web sobre qué hacer con este tema.

«La línea telefónica del celular de mi ex novia está a mi nombre y si bien el gasto no es mucho me sigue llegando la factura. Si le doy de baja la línea me va a reprochar que la dejé sin teléfono sin avisarle, si la llamo y le digo que cambie la titularidad de la línea va a tomarlo como un acto de resentimiento. ¿Qué hago? ¿Continúo pagándole el celular?»

A todo esto, ella usa el celular para hablar con su nuevo novio a morir y

posiblemente fue una herramienta fundamental en el arranque de la nueva relación.

Dependiendo de qué tan serete haya sido la mina, la solución a este problema va desde pedirle amablemente que cambie la titularidad de la línea hasta darla de baja directamente sin ningún tipo de contemplaciones.

Claro que todo esto podría haberse evitado si en lugar de regalarle un celular le hubiéramos regalado una remera... o nada.

Si le regalas un celular a una próxima novia, regálale sólo el aparato. La línea que se la pague ella. Y si no la

puede pagar que no tenga teléfono.

De esa forma si la relación se termina no vas a estar en ese brete molesto, ni vas a sentirte un imbécil total imaginando la cantidad de mensajes y charlas a tu cargo que habrá tenido con su nuevo noviecito.

Los hombres también creemos que matamos de ternura a una mujer cuando caemos con un tremendo oso de peluche de regalo. «Ay... qué divino... qué dulce», dicen mientras lo abrazan.

Los osos de peluche traen etiquetas que dicen «no lavar con agua caliente» o «utilizar bajo la supervisión de un adulto».

Deberían tener otra etiqueta que diga «prohibido regalar a mujeres mayores de catorce años».

---

Las posibilidades de que  
tu novia te deje después  
de haberle regalado un  
oso de peluche son  
directamente  
proporcionales al tamaño  
del oso.

---

¿Por qué?

Pasemos a analizarlo.

Lo que les causa ternura a las



mujeres no es el oso en sí.

Lo que ocurre es que las mujeres asocian inmediatamente y de manera inconsciente la forma y el tamaño del oso con la forma y el tamaño de un bebé. Y es esa asociación la que, al despertar el instinto materno, las hace abrazar, besar y mostrarse tan conmovidas por lo que para nosotros no es otra cosa que un pedazo de trapo relleno con goma espuma.

Que la mujer tenga esa reacción no significa que se enterezca con nosotros o nos ame más.

Por el contrario, el hecho de habernos detenido a pensar en un

elemento tan poco masculino y habernos tomado la molestia de ir a una juguetería a elegirlo para luego comprarlo y transportarlo hasta la casa de nuestra mujer nos envuelve en un halo de estupidez y falta de virilidad de tal magnitud que pocas mujeres, aunque demuestren lo contrario, pueden tolerar.

Cuando nos dejan nos preguntamos: ¿pero cómo? Si hace tan poco tiempo la había enternecido tanto con el oso...

---

Así como según las  
mujeres a los hombres  
nos cuesta demostrar

nuestros sentimientos, a las mujeres no les cuesta nada demostrar lo que no sienten. Por eso a veces nos juran su amor eterno con lágrimas en los ojos y a la semana siguiente nos dejan.

---

Y por el mismo principio demuestran volverse locas de amor por nosotros ante nuestro gesto peluchal, pero cuando les cae la ficha consciente o inconscientemente y nos imaginan dialogando con el osito camino a su

casa... o nos recuerdan hablando con ellas acerca de qué nombre podría ponerle... se les viene nuestra imagen al piso.

Cualquier mujer podrá asegurar que le encanta el gesto osopeluchista de su pareja, pero la realidad demuestra otra cosa.

Una vez le compré a una novia un oso panda de un metro de alto... que de cara se parecía a Rocky. Tenía un ojo negro como si lo hubieran matado a pinas. Lo compré cerca de Congreso y no me quedó ni para el subte. Me fui caminando con el oso hasta Acoyte y Rivadavia. La bolsa de plástico me

lastimaba los dedos, por lo que terminé llevando el oso a upa. Cuando a los pocos meses la mina estaba de novia con otro no podía evitar que, además de lo molesto que era el abandono en sí, me viniera a la mente mi propia y patética imagen con un panda a upa por la avenida Rivadavia. Al menos eso hubiera sido evitable. Y vaya uno a saber incluso en qué proporción influyó mi romántico gesto en su decisión de tomarse el buque.

Sí... sí... ya sé que a tu ex novia vos también le habías regalado un oso de peluche y que no se puede volver el tiempo atrás.

Lo importante de todo esto es que no lo repitas con la próxima.

# Capítulo 29: La novia de dieciséis

«Nos pusimos de novios cuando ella tenía dieciséis años y yo diecinueve...»

Cada vez que alguien comienza por ahí el relato de su ruptura ya puedo imaginarme todo lo que sigue.

Hay algo que los hombres deberían tener en cuenta:

---

«Todo el que empiece una relación seria con una chica de dieciséis

años seguro va a tener  
problemas».

---

A los dieciséis años las chicas comienzan a hacer sus primeras incursiones en el campo amoroso. Si bien hay algunas que a esa edad ya tienen «kilómetros» de experiencia, hay que reconocer que son las menos y que la gran mayoría de ellas recién está arrancando. Y estas chicas no se fijan en chicos de su edad.

Para ellas son como bebés de pecho. Y ellos verdaderamente desearían serlo, porque ésa sería la única manera de



tener contacto con una teta.

Qué edad jodida, los dieciséis en un hombre. A menos que seas una versión adolescente de Brad Pitt, las minas de tu edad no te van a dar pelota, porque van a tener los sentidos puestos en los de dieciocho/diecinueve años. Las de catorce/quince están cepillando el cabello de las Barbies y las de veinte se están cepillando a uno de veintitrés.

Conclusión, a los dieciséis años los hombres se desesperan por arrancar su vida sexual pero no tienen a nadie que les dé una mano. Por lo tanto, qué mejor que la propia.

Las chicas en cambio tienen a su

disposición a todos los de dieciocho/diecinueve, a los cuales por fin se les está empezando a dar lo que anhelan desde los dieciséis.

Estos pibes de dieciocho/diecinueve, y por qué no de veinte, que se enganchan con una de dieciséis están en el horno.

Al comienzo de la relación estas chicas los ven como semidioses. Sienten que son el amor de sus vidas, que sin ellos se mueren, y ni lerdas ni perezosas se lo hacen saber. Y los pibes entran como por un tubo creyéndoles hasta la última palabra, sin detenerse un segundo a pensar en la posibilidad de que ese

amor que ella expresa pueda desaparecer en algún momento o, lo más común, «cambiar de manos».

Es así como la relación avanza y los encuentra tres años más tarde con diecinueve y veintitrés años respectivamente, donde el cuadro de situación inicial en el que ella era una niña embobada con un chico más grande ha pasado a ser el siguiente: una chica que tiene doscientos tipos alrededor intentando levantársela y que por ende comienza a plantearse que no ha vivido lo suficiente, que no conoce otra cosa en el plano sexual que su novio, que quiere salir con las amigas (y sin el novio, por

supuesto) a sentirse «las diosas de los boliches», que probablemente tenga algún admirador en la universidad o en el club que a ella también le atraiga.

Por otro lado, un tipo ya grandecito siente que esa chica es «el amor de su vida», que sin ella se muere, que tiene la seguridad de que ella jamás podría dejarlo porque durante tres años (aunque el último año menos) le estuvo diciendo que jamás podría mirar a otro, que se quiere casar y tener hijos con él, que lo quiere, que lo ama, que lo necesita, etc.

Cuando se produce la ruptura lo primero que viene a la mente del chico es esa nefasta e incoherente frase de tres

palabras:

«No puede ser».

Nefasta porque le duele enormemente pensarla, e incoherente porque «no puede ser», pero «es». Lo está dejando. ¿Y por qué él piensa que no puede ser?

Porque durante todos esos años tomó por verdaderas las afirmaciones de ella.

Porque la posibilidad de imaginarse siquiera que a «su niña» otro asqueroso depravado hijo de puta la pueda engatusar por medio de ardides y artimañas para tener relaciones sexuales con ella le resulta aterradora.

Porque siempre estuvo convencido

de que si él fue el primero en todo, ella no podría dejar de amarlo y tener algo igual con un segundo. Convencimiento que no se sabe de dónde sacó, pero que lo tenía.

Por eso el «no puede ser».

Ese «no puede ser» es el que lo lleva a intentar recuperar la relación por medio del convencimiento, intentando que ella «recapacite» y retorne a la senda del bien.

«Hablemos... por favor, hablemos.»

«Entiendo que estés confundida, yo voy a estar acá esperándote.»

«Mírame y decime que no me amas.»

«Pero... yo te quiero y no puedo

vivir sin vos.»

«Dame una oportunidad.»

«No podemos tirar todos estos años a la basura.»

Estas y muchas frases similares son las que terminan de sepultar la relación y logran cambiar definitivamente esa imagen de «semidiós» inicial a la de «boludo total».

Una vez que esa última imagen está lograda, es absolutamente irreversible.

Una mujer siempre prefiere un hijo de puta a un boludo, porque siente que el hijo de puta puede cambiar, en cambio de boludo no se vuelve.

El tipo que a los veinte se enganchó

con una de dieciséis/dieciséiete es bueno que esté preparado. Que no crea que su novia es diferente de las chicas mencionadas en este capítulo, que muchos preferirían no haber leído.

Si resulta que lo es, maravilloso. Porque, como todo, esto también tiene excepciones.

Pero la realidad es que esas excepciones se cuentan con los dedos de una mano.



# Capítulo 30: Punto límite

«La maldad de una mujer es directamente proporcional a la estupidez de su pareja.»

«Mi novia se ha enterado de que su ex novio está nuevamente en pareja con otra chica. Ella entonces se ha deprimido mucho, ha llorado y lo ha llamado

diciéndole que aún lo ama y pidiéndole una oportunidad para regresar con él (ella me lo ha contado). Él se ha negado porque dice que está bien con su nueva novia. Yo la acompaño y la apoyo en todo porque la amo. Quiero demostrarle de esta manera lo que ella significa para mí...»

«La semana pasada estaba visitando a mi novia en su casa, cuando sonó el teléfono y era su ex novio. Ella me ha hecho señas de que no hablara para que él no

notara que yo estaba allí y se ha ido a hablar a la habitación de su madre...»

«Llevo tres años conviviendo con mi pareja y tenemos un hijo de dos. Mi mujer se ha enamorado de un hombre que conoció por Internet. Hace poco ella me ha confesado todo después de que encontré unos emails de él en su casilla de correo. Dice que esto no lo planeó pero que se dio así. Algunas veces se va de casa y no regresa por uno o dos días. Y

cuando está en casa se la pasa encerrada en su habitación y yo estoy seguro de que está chateando con ese hijo de puta. Yo la amo y no quiero perderla. Quiero recuperar su amor y su atención. El próximo mes se irá de viaje diez días con él...»

«Mi novia me ha dejado hace tres meses y está con otra persona. De todas formas ella me dice que me ama y que está segura de que soy el hombre de su vida y yo sé que lo dice en serio. El problema es que la

semana pasada he ido al cine con una amiga y ella se ha enterado y me ha montado un escándalo tremendo. Yo no sé cómo hacer para que me crea que con esta chica no ha pasado nada, que es sólo una amiga, que yo sólo la quiero a ella...»

«Mi novia es muy posesiva y me ha separado de toda mi familia y de todos mis amigos. Hace un tiempo me dijo que me dejaría si volvía a hablar con mi padre (debo verlo a escondidas, pero me vigila mucho), y

recientemente se ha peleado también con mi madre. Me ha dicho que toda mi familia son unos egoístas de mierda y que no quiere volver a verlos nunca. Yo la amo y...»

Esto que acaban de leer no son cuentos de ciencia ficción. Son fragmentos de algunos de los miles de e-mails reales que me han llegado pidiéndome consejo para resolver determinados problemas.

Por supuesto, estas consultas eran mucho más extensas y contenían algunos párrafos directamente inhumanos, por

definirlos de alguna manera.

En algunos casos me sentí avergonzado de ser hombre.

Las «novias» de estos tipos habían llegado a límites insospechados, que iban desde infidelidades múltiples hasta golpes, robos y estafas.

Todos ellos continuaban viéndolas como un tesoro que no podían perder e imposible de reemplazar. ¿Cómo puede llegar una persona a tales situaciones?

Por dos motivos.

El primero es que algunas mujeres no tienen límite para la maldad.

El segundo es que algunos hombres no tienen límite para la estupidez.

Cuando se juntan estos dos factores en una pareja, las cosas que pueden suceder entre ellos no tendrían lugar ni en el cerebro del más maquiavélico escritor de novelas de terror.

---

Las mujeres pueden ser  
tan malas como nosotros  
se lo permitamos.  
Ilimitadamente.

---

Una pregunta se repetía en todos los casos: «¿Cómo puede hacerme esto?».

La respuesta era también siempre la misma: «Te lo puede hacer porque vos



permitís que te lo haga».

Este tipo de situaciones límite no se dan de un momento para el otro, así, de la nada. Son consecuencia de muchas otras cosas más pequeñas que los hombres, en el afán de no perderlas, de no crear un conflicto que pudiera terminar en una separación, fueron dejando pasar.

Una mujer puede empezar prohibiéndole a su novio que salga de noche con sus amigos.

Una vez aceptada esta condición, podrá prohibirle que juegue al fútbol una vez por semana.

Al ver que sumisamente y por temor

a perderla va acatando las órdenes, seguirá avanzando, con prohibiciones hacia él y libertades hacia ella.

—No salgas de noche.

—Sí, mi amor.

—No juegues al fútbol.

—Sí, mi amor.

—Tu madre es una bruja.

—Tienes razón, mi amor.

—Me hice un amigo por Internet.

—Qué bien, mi amor.

—Voy a tomar un café con mi amigo de Internet, así nos conocemos.

—Eso no me gusta, mi amor... pero si tú quieres...

—Tengo un affaire con mi amigo de

Internet.

—¿Pero es que ya no me quieres, mi amor? ¿Qué puedo hacer para enamorarte nuevamente?

—Quiero estar sola por un tiempo para aclarar lo que me sucede con él, así que vete.

—Pero mi amor... esta casa y todo lo que hay en ella es mío... pero si así lo deseas...

Los grandes aludes empiezan con una pequeña bola de nieve que comienza a rodar lentamente sin que nadie la detenga.

---

Toda mujer es una yegua  
en potencia.

---

Desde Eva, que le dijo a Adán «¡Comete la manzanita, pedazo de sometido!», hasta cada una de las mujeres de nuestros días, todas llevan dentro la semillita de la maldad.

Y así como las semillas de maíz germinan con humedad, las semillas de la maldad en las mujeres germinan con la estupidez masculina.

Lo peor (o lo mejor) del caso es que llegará un momento en el que, aburridas de jugar con un títere, terminarán

yéndose de todas maneras. Y la tan temida pérdida se producirá tarde o temprano. Generalmente más tarde que temprano, lo cual dejará un saldo de meses o años de sufrimiento y humillación.

Detené el alud a tiempo.

Y si no podes parar el alud salí rajando.

# Capítulo 31:

## Asediadores

Hay hombres que no soportan el alejamiento de su pareja, a tal punto que prefieren tener un vínculo a la fuerza antes que no tener nada.

Ellos prefieren que su ex tenga un sentimiento de odio o de temor hacia ellos antes que indiferencia.

Eran las dos de la mañana y Anselmo lloraba detrás del árbol.

La luz del cuarto de su ex estaba encendida.

El auto de su compañero de trabajo

estaba estacionado en la puerta.

La luz de la habitación era tenue y la música lenta llegaba con muy poco volumen a sus oídos.

Él no había sido tan tonto. Desde que se enteró de que Alberto la llevaba a su casa todos los días después del trabajo temió que algo de esto pudiera pasar.

Con la soledad de la calle como único testigo, la llave de la casa de Anselmo se hundió en la chapa del auto y una línea de pintura saltada comenzó a dibujarse a lo largo de todo el vehículo.

Ella lo había dejado hacía seis meses. Al comienzo le había pedido un

tiempo para analizar sus sentimientos, a lo que Anselmo se negó rotundamente: «Nosotros nos queremos, sé que sos la mujer de mi vida y si estás confundida ya se te va a pasar. Se te tiene que pasar».

Esas palabras de Anselmo despejaron toda duda en Liliana. No quería estar más con él.

A partir de entonces la vida de ambos fue un calvario.

Anselmo la contactaba todo el tiempo y por todos los medios disponibles, cuando no se presentaba personalmente. Sus cambios de estado de ánimo eran impredecibles. Un día



aparecía llorando, otro día alegre, otro día con un regalo, otro día violento.

«Yo sé que me querés, no puede haber sido mentira todo lo que vivimos, necesito que hablemos, me debes una explicación... me debes... me debes...».

Él estaba convencido de que ella estaba en deuda. No había cumplido su promesa de amor eterno. Ni siquiera había dado las justificaciones necesarias para su alejamiento. Si él tenía la culpa de algo podía cambiarlo. Anselmo estaba seguro de que ella no tenía ningún derecho a dejarlo, a arruinarle la vida de esa forma. Estaba decidido a llegar

hasta las últimas consecuencias para hacerla entrar en razones.

El sentimiento de amor que en determinado momento había existido en Liliana había mutado a temor, pasando primero por la lástima y el odio.

En cualquier momento él podía aparecer y hacerle un escándalo, o golpearla como lo había hecho ya en alguna oportunidad.

Si algo tenía claro Liliana era que nunca, jamás, bajo ninguna circunstancia, volvería a tener una relación con su ex.

Anselmo se había convertido en un asediador.

Un asediador es un hombre que no tolera el abandono y que no se resigna a seguir su vida por un camino diferente al de la mujer que eligió separarse de él.

Un asediador no reconoce lo equivocado de su conducta. Cree fervientemente que está en su derecho a reclamar lo que le corresponde, lo que creía suyo.

Hay estadísticas que indican que más de la mitad de los asediadores amenazan a sus ex, un treinta por ciento las golpea y un dos por ciento las mata.

Cuántas veces leemos en los policiales de los diarios sobre «crímenes pasionales».

El crimen pasional no es una gran noticia y por eso no se le da la trascendencia de otros hechos. En un periódico tiene más espacio el aumento de la carne o el boom de turistas en la costa atlántica que el crimen de una ilustre desconocida a manos de otro desconocido en algún suburbio del Gran Buenos Aires.

«La policía afirma que podría tratarse de un crimen pasional», dice en algún lugar de la nota que da detalles sobre el crimen.

Tras leer esto pasamos a la sección deportiva y allí terminó la historia.

Por supuesto que hay diferentes

grados de asedio. Dentro de esa categoría entran tanto el que le telefonea a diario como el que la tortura con cartas, e-mails, flores y llamadas perdidas a las cuatro de la mañana y hasta el que le clava un cuchillo en la garganta.

Si reconoces conductas tuyas que tienen que ver con el asedio, es bueno que sepas un par de cosas.

En primer lugar, mediante esos mecanismos de presión y acoso nunca vas a recuperar los sentimientos de una mujer.

En segundo lugar, vas a ser el primer perjudicado si no reconoces el problema

y no buscas una solución que tenga que ver con la recuperación propia, la autoestima y la superación personal.

Probablemente no lo logres por tus propios medios. En ese caso el camino es pedir auxilio en forma inmediata a un profesional. No... no me refiero a un asesino a sueldo sino a un psicólogo que pueda ayudarte a canalizar esa energía en algo positivo para tu vida.

Anselmo no sólo no recuperó a su ex sino que además tuvo que pagar la pintura del auto de Alberto, quien tras ir a buscarlo a la salida de su trabajo le pidió amablemente que se hiciera cargo de esos gastos, no sin antes golpearlo

hasta inmovilizarlo utilizando todas las técnicas aprendidas en el arte marcial en el que recientemente había obtenido su «Sexto Dan».

# Capítulo 32: Empezar de cero

«Yo quiero enamorarla de nuevo como la vez anterior.»

«Quiero que volvamos y empezar nuevamente de cero.»

Son innumerables los casos en los que el hombre abandonado se plantea estas ideas. ¿Qué los lleva a pensar así?

Seguramente el hecho de que si una vez sucedió, puede volver a suceder.

Si ella era feliz amándonos, creemos que querrá volver a sentir esa felicidad.

Las infidelidades, las peleas por



cualquier motivo que enturbiaron la relación, los celos y los conflictos que complicaron el buen funcionamiento de la pareja y llevaron a la ruptura parecen no tener solución de cara al futuro. Por eso la única salida posible es «empezar de cero».

La idea es perfecta.

En la película Volver al futuro II, Biff, el malo de la historia, en el año 2016 roba un libro de resultados deportivos, viaja en el tiempo y se lo entrega a sí mismo pero en el año 1950. Con este libro en su poder, el Biff de los años cincuenta se hace millonario y cambia la historia convirtiendo a su

ciudad en un lugar caótico.

Esto es descubierto por Marty McFly y el Doc Emmet Brown al regresar al año 1985.

¿Cómo solucionarlo?

Lo primero que se le ocurre a Marty es viajar de inmediato al futuro e impedir que Biff robe el libro, pero el Doc le dice que si viajan al futuro desde ese punto llegarán a un futuro alternativo (el futuro de ese caótico presente), que se creó cuando el libro llegó a las manos del Biff de los años cincuenta, por lo que viajando al futuro no podrían solucionar nada.

La única forma entonces es viajar al

pasado y evitar que el Biff del futuro le entregue el libro al Biff de los cincuenta. De esa manera no cambiaría la historia y todo seguiría su curso normal.

La idea era perfecta. Así como también dijimos que es perfecta la idea de «empezar de cero» una relación que ya llevaba bastante tiempo, que estuvo llena de problemas y que hasta probablemente se haya dado por terminada por una de las partes.

¿Qué necesitaron Marty y el Doc para llevar a cabo su plan?

Una máquina del tiempo.

¿Qué necesitan ustedes para «empezar de cero» con esa relación?

Lo mismo.

¿Tienen una máquina del tiempo a su disposición o la posibilidad de conseguir una a corto o mediano plazo?

Digo... de algún amigo que tenga una en el garage y no la use...

¿No?

Bueno, entonces olvídense del «empezar de cero».

---

De cero se empieza la primera vez. Borrar todo lo que sucedió en una relación y pretender que esa relación sea nueva es

imposible.

---

Sólo se puede mirar hacia adelante. Las posibles soluciones a los problemas están siempre adelante, por el simple hecho de que no podemos ir hacia atrás.

Si le dejamos de gustar, o nos dejó de querer, o ahora le gusta otro y quiere a otro, no es algo que podamos solucionar con la mágica propuesta «empecemos de cero» y aquí no ha pasado nada.

Otro camino para «empezar de cero» sería hacer que ella pierda la memoria. Que al vernos no nos conozca y así

poder iniciar todo nuevamente. Además, perdiendo la memoria tal vez se olvide de ese otro que nos está serruchando el piso.

No nos engañemos pensando en soluciones utópicas.

No hagamos que piense: «Pobre... este tipo quedó mal de la cabeza».

Lamentablemente hoy yo tengo más posibilidades de empezar de cero una relación amorosa con tu ex que vos. Al menos a mí nunca me dijo que conmigo no quería estar. ¿Podes recuperar esa relación?

Muy probablemente sí.

Pero no pierdas el tiempo en

imaginar cosas irrealizables, y mucho menos en proponerlas.

# Capítulo 33: Avanzar o retroceder

Tanto en el proceso de recuperación de una ex novia como en el proceso de la propia recuperación luego de una ruptura, es importante tener en cuenta que «se avanza» o «se retrocede».

Como ya vimos, el procedimiento para alcanzar cualquiera de los dos objetivos es el mismo, pero es fundamental saber que nunca podemos estar estancados. O avanzamos o retrocedemos.

Muchas veces podemos sentir que



«no hacer nada» es estar estancado. Entonces pretendemos avanzar «haciendo algo». Ese hacer algo probablemente nos haga retroceder.

Con respecto a la técnica de desaparecer, por ejemplo, muchos, refiriéndose a una novia que los abandonó, dicen: «Estuve desaparecido quince días, pero ayer no aguanté. Quería saber de ella y la llamé para ver cómo estaba».

Esos quince días de desaparición seguramente significaban un avance.

Tal vez ella estaba empezando a ver que lo estaba perdiendo y estuviera comenzando a replantearse si realmente

quería alejarse de él. El llamado entonces hizo retroceder ese sentimiento en ella.

O tal vez ella estuviera perdidamente enamorada de su nuevo novio, entonces las posibilidades de volver con el ex eran nulas y ese llamado lo único que hizo fue retrasar la propia recuperación de nuestro hombre.

«No importa, ayer la llamé pero ahora desaparezco de nuevo.»

No sirve.

Estas cosas no se pueden hacer a medias.

Se hacen o no se hacen.

Se avanza o se retrocede.

Si estamos demostrando orgullo, autoestima, independencia y poder de recuperación, no podemos hacer un paréntesis en el proceso, tirar todo por la borda y arrancar de nuevo.

---

Si tenemos cuatro bolsas  
de harina de buena  
calidad y las mezclamos  
con una bolsa de harina  
de mala calidad,  
obtenemos cinco bolsas  
de harina de mala  
calidad.

---

Con un error de este tipo echamos por tierra todo lo que hicimos bien hasta ese momento.

Todo vuelve atrás y es más difícil volver a empezar. Porque ella ahora «sabe» que a pesar de que pasaron quince días y que temía que no estuviéramos necesitándola, en realidad seguíamos pendientes de ella, esperándola para cuando quisiera regresar.

Si al leer este libro fuiste entendiendo muchas cosas y estuviste de acuerdo con ellas, actúa en consecuencia.

No creas que tu caso es una

excepción a la regla.

Muchos hombres son reincidentes en los errores. Piden y piden consejos pero luego van y hacen todo al revés. Son conscientes de sus errores pero no pueden evitar cometerlos una y otra vez. A ellos suelo darles el siguiente ejemplo.

Un tipo va al médico porque tiene tos.

El médico le dice que se cuide del frío y que tome una cucharada de jarabe Jarabil cada seis horas.

A los quince días el tipo va al médico y tiene más tos que antes.

El médico le dice: «Pero... ¿se

cuidó del frío y tomó el Jarabil?»

Y el paciente responde: «Sí... del frío me cuidé... salvo el fin de semana que fui a patinar sobre hielo, pero fueron sólo dos días... ¿El jarabe? No... el jarabe no lo tomé».

Médico: «Bueno, mi amigo, si usted no hace lo que le digo va a seguir con tos. Ahora se le complicó más, por lo que va a tener que usar siempre bufanda y va a tener que tomar Jarabil, pero esta vez cada dos horas».

El tipo regresa a los quince días tosiendo como un hijo de puta.

Paciente: «Doctor, no sé qué pasa... hago lo que usted me dice pero cada vez

estoy peor».

Médico: «¿Se cuidó del frío usando bufanda y tomó Jarabil cada dos horas?».

Paciente: «Sí... sí... del frío me cuidé... pero no usé bufanda... usé medias de lana. Y tomar cada dos horas el Jarabil no pude porque en la farmacia de la esquina no tenían, así que tomé cada tres horas una cucharada de licuado de banana».

Médico: «Bueno, mire... usted está en el horno... ¡ahora vaya y tome Jarabil cada una hora y métase en la cama!».

A la semana siguiente un familiar llama al médico y le dice que el

paciente está en terapia intensiva.

El médico lo va a ver y el paciente casi sin poder hablar por la tos le dice: «Mire, doctor, me anoté en una competencia para batir el récord de 'permanencia sumergido en hielo'... estuve en una bañera llena de cubitos cinco días, pero bueno... usted me dijo que me metiera en la cama... y yo al menos estuve acostado».

Médico: «¿Consiguió el Jarabil al menos?».

Paciente: «Sí, lo conseguí, pero como la tapita estaba muy dura y no lo pude abrir me la pasé fumando y tomando whisky con hielo. Dígame,



doctor, ¿cómo sigo ahora en esta nueva etapa?».

Vamos, vos podes.

Estoy seguro de eso.

Todos en el fondo llevamos un tipo orgulloso, que se quiere a sí mismo, que no se deja humillar por nadie.

Algunos lo llevan más en el fondo que otros, es cierto, pero está. Sólo hay que saber mirar para adentro y descubrirlo.

Vos no sos la excepción.

Mirate al espejo.

Date un beso.

Amígate con vos mismo.

Rácete la gamba.

Tene la seguridad de que ella no es la persona más importante del mundo.

La persona más importante del mundo sos vos.

Y con vos... no se juega.

# Capítulo 34: Comienza el juego

Muchas veces escuché la frase «esa mujer vale la pena».

¿Vale realmente la pena?

Tomamos esta expresión como una frase hecha sin detenernos a pensar en qué significa su contenido.

Me gustaría analizar un poco qué estamos diciendo al decir «vale la pena».

Valer: tener algo a determinado precio.

Pena: tristeza, aflicción, dolor.

Si al decir «vale la pena» nos referimos a una nueva casa, seguramente estamos queriendo decir que si bien el precio de venta es algo elevado y hay algunos arreglos para hacerle antes de mudarse, el inmueble tiene las comodidades buscadas y está bien ubicado. Por lo tanto vale «la pena» que nos provocan el precio y los arreglos por hacer.

Si nos referimos a una mujer, la situación puede cambiar radicalmente.

¿De qué pena hablamos?

Si nos referimos a la «pena» que nos provoca algo externo, como por ejemplo el largo viaje que tenemos que realizar

para verla, es una cosa.

Pero si hablamos de la pena (tristeza, aflicción, dolor) que esa mujer nos causa con su forma de ser, es otra.

¿Ella vale realmente que tengamos que soportar la pena que nos causa?

¿Nos conviene en algún aspecto estar al lado de una mujer que nos causa dolor, tristeza, pena, o que sabemos con certeza que nos lo va a causar en el futuro?

No me refiero al dolor que sentimos a raíz de un abandono. Me refiero al dolor que nos provocan el maltrato, las infidelidades, las mentiras, el egoísmo.

Les aseguro que ninguna mujer lo

vale.

Una pareja es para disfrutarla, para compartir vivencias, alegrías y, por qué no, para hacer más llevaderos los momentos tristes de la vida. Una pareja no es para sufrirla, para soportarla, para tener que complacerla a cada instante, para estar «siempre» pensando en alguna técnica que impida que se aleje.

Por eso, si una mujer nos abandonó, es bueno que antes de implementar las estrategias aquí aprendidas para recuperarla nos detengamos a pensar si esa mujer nos conviene. Es una tarea difícil porque los sentimientos tiñen la razón, pero hagamos el ejercicio de

imaginar qué consejo le daríamos a nuestro mejor amigo con respecto a esa mujer si él estuviera viviendo nuestra misma situación.

Si decidimos que sí, adelante.

Como dice la canción «The Gambler»: «Cada jugador debe saber que el secreto para sobrevivir es saber qué cartas tirar y qué cartas guardarse».

Ahora sabes que llorar, suplicar, humillarse y mostrarse dependiente es el peor camino para recuperar una ex novia.

El dolor, la desesperación, la súplica y la humillación no son cartas para mostrar.

El orgullo, la no dependencia y el amor propio son los naipes que hay que poner con seguridad sobre la mesa.

Porque esto no es más que un juego. Se equivoca quien piense lo contrario.

A lo largo de este libro te habrás dado cuenta de muchas cosas. Habrás incorporado enseñanzas nuevas o tal vez habrás recordado algunos conceptos que tenías dormidos en algún recóndito lugar de tu cerebro.

Las herramientas están dadas.

Las cartas están repartidas.

La suerte pudo no haber estado de tu lado en la repartija.

Pero ahora sabes que, con un gesto



engañoso y jugando esas cartas con  
inteligencia, podes tener una mano  
ganadora.

¡Vamos, que te tengo fe!



FABIO FUSARO, nació en Buenos Aires el 16 de diciembre de 1963. Debido a su interés por el análisis de las reacciones femeninas luego de una ruptura, se fue transformando en un experto en el tema. Tanto es así que decidió llevar sus experiencias y conocimientos a su primer libro Mi

novia. Manual de instrucciones. A partir de allí, los miles de consultas enviadas por lectores ávidos de ayuda motivaron la creación del website por medio del cual ofrece asesoramiento en materia de recuperación tras una ruptura amorosa.

Recibido de counselor y autodefinido como «analista de la conducta femenina de la universidad de la calle», participó como columnista en diversos programas de radio y televisión.